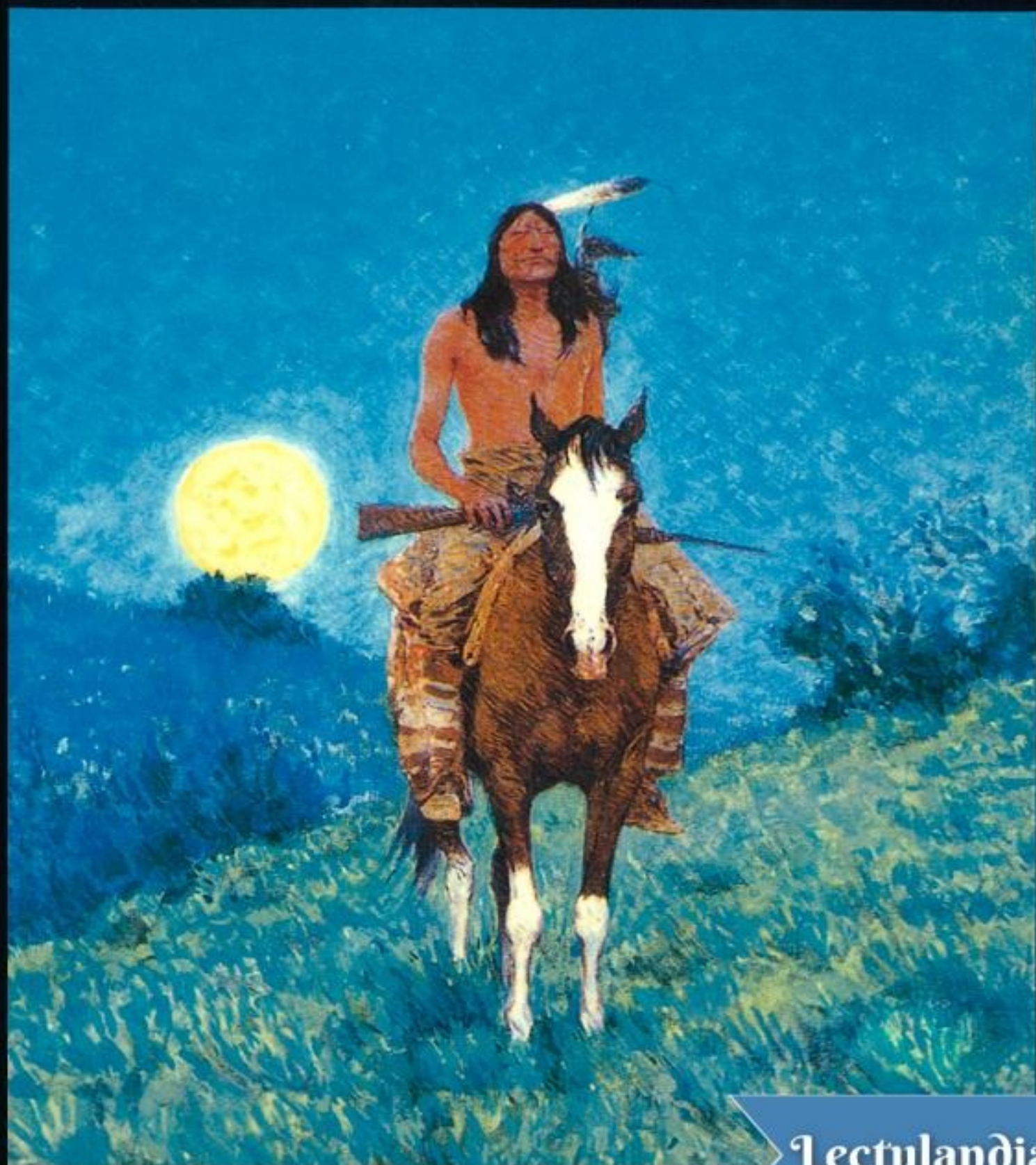


Louise Erdrich

HUELLAS

colección andanzas



Lectulandia

«Huellas» cuenta la historia de una pasión en medio de los conflictos que desgarran a una pequeña comunidad india de Dakota del Norte cuando ciertas tribus luchan todavía por retener lo poco que les queda de sus tierras. En el centro de la tormenta aparece Fleur Pillager, bruja, amante, esposa, madre y vengadora. Son cronistas de excepción de este drama, a la vez épico y cotidiano, el sabio y astuto jefe de la tribu, Nanapush, tres veces viudo, superviviente de una epidemia y de la desesperación, y una joven e inquieta mestiza, Pauline, dividida entre las antiguas creencias chippewas y el cristianismo.

Quienquiera que experimente por primera vez el impacto de conocer a los entrañables personajes de Louise Erdrich en todo su candor, pero también en todo su vigor y en toda su indomable vitalidad, quedará sin duda seducido por esta fascinante galería de hombres y mujeres al límite de su resistencia, cuyo orgullo, astucia y sentido del humor siguen siendo las mejores armas para sobrevivir.

Lectulandia

Louise Erdrich

Huellas

ePub r1.0

Titivillus 25.05.2019

Título original: *Tracks*
Louise Erdrich, 1988
Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Invierno de 1912

Verano de 1913

Otoño de 1913-Primavera de 1914

Invierno de 1914-Verano de 1917

Otoño de 1917-Primavera de 1918

Primavera de 1918-Invierno de 1919

Invierno de 1918-Primavera de 1919

Primavera de 1919

Otoño de 1919-Primavera de 1924

Michael:
La historia es diferente cada vez y no tiene fin
pero siempre comienza contigo.

A mi madre, Rita Gourneau Erdrich, amiga y ejemplo, *chi migwitch*. Todavía oigo tus relatos sobre la vida en la reserva y en el bosque. Estoy en deuda con Michael Dorris, que siguió el rastro del alce en Alaska, cerca de Tyonek, y cuya presencia es por supuesto inextricable de esta historia. Gracias también a mi hermana Lise Erdrich Croonenberghs por sus agudas observaciones y a Mary Lou Fox, de Menitoulin Island, Ontario. Así como al desaparecido Ben Gourneau, mi tío abuelo, trampero y narrador, saludo a mi abuelo Patrick Gourneau y a las cuatro ramas de la Nación Ojibwa, los fuertes, los que aguantan.

Invierno de 1912

Manitú-geezisohns
Sol del pequeño espíritu

Nanapush

Empezamos a morir antes de la nieve y, como la nieve, seguimos cayendo. Era sorprendente que hubiera todavía tantos de nosotros por morir. Lo que bajó del norte en 1912 nos parecía imposible a los que habíamos sobrevivido a la enfermedad moteada del sur, a la larga lucha en el oeste hasta que llegamos al territorio Naduissieux, donde firmamos el tratado, y luego al viento del este que trajo el exilio entre una tolvanera de papeles del gobierno.

Pensábamos que seguramente, para ese momento, el desastre ya habría perdido la fuerza, que la enfermedad ya se habría llevado a todos los anishinabe que la tierra podía contener y sepultar.

Pero la tierra no tiene fin y tampoco la suerte, ni tenía fin en un tiempo nuestro pueblo. Nieta: eres la hija de los invisibles, los que desaparecieron cuando descendió la nueva plaga junto con el primer duro castigo del invierno. Consunción, la llamaba el joven padre Damien, quien ese año reemplazó al sacerdote que sucumbió a la misma devastación de su rebaño. Esa enfermedad era diferente de la viruela y de la fiebre porque venía despacio. Sin embargo el resultado era igualmente fatal. Entre tus parientes, familias enteras yacían postradas y sin aliento. Los clanes disminuían en la reserva, donde estábamos obligadamente muy juntos. Nuestra tribu se destrenzaba como una gruesa cuerda deshilachada en ambos extremos, porque tanto caían los viejos como los jóvenes. Uno a uno se borró mi familia y sólo quedó Nanapush. Y entonces, aunque no había vivido más de cincuenta inviernos, me consideraron un anciano. Había visto bastante para serlo. En esos años había visto más cambios que en los cien más cien anteriores.

Muchacha, vi tiempos que no conocerás.

Fui el guía de la última cacería de búfalos. Vi matar al último oso. Atrapé al último castor cuyo pelaje pasaba de dos años. Leí en voz alta las palabras del tratado del gobierno y me negué a firmar las escrituras que nos arrebataban nuestros bosques y el lago. Derribé con el hacha el último abeto más viejo que yo y salvé a la última Pillager.

A Fleur, a la que no quieres llamar madre.

La encontramos una fría tarde al final del invierno, en la cabaña de tu familia cerca del lago Matchimanito, adonde tenía miedo de ir mi compañero Edgar Pukwan, de la policía tribal. Rodeaban el agua los robles más altos y los bosques habitados por los espectros y los Pillager, que conocían las maneras secretas de curar y de matar, hasta que su arte los abandonó. Mientras arrastrábamos nuestro trineo hasta el claro vimos dos cosas: la chimenea de latón, sin humo, que sobresalía del techo, y el agujero vacío, en la puerta, de la cuerda que la retenía desde el interior. Pukwan no quería entrar; temía que los espíritus insepultos de los Pillager lo agarraran por el cuello y lo convirtieran en un windigo. De modo que fui yo quien rompió la piel bien raspada que servía de ventana. Yo me dejé caer al suelo en el silencio maloliente. Y también fui yo quien encontró al anciano y a la anciana, tus abuelos, al hermano pequeño y a las dos hermanas, fríos como piedras y envueltos en mantas grises de caballo, los rostros vueltos hacia el oeste.

Asustado como estaba, paralizado por sus formas inertes, toqué cada uno de los bultos en la oscuridad de la cabaña y deseé a cada espíritu buen viaje en el camino de los tres días, el camino de los viejos tiempos, tan recorrido por nuestro pueblo en esa época mortal. Luego algo se agitó en un rincón. Abrí la puerta de par en par. Era la hija mayor, Fleur, de unos diecisiete años en aquel entonces. Tenía tanta fiebre que había arrojado a un lado las mantas y estaba acurrucada contra la fría cocina de leña, temblando y con los ojos muy abiertos. Era tan salvaje como un lobo enfurecido, una chica alta y huesuda cuyas bruscas explosiones de energía y de gruñidos sordos aterrorizaban a Pukwan. De modo que fui yo quien la ató con dificultad a los sacos de provisiones y las tablas del trineo. La envolví en mantas que también até.

Pukwan nos retuvo, convencido de que debía cumplir las instrucciones de la Agencia al pie de la letra. Clavó con cuidado la señal oficial de cuarentena y luego, sin sacar los cuerpos, trató de quemar la casa. Pero aunque arrojó varias veces queroseno contra los troncos e incluso inició un fuego de astillas y corteza de abeto, las llamas se achicaban y encogían y se convertían en volutas de humo. Pukwan maldecía y se desesperaba atenazado entre sus obligaciones oficiales y su miedo a los Pillager. Este último triunfó. Finalmente dejó caer sus astillas y me ayudó a llevar a Fleur por el sendero.

Y así dejamos cinco muertos en Matchimanito, congelados detrás de la puerta de la cabaña.

Algunos dicen que Pukwan y yo deberíamos haber hecho lo que correspondía y haber enterrado en seguida a los Pillager. Dicen que la inquietud y la maldición de las aflicciones que afectaron a nuestro pueblo en los años siguientes fue obra de los espíritus insatisfechos. Yo sé cuál es la realidad y nunca he tenido miedo de hablar. Nuestras dificultades se debían a nuestra vida, al alcohol y a los dólares. Nos atropellábamos por el cebo que nos ofrecía el gobierno y nunca bajábamos la vista ni veíamos cómo a cada paso nos arrebataban la tierra bajo los pies.

Cuando a Edgar Pukwan le llegó el turno de arrastrar el trineo, salió como si lo persiguieran los demonios, haciendo saltar a Fleur sobre los pozos como si fuera un tronco, y en dos ocasiones la dejó caer en la nieve. Yo seguía al trineo, animaba a Fleur con canciones y le gritaba a Pukwan que tuviera cuidado con las ramas ocultas y las cuestas engañosas, y finalmente logré llevarla a mi cabaña, una cajita repleta de cosas que dominaba el cruce de caminos.

—Ayúdame —grité mientras cortaba las cuerdas, sin tocar siquiera los nudos. Fleur jadeaba con los ojos cerrados y sacudía la cabeza de un lado a otro. De su pecho brotaban ruidos, se esforzaba por respirar y me echó los brazos al cuello. Débil todavía por mi propia enfermedad, vacilé, caí, y me debatí por entrar en la cabaña con esa chica tan fuerte. No me quedaba aire para maldecir a Pukwan, que miró todo y se negó a tocarla, se volvió y desapareció con el trineo lleno de provisiones. No me sorprendió ni me dio mucha pena lo que me dijo luego el hijo de Pukwan, también llamado Edgar y también de la policía tribal: su padre había vuelto a casa, se había arrastrado hasta la cama y no había probado alimento desde ese momento hasta que exhaló el último aliento.

En cuanto a Fleur, cada día mejoraba con pequeños cambios. Primero pudo enfocar la vista y la noche siguiente su piel estaba fresca y húmeda. Tenía la cabeza despejada y una semana más tarde recordaba lo que le había sucedido a su familia: que habían enfermado repentinamente y muerto. Con su memoria volvió la mía, sólo que demasiado nítida. Yo no estaba preparado para pensar en la gente que había perdido ni para hablar de ellos, aunque lo hicimos, cuidadosamente, sin dejar que se perdieran sus nombres en un viento que pudiera llegar a sus oídos.

Temíamos que nos escucharan y no descansaran, que volvieran compadecidos de nuestra soledad. Se sentarían en la nieve del otro lado de la puerta y esperarían hasta que nos reuniéramos con ellos de puro afligidos. Entonces todos haríamos juntos el viaje hasta el pueblo del fin del camino,

donde la gente juega día y noche sin perder su dinero, come sin llenarse el estómago y bebe sin perder la cabeza.

La nieve se retiró lo suficiente para que fuera posible cavar la tierra con picos.

Como policía tribal, el hijo de Pukwan estaba obligado por los reglamentos a prestar ayuda para enterrar a los muertos. De modo que una vez más recorrimos el oscuro camino de Matchimanito, esta vez con el hijo y no con el padre. Pasamos el día abriendo la tierra hasta que hicimos un hoyo suficientemente grande y profundo para sepultar hombro contra hombro a los Pillager. Luego los cubrimos y construimos cinco casitas de tablas. Yo grabé toscamente con el hacha la marca de su clan, cuatro osos y una marta, y luego Pukwan Júnior se echó al hombro los picos y palas del gobierno y se marchó por el sendero. Yo me quedé junto a las tumbas.

Les pedí a los Pillager, como había pedido a mis propios hijos y mujeres, que nos dejaran y no volvieran. Les ofrecí tabaco y fumé una pipa de sauce rojo en honor del anciano. Les dije que no acosaran a su hija por haber sobrevivido, ni a mí por haberlos encontrado ni a Pukwan Júnior por irse demasiado pronto. Les dije que lo sentía, pero que ahora debían abandonarnos. Insistí. Pero los Pillager eran tan obstinados como el clan Nanapush y no se alejaban de mis pensamientos. Creo que me siguieron hasta mi casa. A lo largo de todo el sendero, justamente más allá del límite de mi visión, titilaban finos como agujas, sombras atravesando la sombra.

El sol se había puesto cuando regresé, pero Fleur estaba despierta, sentada en la oscuridad como si supiera. No se movió para encender el fuego, no me preguntó de dónde venía. Tampoco se lo dije, y a medida que pasaban los días hablábamos menos todavía, siempre con grandes precauciones. Sentíamos tan cerca los espíritus de los muertos que finalmente dejamos de hablar.

Eso empeoró las cosas.

Sus nombres crecían dentro de nosotros, subían hasta nuestros labios, nos abrían los ojos en mitad de la noche. Estábamos llenos del agua fría y negra de los ahogados, un agua sin aire que lamía nuestras lenguas selladas o rezumaba lentamente de nuestros ojos. Sus nombres se movían dentro de nuestros cuerpos como astillas de hielo. Cuando esas astillas se unieron y nos cubrieron, nos volvimos tan pesados, cargados con esa escarcha de plomo, que no podíamos movernos. Nuestras manos yacían en la mesa como bloques nebulosos. La sangre se nos espesaba. No necesitábamos alimento, y sólo nos hacía falta muy poco calor. Pasaron días y semanas y no salíamos de la cabaña por temor a quebrar nuestros cuerpos fríos y frágiles. Nos habíamos

convertido a medias en windigos. Supe más tarde que eso era común, que muchos de nosotros habían muerto así, de aquella enfermedad invisible. Algunos no podían tragar un bocado de comida porque los nombres de sus muertos les inmovilizaban la lengua. Otros dejaban que su sangre se detuviera y seguían también el camino del oeste.

Pero un día el nuevo sacerdote, que en realidad apenas era un muchacho, abrió nuestra puerta. Una luz enceguecedora y dolorosa inundó la cabaña y nos rodeó a Fleur y a mí. Se ha encontrado a otro Pillager, dijo el sacerdote; Moses, el primo de Fleur, estaba vivo en el bosque. Torpes y estúpidos como osos en su cubil de invierno, parpadeamos ante la silueta delgada del sacerdote. Teníamos los labios apergaminados, pegados. Apenas pudimos articular un saludo, pero nos salvó un pensamiento: el huésped debe comer. Fleur ofreció su silla al padre Damien y echó leña sobre las brasas grises. Buscó harina. Yo salí a traer nieve para derretirla y preparar el té, pero para mi asombro la tierra estaba a la vista. Me sorprendí tanto que me incliné y toqué el suelo blando y húmedo.

Al principio, cuando traté de usarla, mi voz vacilaba un poco; pero aceitado por el pan, el tocino y el té fuerte, empecé a hablar. Ni siquiera un martillo puede contenerme cuando me lanzo. El padre Damien parecía sorprendido y luego asustado mientras yo me ponía en marcha. Tomé velocidad. Hablaba en las dos lenguas en torrentes que corrían uno al lado del otro por encima de todas las rocas y alrededor de todos los obstáculos. El sonido de mi propia voz me convenció de que estaba vivo. Tuve al padre Damien escuchando toda la noche, con sus ojos verdes redondos, su fina cara tensa por el esfuerzo para comprender, su extraño pelo castaño lleno de rizos y nudos cortados. De vez en cuando respiraba como para añadir alguna observación, pero yo lo aplastaba con mis palabras.

No sé cuándo fue que tu madre se deslizó afuera.

Era demasiado joven y no tenía historias ni una profundidad de vida en la que se pudiera confiar. Lo único que tenía era pura fuerza y los nombres de los muertos que la llenaban. Ahora puedo decirlos. Ya no se interesan por ninguno de nosotros. Viejo Pillager. Ogimaakwe, La Jefa, su esposa. Asaweminikwesens, Cereza Silvestre. Bineshii, Pajarito, llamada también Josette. Y el último, el niño Ombaashi, Alzado por el Viento.

Y otro, un primo Pillager llamado Moses. Sobrevivió pero, como dijeron más tarde de Fleur, ya no sabía dónde estaba, si en esta reserva o en el otro sitio, sin límites, donde los muertos se sientan a conversar, ven demasiado y consideran tontos a los vivos.

Y lo éramos. El hambre hace un tonto de cualquiera. En el pasado, algunos habían vendido sus parcelas asignadas por un saco de harina. Otros, desesperados por quedarse, pedían ahora que nos uniéramos y volviéramos a comprar nuestra tierra, o que pagáramos impuestos y rechazáramos el dinero de las hipotecas que barrerían las marcas de nuestros terrenos como si fueran de paja. Muchos estaban decididos a no permitir que los inspectores contratados, incluso los de nuestro pueblo, entraran en los bosques. Hablaban de los guías Hat y Many Women, ahora muertos, que habían recibido la paga del gobierno.

Pero esos forasteros de primavera iban como antes, y algunos de los nuestros también. La finalidad era medir el lago. Sólo que ahora caminaban sobre las tumbas frescas de los Pillager y atravesaban los caminos de la muerte para calcular las aguas profundas donde el monstruo del lago, Misshepesu, estaba escondido y aguardaba.

—Quédate conmigo —le dije a Fleur cuando vino a visitarme.

Ella se negó.

—La tierra se perderá —le dije—. La medirán y la venderán.

Pero ella se echó atrás el pelo y se marchó por el sendero, sin otra cosa para comer hasta el deshielo que un saco de avena y unas cuantas de mis cebollas.

¿Quién sabe qué sucedió? Volvió a Matchimanito y se quedó sola en esa cabaña que ni siquiera el fuego había querido. Nunca una chica había hecho eso antes. Oí decir que en esos meses le pidieron el dinero de la contribución por las cuatro parcelas, incluida la isla en que se escondía Moses. El Agente fue allí, se perdió, pasó toda una noche siguiendo las luces y las lámparas de personas que no le respondían, pero que hablaban y reían entre ellas. Sólo le permitieron marcharse al amanecer porque era demasiado estúpido. Sin embargo volvió a pedirle dinero a Fleur, y lo último que supimos de él era que vivía en el bosque, comía raíces y jugaba a los naipes con los fantasmas.

Cada año hay más gente que viene en busca de lucro y traza líneas a lo largo de la tierra con cuerdas y banderas amarillas. A veces desaparecen, y ahora hay tantos jugando a los dados por la noche cerca de Matchimanito que uno se pregunta cómo hace Fleur para dormir, o si duerme alguna vez. ¿Por qué habría de hacerlo? Prescinde de tantas cosas. La compañía de los seres vivos. Munición para su rifle.

Algunos tienen ideas. Ya sabes cómo parlotean las gallinas viejas. Así fue como empezaron los cuentos, los chismes, las conjeturas, todas las cosas que

la gente dice sin saber y luego se cree, puesto que ha oído cada palabra con sus propios oídos y de sus propios labios.

Yo nunca me preocupé por las habladurías de los que engordan a la sombra de la tienda del nuevo Agente. Pero he visto los carros que entraban por el surcado camino de Matchimanito. Pocos han regresado, es verdad, pero ya eran demasiados los que volvían cargados hasta el tope de dura madera verde. Desde donde estamos ahora, nieta mía, he oído crujir y quebrarse los árboles, he sentido temblar el suelo cuando cada uno caía a tierra. Me he convertido en un anciano a medida que un roble era derribado, y otro y otro, que aquí se formaba un vacío y allí un claro y entraba la luz del día.

Verano de 1913

Miskomini-geezis
Sol de la frambuesa

Pauline

La primera vez que se ahogó en las aguas frías y cristalinas del Matchimanito, Fleur Pillager sólo era una niña. Dos hombres vieron inclinarse el bote, la vieron debatirse entre las olas. Remaron hasta el sitio donde había caído y saltaron. Cuando la alzaron por encima de la borda, estaba dura y fría al tacto, de modo que la abofetearon, la sacudieron sostenida por los tobillos, le movieron los brazos y le golpearon la espalda hasta que tosió agua del lago. Se estremeció íntegra como un perro y luego respiró. Pero poco después esos dos hombres desaparecieron. El primero se extravió y el otro, Jean Hat, murió bajo las ruedas de su propio carro de inspector.

Era de esperar, dijo la gente. Estaban en lo cierto. Al salvar a Fleur Pillager, ellos dos se habían perdido.

La próxima vez que cayó en el lago, Fleur Pillager tenía quince años y nadie la tocó. El agua la llevó a la costa, la piel de un color gris opaco y muerto, pero cuando George Many Women se inclinó y la miró de cerca, vio que su pecho se movía. Ella abrió de pronto sus ojos de límpida ágata negra y lo miró. «Ocupa mi sitio», dijo entre dientes. Todo el mundo se dispersó y la dejaron allí, de modo que nadie sabe cómo se arrastró hasta su casa. Poco después observamos que Many Women cambiaba, parecía asustado, no salía de su casa y se negaba a acercarse al agua o a guiar a los cartógrafos en el bosque. Gracias a esas precauciones, vivió hasta el día en que sus hijos le regalaron una tina de baño nueva. La primera vez que la usó resbaló, se dio un golpe y respiró agua mientras su mujer preparaba el desayuno en la cocina.

Después de que se ahogara por segunda vez, los hombres no se acercaron a Fleur Pillager. Aunque era guapa nadie se atrevía a cortejarla porque era evidente que Misshepeshu, el hombre del agua, el monstruo, la quería para él. Es un demonio hambriento de amor y lleno de deseo, a quien enloquecen las muchachas, en especial las que son fuertes y atrevidas, como Fleur.

Nuestras madres nos han advertido que lo encontraremos hermoso porque se presenta con una piel de cobre, ojos verdes, una boca tierna como la de un niño. Pero si caes en sus brazos le brotan cuernos, garras, colmillos, aletas. Tiene los pies unidos y su piel de escamas de bronce tintinea cuando la tocas. Estás fascinada, no te puedes mover. Él pone a tus pies un collar de nácar, llora lascas brillantes que se convierten en mica sobre tus pechos. Te retiene debajo de él. Toma la forma de un león, de un gran gusano oscuro, de un hombre que conoces. Está hecho de oro. Está hecho del musgo de la playa. Es una cosa de espuma seca, una cosa de la muerte de los ahogados, la muerte a la que un chippewa no puede sobrevivir.

A menos que seas Fleur Pillager. Todos estamos al tanto de que no sabía nadar. Después de la primera vez, pensábamos que se retiraría, que viviría en paz y dejaría de matar hombres, de ahogarlos en el lago. Pensábamos que seguiría el buen camino. Pero después del segundo retorno, y después de que el viejo Nanapush la cuidara durante su enfermedad, supimos que estábamos frente a algo mucho más serio. Allí, sola, enloqueció, perdió el control. Se metía con el mal, se reía de los consejos de las viejas y se vestía como un hombre. Tomaba medicamentos casi olvidados, estudiaba cosas de las que no deberíamos hablar. Algunos dicen que lleva en el bolsillo el dedo de un niño y un polvo de conejitos nonatos en una bolsita de cuero colgada del cuello. Pone sobre su lengua el corazón de un búho para ver por la noche y sale a cazar, ni siquiera en su propio cuerpo. Lo sabemos con seguridad porque a la mañana siguiente, en la nieve o en el polvo, hemos seguido las huellas de sus pies descalzos y hemos visto cómo cambian, cómo asoman las garras, cómo se le ensancha el talón y se hunde en el suelo. Por la noche oímos su áspera tos, la tos del oso. De día nos asustan su silencio y la ancha sonrisa que muestra para que bajemos la guardia. Algunos piensan que habría que expulsar a Fleur Pillager de la reserva, pero nadie que lo haya dicho se ha atrevido. Y finalmente, cuando la gente estaba a punto de unirse para echarla, ella se marchó por su propia cuenta y no volvió en todo el verano. Eso es lo que voy a contar.

Durante esos meses, mientras Fleur vivió en Argus, unas pocas millas al sur, ocurrieron cosas. Casi destruyó la ciudad.

Cuando llegó, en el año 1913, Argus era sólo seis calles a cada lado de la estación del tren. Había dos elevadores de granos, uno en el centro, otro a unas millas al oeste. Dos tiendas competían por los trescientos habitantes, y

tres iglesias se disputaban sus almas. La luterana era un edificio de madera, la episcopal uno muy pesado de ladrillo y la católica uno largo y estrecho, de tablas. Esta última tenía un fino campanario, dos veces más alto que cualquier otro árbol o edificio.

Sin duda, mientras se acercaba a pie por el camino, Fleur vio el campanario que se erguía sobre los trigales, una sombra fina como una aguja. Quizá la atrajo en aquel espacio abierto, así como un árbol solitario atrae el rayo. Quizá la culpa sea, finalmente, de los católicos. Porque si no hubiera visto esa señal de orgullo, esa delgada plegaria, esa señal, podría ser que hubiese continuado su camino.

Pero Fleur Pillager se detuvo, y el primer sitio al que se dirigió en la ciudad fue la puerta trasera de la residencia del sacerdote, junto a la iglesia de la señal. No fue a pedir limosna, aunque se la dieron, sino trabajo. También lo encontró, o la encontramos nosotros. Es difícil saber quién lo pasó peor, si ella o los hombres o la ciudad, aunque como siempre Fleur sobrevivió.

Los hombres que trabajaban en la carnicería habían faenado en conjunto unas mil reses, la mitad de vacunos y la mitad de cerdos, corderos y piezas de caza como venados, ciervos y osos. Para no mencionar a las gallinas, que no se podían contar. Pete Kozka era el propietario y empleaba a tres hombres: Lily Veddar, Tor Grunewald y Dutch James.

Yo fui a Argus por Dutch. Él había ido a llevar un pedido a la reserva y conoció allí a Regina, la hermana de mi padre, que era una Puyat y fue una Kashpaw por su primer matrimonio. Dutch no le cambió el nombre en seguida; eso vino después. Y nunca adoptó a su hijo, Russell, cuyo padre vivía entonces en alguna parte de Montana.

Durante el tiempo que pasé con ellos, casi nunca vi a Dutch y a Regina hablarse o mirarse a los ojos. Tal vez era porque, aparte de mí, los Puyat eran conocidos como una familia tranquila y con poco que decir. Cazábamos y vendíamos las pieles, éramos mestizos y pertenecíamos al clan que perdió su nombre. En la primavera anterior a ese invierno que se llevó a tantos chippewas, le pedí a mi padre que me enviara al sur, a la ciudad blanca. Yo había decidido aprender con las monjas el oficio de encajera.

—Allí te perderás —dijo, y me recordó que yo era menos oscura que mis hermanas—. Cuando vuelvas ya no serás una india.

—Entonces quizá no vuelva —le dije. Yo quería ser como mi madre, que alardeaba de su piel clara. Quería ser como mi abuelo, canadiense puro. Yo sabía desde niña que quedarse atrás era morir. Veía a través de los ojos del mundo que nos rodeaba. Me negaba a hablar en nuestra lengua. Le dije en

inglés a mi padre que debíamos construir una letrina con una puerta que pudiera abrirse y cerrarse.

—¿Cómo vamos a tener una cosa así en casa? —Se echaba a reír. Pero se enfadaba cuando yo me negaba a ensartar cuentas o a pincharme con plumas, o cuando me escondía para no frotar con sesos las duras pieles de los animales.

—Nací para cosas mejores —le dije—. Envíame a casa de tu hermana. — Y así lo hizo. Pero no aprendí a enhebrar ni a trabajar con carretes y bolillos. Barrí el suelo de una carnicería y cuidé a mi primo Russell.

Todos los días lo llevaba a la carnicería y nos poníamos a trabajar: esparcíamos serrín, llevábamos un paquete de salchichas a la esquina o un hueso de jamón para la olla de frijoles de un cliente al otro lado de la calle. Russell trabajaba más y se ocupaba de más pedidos. Aunque pequeño, era rápido y seguro. Nunca se detenía para ver pasar una nube o para mirar una araña que capturaba a una mosca con la misma precisión veloz con que Pete envolvía un grueso filete para el doctor. Russell y yo éramos diferentes. Él nunca se sentaba a descansar ni deseaba tener un par de zapatos como los que llevaban en los pies las chicas blancas, zapatos de cuero rojo verdadero adornado con agujeritos. Nunca escuchaba lo que esas chicas decían de él ni se las imaginaba volviéndose para cogerlo de la mano. En verdad, yo apenas si pasaba por los pensamientos de las chicas blancas.

No recibimos noticias de mi familia ese invierno, aunque Regina preguntó. Nadie sabía aún cuántos se habían ido; la gente no llevaba registros. Oímos decir que no se podía cortar madera con rapidez suficiente para construir las casitas de las tumbas, y de todos modos había tan poca gente con fuerzas para trabajar que, cuando empezaron, la maleza había crecido y ocultaba la tierra recientemente removida y las señales de las tumbas. Los sacerdotes trataban de oponerse a la costumbre de sepultar a los muertos en los árboles, pero los pocos que pudieron bajar no tenían nombres, sólo algunas pertenencias escasas. A veces brotaba en mi cabeza una fantasía que no lograba disipar. Veía a mis hermanas y a mi madre mecerse en las ramas, tan altas que no se podían alcanzar, envueltas en los encajes que nunca hice.

Me esforzaba por no recordar cómo era tener compañía, tener cerca a mi madre y a mis hermanas, pero cuando ese mes de junio vino Fleur lo recordé. Busqué pretextos para trabajar a su lado, le hice preguntas, pero ella se negaba a hablar de los Puyat y del invierno. Movía la cabeza y apartaba la vista. Una vez me tocó la cara, como por casualidad, o para tranquilizarme, y

me dijo que tal vez mi familia se había marchado al norte para evitar la enfermedad, como habían hecho algunos mestizos.

Yo tenía quince años, estaba sola y era tan poca cosa que resultaba invisible para la mayoría de los clientes y los hombres de la carnicería. Cuando no me necesitaban, me confundía con las paredes oscuras manchadas, una chica flaca de nariz grande y ojos curiosos.

Aproveché eso tanto como pude. Como podía desaparecer en un rincón o debajo de un estante, lo sabía todo: cuánto dinero había en la caja, sobre qué bromeaban los hombres cuando no había nadie cerca, y qué le hicieron a Fleur.

Carnes Kozka servía a los granjeros de cincuenta millas a la redonda tanto para el sacrificio de sus reses, porque disponía de un corral especial y un matadero, como para ahumar las carnes o agregarles especias y elaborar salchichas. El depósito era una maravilla: estaba hecho de muchos espesores de ladrillo, aislamiento de tierra y maderos de Minnesota, y revestido interiormente con virutas de madera y vastos bloques de hielo cortados en la parte más profunda del Matchimanito, que se llevaban todos los inviernos desde la reserva en trineos arrastrados por caballos.

Junto al depósito había un destartalado edificio de tablas, mitad matadero y mitad tienda. Allí trabajaba Fleur. Kozka la había empleado por su fuerza. Podía alzar un cuarto trasero o llevar una enorme carga de salchichas sin trastabillar, y pronto aprendió los cortes con Fritzie, una rubia flaca como un hilo que fumaba sin parar y manejaba con despreocupada precisión unos cuchillos filosos como navajas junto a sus dedos manchados. Las dos mujeres trabajaban por la tarde; envolvían la carne en papel y Fleur llevaba los paquetes al depósito. A Russell le gustaba ayudar. Desaparecía cuando yo lo llamaba, no escuchaba mis órdenes y pronto vi que siempre estaba cerca de Fleur, pellizcando un pliegue de su falda con tanta delicadeza que ella podía fingir que no lo advertía.

Por supuesto que sí. Sabía el efecto que provocaba en los hombres, incluso en los más jóvenes. Los hacía pisar en falso, los atontaba, les despertaba la curiosidad, los atraía con descuidada facilidad y luego los hacía a un lado con la misma indiferencia. Era buena con Russell, es verdad, incluso se preocupaba por él como una madre, lo peinaba con los dedos y me reprochaba si yo le daba un puntapié o lo molestaba.

Fleur ponía terrones de azúcar entre los labios de Russell cuando nos sentábamos a la mesa o le daba cucharadas de crema a espaldas de Fritzie. Le entregaba paquetes pequeños para llevar cuando ella y Fritzie apilaban la

carne cortada junto a las pesadas puertas del depósito que sólo se abrían a las cinco de la tarde, antes de que los hombres cenaran.

A veces Dutch, Tor y Lily se quedaban después de la hora de cerrar y cuando lo hacían también Russell y yo nos quedábamos, para limpiar el suelo y alimentar el fuego en el cuarto de ahumado del frente, mientras los hombres comían lonchas de arenque con galleta marinera alrededor de la pesada cocina de hierro fundido. Jugaban largas partidas de poker o cribbage sobre una mesa hecha con la tapa pulida de un cajón de sal. Hablaban. Comíamos pan y los extremos de las salchichas, mirábamos y escuchábamos aunque no había mucho que oír, puesto que casi nunca sucedía nada en Argus. Tor estaba casado, Dutch vivía con Regina y Lily leía circulares. Hablaban sobre todo de equipos, de las próximas subastas o de mujeres.

De vez en cuando Pete Kozka venía a jugar al whist y dejaba a Fritzie, que fumaba sus cigarrillos y freía buñuelos en la cocina. Jugaba unas pocas partidas pero se guardaba sus pensamientos. Fritzie no toleraba que hablara a espaldas de ella, y el único libro que él leía era el Nuevo Testamento. Si decía algo, era sobre el tiempo o los excedentes de trigo. Tenía un talismán de la buena suerte, la lente opalina de un ojo de vaca. Mientras jugaba al rutnmy la hacía girar entre los dedos. Ese suave roce y las cartas que caían eran casi la única conversación.

Finalmente, Fleur les ofreció un tema.

Tenía unas mejillas anchas y chatas y manos grandes, agrietadas, musculosas. Sus hombros eran fuertes y curvados como un yugo, sus caderas angostas, escurridizas como un pez. Llevaba un viejo vestido verde ceñido a la cintura, gastado en el trasero. Sus trenzas brillantes eran como colas de animales y se sacudían cuando ella se movía trabajando lenta, abstraída, deliberadamente, domesticada a medias. Pero sólo a medias. Yo lo sabía; los otros jamás lo advirtieron. No miraban sus astutos ojos castaños ni reparaban en sus dientes fuertes, afilados y muy blancos. Llevaba las piernas desnudas y como usaba mocasines adornados con cuentas nunca observaron que le faltaban los meñiques de los pies. No sabían que se había ahogado. Estaban ciegos, eran estúpidos, sólo la veían en la carne.

Y sin embargo, no fue porque fuera una chippewa y ni siquiera porque fuese una mujer, y tampoco porque fuera guapa y estuviera sola, que sus cerebros empezaron a zumbiar. Era por la forma en que jugaba a las cartas.

Habitualmente las mujeres no jugaban con los hombres, de modo que la noche que Fleur arrimó una silla a la mesa de los hombres, hubo una conmoción de sorpresa.

—Qué es esto —dijo Lily. Era gordo, con unos ojitos claros de serpiente y una piel maravillosa, tersa y blanca como el lirio, a la que debía su nombre. Lily tenía un perro, una especie de ternero mocho con la panza dura como un tambor de tanto comer cortezas de cerdo. Al perro le gustaba la baraja tanto como a Lily, y se le sentaba en los gruesos muslos durante todas las partidas de *stud, rum poker o vingtun*. Esa primera noche el animal amagó un mordisco al brazo de Fleur pero retrocedió con un gruñido congelado cuando ella ocupó su lugar.

—Pensé —dijo Fleur con voz suave y acariciante— que me dejaríais jugar.

Entre la lata de harina y la pared había un espacio donde cabíamos a duras penas Russell y yo. Él trató de acercarse a la falda de Fleur y acomodarse contra ella. Quién sabe, tal vez podía darle suerte, como el perro a Lily, pero yo sentí que si los hombres reparaban en nosotros nos echarían y lo retuve por los tirantes. Nos acurrucamos; yo le rodeaba el cuello con el brazo. Russell olía a pimienta y alcaravea, a polvo y mugre agria. Miró el juego con interés un minuto o poco más y luego se apoyó en mí con la boca abierta. Yo mantuve los ojos abiertos, vi el pelo negro de Fleur sobre la silla y sus pies afirmados en las tablas del suelo. No podía ver la mesa donde las cartas restallaban, de modo que cuando estuvieron entregados al juego empujé hacia abajo a Russell y me erguí en las sombras contra el marco de la ventana.

Vi las manos de Fleur mientras dividían la baraja, la mezclaban, dejaban caer las cartas ante los jugadores en un destello, las cortaban y volvían a barajar. Tor, bajo y flaco, cerró un ojo y le guiñó el otro a Fleur. Dutch atornilló los labios alrededor de un puro húmedo.

—Tengo que ver a un hombre —murmuró, y se levantó para ir al aseo. Los otros dejaron sus cartas y salieron, y Fleur se quedó sola bajo una lámpara que iluminaba la curva de sus pechos. La miré fijamente, y me concedió su atención por primera vez. Se volvió y me miró a los ojos con la blanca sonrisa de lobo que los Pillager dedican a sus víctimas, sólo que no era a mí a quien perseguía.

—Pauline —dijo—, ¿cuánto dinero tienes?

Ese día nos habían pagado a todos la semana. Tenía en el bolsillo ocho centavos.

—Préstame. —Extendió sus largos dedos. Puse las monedas en su palma y volví a confundirme con la nada, parte de las paredes y las mesas, entrelazada con Russell. Pronto comprendí algo que aún ignoraba. Los hombres no me hubieran visto hiciera lo que hiciese. Porque mi vestido

colgaba informe y tenía los hombros encorvados como una vieja. El trabajo me había encallecido, leer me había fatigado la vista, olvidar a mi familia me había endurecido el rostro y frotar las tablas desnudas había vuelto gruesos y enrojecidos mis nudillos.

Cuando los hombres volvieron y se sentaron alrededor de la mesa, se habían puesto de acuerdo. Se miraban unos a otros, se abultaban las mejillas con la lengua, se echaban a reír de pronto para desconcertar a Fleur. Pero a ella no le importaba. Jugaban al vintun con calma mientras Fleur ganaba poco a poco. Los centavos que yo le había dado aumentaron y atraieron monedas de diez hasta que tuvo delante una pequeña pila.

Después fue el juego de las cinco cartas, nada especial. Dio, descartó, sacó y luego suspiró y sus naipes temblaron un poquito. Los ojos de Tor brillaron y Dutch se enderezó en su silla.

—Pago por ver esa mano —dijo Lily Veddar.

Fleur la mostró y no tenía nada, nada de nada.

Tor desplegó su fina sonrisa y también mostró sus cartas.

—Bueno, ahora sabemos una cosa —dijo, echándose atrás—. La india no sabe echarse un farol.

Luego me dejé caer en un montón de serrín y me dormí. Desperté en mitad de la noche, pero ninguno se había movido y por lo tanto yo tampoco podía. Más tarde los hombres deben de haberse ido, o quizá Fritzie interrumpió el juego porque unos brazos de mujer me alzaron y me acunaron tan suavemente que no abrí los ojos mientras Fleur nos ponía primero a mí y luego a Russell en un armario de ovillos de hilo, papel parafinado y gruesos archivadores que acomodó como un colchón.

El juego prosiguió después del trabajo la noche siguiente. Russell se durmió, yo recuperé mis ocho centavos multiplicados por cinco y Fleur guardó el resto del dólar que había ganado. Esa vez no jugaron hasta tan tarde, pero sí sin cesar. Continuaron con poker o alguna variante durante una semana, y cada noche Fleur ganaba exactamente un dólar, ni más ni menos, demasiada regularidad para que fuera pura suerte.

Para entonces, Lily y los demás estaban tan intrigados que indujeron a Pete a jugar con ellos. Estaban concentrados, el perro inquieto sobre el regazo de Lily Veddar, Tor parecía lleno de sospechas, Pete prevenido y Dutch se frotaba la enorme frente cuadrada. Lo que los ponía así no era que Fleur ganara, porque también perdía. Era que nunca tenía un juego excepcional, apenas alguna escalera. Fleur debería haber sacado alguna vez un full o un poker. Lo irritante era que ganaba con parejas y nunca se marcaba faroles,

porque no podía, y sin embargo terminaba cada noche exactamente con un dólar. Lily no podía creer, en primer lugar, que una mujer fuera capaz de jugar a la baraja e, incluso si lo era, que fuese tan estúpida como para hacer trampas por un dólar. De día yo veía cómo le daba vueltas al problema y se frotaba los nudillos, con la cara blanca como el tocino, hasta que finalmente creyó tener la solución: Fleur era una jugadora moderada y cautelosa, y bastaría con subir las apuestas para derrotarla.

Lo que más deseaba era que Fleur no terminara con un dólar. Dos centavos menos o diez más; la suma no importaba mientras se rompiera la racha.

Noche tras noche ella jugaba, ganaba su dólar y se retiraba a un sitio que sólo Russell y yo conocíamos. Fritzie había hecho dos cosas importantes por Fleur. Le había regalado un paraguas negro de buen material y con un mango fuerte, y le permitía dormir en la casa. Todas las noches Fleur se bañaba en la tina de las matanzas y luego se retiraba al ahumadero fuera de uso detrás del depósito, un recinto sin ventanas cubierto de grasa derretida en el interior. Cuando le rozaba la piel sentía el leve olor a quemado de esas paredes. Desde la noche en que me llevó al armario ya no me inspiró temor ni celos; la seguía de cerca como Russell, estaba a su lado como una sombra movediza que los hombres jamás advertían, una sombra que hubiera podido salvarla.

Agosto, el mes de los frutos, llegó a la carnicería y Pete y Fritzie se marcharon a Minnesota para huir del calor. En un mes Fleur había ganado treinta dólares y sólo la presencia de Pete había mantenido a Lily a raya. Pero ahora Pete se había ido, y un día de paga, tan caluroso que nadie podía moverse excepto Fleur, los hombres se sentaron a jugar y esperaron a que terminara su trabajo. Las barajas sudaban en sus dedos, la mesa estaba resbaladiza de grasa y hasta las paredes despedían calor. El aire no se movía. Fleur estaba en la habitación vecina cociendo cabezas.

El vestido verde, empapado, la envolvía como una hoja transparente. Una piel de plantas acuáticas del lago. El pelo negro se le pegaba a los brazos. Tenía las trenzas deshechas atadas detrás del cuello en un grueso moño. En medio del vapor, revolvía con un cucharón de madera las cabezas en la olla. Cuando las hebras de carne afloraban a la superficie, se inclinaba a recogerlas con un colador de latón. Ya había llenado dos fuentes.

—¿No basta con eso? —dijo Lily—. Estamos esperando. —El perro mocho se estremecía en su regazo, furioso. Jamás me advertía cuando estaba

cerca la piel olorosa a humo de Fleur. En el rincón el aire pesaba sobre Russell y sobre mí. Fleur se sentó con los hombres.

—¿Y ahora qué dices? —le preguntó Lily al perro. Éste ladró. Era la señal para que empezara de verdad el juego.

—Pongamos la baza —dijo Lily, que acechaba esta noche desde semanas atrás. Tenía en el bolsillo un rollo de billetes. Fleur tenía cinco dólares en su vestidito. Cada uno de los hombres había reservado la paga entera que el empleado del banco había retirado de la cuenta de los Kozka.

—Un dólar, entonces —dijo Fleur, y puso el suyo. Perdió pero dejaron que lo recobrara centavo a centavo. Y luego ganó un poco. Jugaba de modo desigual, como si sólo contara con la suerte. Los iba engatusando. El juego proseguía. Ahora el perro estaba inmóvil sobre las rodillas de Lily, una pelota de músculos malignos, los ojos amarillos concentrados. Daba consejos, parecía oler las cartas de Fleur, erguía las orejas. El pozo crecía y crecía, hasta que por fin allí estuvo todo el dinero. Nadie abandonaba. Se dio la última carta y todos guardaron silencio. Fleur recogió la suya y respiró hondo. El calor bajó como una campana. La carta temblaba, pero ella no la arrojó.

Lily sonrió y sostuvo tiernamente entre sus palmas la cabeza del perro.

—Dime, Fatso —dijo canturreando—. ¿No te parece que es un farol?

El perro gruñó y Lily se echó a reír.

—A mí también —dijo—. Veamos. —Agregó al pozo sus billetes y monedas y todos mostraron sus cartas.

Lily miró, volvió a mirar, y luego estrujó al perro como si fuera de masa y lo arrojó sobre la mesa.

Fleur abrió los brazos y reunió el dinero con la misma sonrisa de lobo que una vez me había dedicado, la sonrisa con que los había engatusado. Guardó los billetes en su vestido y las monedas en un papel blanco que ató con una cuerda.

—Otra partida —dijo Lily con voz ahogada. Pero Fleur abrió la boca, bostezó y salió a buscar sobras para la gran marrana que aguardaba el momento de la matanza.

Los hombres permanecieron quietos como rocas, las manos sobre la mesa de madera engrasada. Dutch había masticado su puro hasta convertirlo en unas hebras húmedas. Tor tenía expresión sombría. La única mirada que siguió a Fleur fue la de Lily. Russell y yo no respirábamos. Sentí que compartían algo, vi hincharse de furia las venas de la frente de Dutch. El perro bajó de la mesa y se enroscó debajo del mostrador, donde ninguno de los hombres podía tocarlo.

Lily se puso de pie y fue hasta el armario donde Pete guardaba sus cosas. Cogió una botella, la abrió y la empujó. La nuez de su garganta se movió; luego la pasó. Bebieron, aspiraron el fuego del whisky y de sus ojos brotaron planes que no habrían podido decir en voz alta.

Cuando se marcharon, tomé a Russell del brazo y lo arrastré. Los seguimos, escondidos entre las jaulas de gallinas y las tablas rotas apiladas junto al redil. Al principio no vimos a Fleur y luego apareció la luna y la reveló; caminaba cuidadosamente por los tablones del matadero con un cubo en la mano. El pelo áspero y desgredado caía hasta su cintura, y su vestido era una mancha flotante en la oscuridad. Llamó a la marrana, hizo sonar el cubo metálico contra la madera, sospechó algo y se detuvo. Pero era demasiado tarde. Cuando el cubo resonó, Lily, grueso y ágil, se situó detrás de ella y extendió sus manos cremosas. Russell se lanzó hacia delante y le cubrí la boca con mis dos puños antes de que gritara. Al primer contacto de Lily, Fleur giró y le arrojó las sobras del cubo. Él la empujó contra la cerca y las monedas del paquete saltaron, tintinearón y guiñaron contra la madera. Fleur rodó una vez y desapareció en el corral.

La luna pasó detrás de una cortina de nubes desgarradas, y Lily avanzó entre la mugre oscura. Pero tropezó contra el enorme flanco de la marrana, que resopló, embarrada hasta el hocico. Russell y yo salimos de las malezas y nos quedamos pegados a las tablas del redil. Vimos cómo la marrana se erguía sobre sus nudosas rodillas, se equilibraba y miraba con curiosidad a Lily, que avanzaba a trompicones. Fleur había retrocedido hasta el rincón posterior; cuando Lily trató de pasar, la cerda alzó su fuerte cuello y atacó, rápida y violenta como una serpiente. Golpeó la gruesa cintura de Lily y le arrancó un trozo de camisa. En seguida volvió a golpear, más abajo, y Lily gimió sorprendido y dolorido. Pareció que reflexionaba mientras respiraba profundamente. Luego su enorme cuerpo se zambulló como el de un nadador.

La marrana chilló cuando el peso cayó sobre ella. Rodó dando coces con sus pezuñas filosas como cuchillos pero Lily se afirmó, aferró su larga cabeza por las orejas y le raspó el hocico en el molinete. Luego le golpeó el cráneo contra un poste de metal, pero no la mató, sino que la despertó de sus sueños.

El animal retrocedió, chilló, y él la apretó con tal fuerza que ambos quedaron apoyados mutuamente y abrazados. Inclinaron sus cabezas como si estuvieran a punto de empezar. Los brazos de él giraron y la azotaron. Ella le hundió los negros colmillos en el hombro, sin soltarlo, y bailó con él hacia delante y hacia atrás. Sus pasos eran cada vez más rápidos, más frenéticos. Los dos resbalaban, perdían el compás, se pisaban. Ella le pasó el pie hendido

por el pelo. Él aferró su cola retorcida. Cayeron y se levantaron, una misma forma ahora de un solo color hasta que los hombres no pudieron distinguir, con esa luz, cuál era cuál y Fleur logró saltar por encima de la cerca y caer sobre el camino de grava.

Los hombres la vieron, gritaron y la persiguieron a la carrera hasta el ahumadero. Y Lily también, cuando la cerda abandonó disgustada y lo dejó en libertad. En ese momento yo debía haber acudido en defensa de Fleur, haberla salvado arrojándome sobre Dutch como hizo Russell apenas se deshizo de mis brazos. Aferró la pierna de su padrastro como si lo hubieran arrojado por el aire. Dutch lo arrastró unos pasos con su pierna gruesa como una rama, luego le dio un golpe y lo dejó gritando y gimiendo entre las malezas. Yo cerré los ojos y me tapé los oídos con las manos, y sólo puedo describir lo que no pude acallar: los gritos de Russell, la respiración acezante de Fleur, tan fuerte que me llenaba, su grito en la vieja lengua y nuestros nombres repetidos una y otra vez entre las palabras.

El calor era todavía pesado la mañana siguiente, cuando entré lentamente por la puerta lateral. Fleur se había ido y Russell estaba echado contra la pared de madera como un perro apaleado. Los hombres tenían caras flojas de bebedores tras la borrachera. Lily estaba más pálido y blando que nunca, como si tuviera los huesos recubiertos de carne hervida. Fumaban y bebían de una botella. Aún no era mediodía. Russell desapareció y se sentó junto al portón del corral; se mecía abrazado a sus propias rodillas. Yo trabajé un rato; atendí la carnicería y afilé cuchillos. Pero estaba deshecha, enferma y sudaba tanto que mis manos resbalaban sobre el acero. Me limpié los dedos del contacto grasiento de las monedas de los clientes. Lily abrió la boca y rugió sin furia. El sonido no tenía especial significado. Su perro, yerto a sus pies, no levantó la cabeza. Los otros hombres tampoco.

Cuando salí a llamar a Russell no lo advertieron. Y entonces olvidé a los hombres porque comprendí que estábamos todos en suspenso y a punto de caer, volar, ser aplastados. El cielo estaba tan bajo que sentía su peso. De las nubes colgaban tetas de bruja, los conos verde castaño de los tornados y, ante mis ojos, uno tocó el suelo como un dedo delicado. Cuando Russell corrió hacia mí sopló bruscamente el viento, frío, y luego nos encegueció la lluvia.

Dentro los hombres habían desaparecido y toda la casa se estremecía como si una enorme mano aferrara las vigas y la sacudiera. Corrimos llamando a Dutch o a cualquiera de ellos. Russell estaba agarrado a mi falda.

Lo aparté, pero me abrazó aterrorizado cuando nos detuvimos. Llamaba a Regina, a Fleur. Las pesadas puertas del depósito, donde sin duda los hombres se habían refugiado sin nosotros, estaban cerradas. Russell aullaba. Seguramente nos oían, incluso por encima del huracán, porque los dos escuchábamos los ladridos de ese perro en el interior. En un momento dado todo se calmó. No nos atrevimos a movernos en ese extraño silencio. Presté atención. Russell también. Entonces oímos un grito creciendo en el viento, leve al principio, y luego un silbido y un alarido que atravesaba las paredes y nos rodeaba y finalmente hablaba claro.

Fue Russell, estoy segura, el que puso primero los brazos sobre la gruesa barra de hierro que se hacía girar sobre el muro y cerraba el depósito. La empujó con esfuerzo, demasiado pequeño para llevarla hasta su sitio, pero no me miró en demanda de ayuda. A veces, cuando lo recuerdo, veo que mis brazos se levantan y mis manos aprietan la barra y la encajan en su soporte de metal. En otras ocasiones eso está borrado. Pero siempre veo la cara de Russell el instante siguiente, cuando se vuelve y se aleja de la puerta corriendo, con una expresión serena de satisfacción cómplice.

Luego el viento se apoderó de él. Voló como si lo arrastrara un hilo atado a los fondillos de sus pantalones y yo lo seguí hacia la pared de la carnicería que se alzaba como una cortina, impulsados ambos mientras el edificio se desmoronaba.

El viento era más fuerte, una mano que nos sostenía. Luchamos. Los arbustos se sacudían, la lluvia nos azotaba, las barandillas de las galerías repiqueteaban y un toldo gualdrapeaba. La extraña nube se convirtió en un grueso hocico que olisqueaba el suelo, mordía, recogía cosas, las aspiraba y rompía, giraba a nuestro alrededor como si persiguiese cierto olor, luego se detuvo y cayó como un taladro sobre las ruinas de la tienda.

Caí rodando en el camino, seguí moviéndome a trompicones con tal asombro que no sentía miedo, más allá de Russell, acurrucado contra un pino. El cielo estaba lleno de cosas. Unas vacas volaban por el aire como grandes aves; dejaban caer estiércol, el belfo caído en un mugido perplejo. Un candelabro todavía encendido pasó volando; y las mesas, los manteles, las herramientas de jardinería, un cardumen de gafas a la deriva, chaquetas sobre sus perchas, jamones, un tablero de ajedrez, la pantalla de una lámpara y por fin la marrana a la carrera con los cascos borrosos, se liberaban, revoloteaban, se zambullían y gritaban mientras todo, en Argus, quedaba del revés y hecho añicos, completamente destrozado.

Pasaron días antes de que la ciudad buscara a los hombres. Después de todo, Lily era soltero y la mujer de Tor había recibido un golpe en la cabeza que la había dejado desmemoriada. Era comprensible. Pero ¿y Regina? Ese interrogante quedaría abierto para siempre en la mente de muchos. Porque no dijo nada a nadie de la ausencia de su marido. Toda la ciudad estaba ocupada excavando, con gran alivio porque, aunque el campanario católico había volado a través de cinco campos como un sombrero puntiagudo, los que estaban acurrucados en la cripta se encontraban sanos y salvos. Habían caído paredes y ventanas, pero muchas tiendas estaban intactas, así como los banqueros y tenderos que se habían refugiado en sus cajas de seguridad o debajo del mostrador. Fue un desastre de buen talante y no podía decirse que nadie hubiera sufrido mucho más que el vecino, con la excepción de Carnes Kozka.

Cuando Pete y Fritzie regresaron vieron que los maderos del edificio principal estaban convertidos en astillas apiladas en una gran pirámide y que todos los objetos de la tienda estaban diseminados, muy lejos. Pete midió la distancia a que había caído la bañera de hierro: treinta metros. El escaparate de los dulces sólo a quince, sin un solo cristal roto. Y hubo otras sorpresas, porque las habitaciones traseras donde vivían Pete y Fritzie estaban intactas. Fritzie dijo que sus estatuillas de porcelana seguían cubiertas por el mismo polvo de siempre, y que en el cenicero estaba el cigarrillo que había apagado al salir de prisa. Lo encendió y lo terminó mientras miraba por la ventana. Desde allí podía ver el viejo ahumadero donde dormía Fleur, desmenuzado en una arena rojiza, los corrales deshechos, las vigas de metal dispersas. Fritzie preguntó por Fleur. La gente se encogió de hombros. Luego preguntó por los demás y de pronto la ciudad descubrió que faltaban tres hombres.

Se aunaron fuerzas, se reunieron palas y voluntarios. Nos pasábamos tablones de mano en mano, los apilábamos, descubríamos lo que había debajo. Poco a poco apareció a la vista, intacto, el depósito lleno de carne que constituía la principal inversión de Pete y Fritzie. Cuando quedó espacio suficiente para que un hombre pudiera pararse en el techo, las voces y la opinión general pidieron que se partiera a hachazos para ver el interior. Fritzie gritó que se oponía, porque la carne se echaría a perder. De modo que el trabajo prosiguió, tablón por tablón, hasta que aparecieron las sólidas puertas del depósito y la gente se apretujó delante. Estaban cerradas por fuera, gritó alguien, un loco capricho del tornado. Regina estaba en medio de la muchedumbre; aferraba el cuello de Russell y trataba de sostenerlo contra su cuerpo bajo y fuerte. Todo el mundo quería ser el primero en entrar, pero sólo

Russell y yo fuimos bastante rápidos para deslizarnos junto a Pete y Fritzie en el aire bruscamente glacial.

Pete encendió una cerilla contra su bota, prendió la lámpara que sostenía Fritzie, y los cuatro nos quedamos en el círculo iluminado. La luz brillaba sobre las reses colgadas, los cajones de salchichas envueltas, los bloques brillantes y nublados de hielo del lago, puro como el invierno. El frío penetró en nosotros, agradable al principio, luego entumecedor. Pasó un momento antes de que viéramos a los hombres, o más exactamente los montones de piel, las heladas y velludas pieles de oso con que se habían cubierto. Nos acercamos y Pete arrimó la luz a sus caras, debajo de los pliegues de las pieles. Allí estaba el perro, pesado como una piedra de umbral. Los tres se habían reunido alrededor de un tonel donde todavía estaban las barajas de una partida, una lámpara apagada y una botella vacía. Habían dejado las cartas y se habían acurrucado estrechamente unos contra otros, los nudillos pelados de tanto golpear las puertas, que también habían atacado con ganchos. Estrellas de escarcha brillaban en sus pestañas y en su barba crecida. Las caras parecían concentradas, las bocas abiertas como para pronunciar algún meditado pensamiento, algún acuerdo que habían alcanzado abrazados.

Sólo cuando los sacaron y los pusieron al sol para deshelarlos alguien pensó en determinar si estaban totalmente muertos. Y entonces se descubrió el débil latido del corazón de Dutch James.

La energía viaja por la sangre y se entrega antes del nacimiento. Baja por las manos, que en los Pillager son fuertes y nudosas, grandes y ásperas, con dedos sensitivos, excelentes para las barajas. También sale por los ojos, beligerantes, castaño muy oscuro, los ojos del clan del oso, descorteses cuando miran directamente a una persona.

En mis sueños miro fijamente a Fleur, a los hombres. Ya no soy aquella chica flaca que espiaba desde un rincón oscuro.

La sangre nos trae de vuelta, como si corriera por el suelo. Yo me fui de Argus, dejé allí a Russell y a Regina con Dutch. Volví a casa y, excepto cuando converso con mis primos, llevo una vida solitaria. También Fleur vive tranquilamente junto al Matchimanito, con su bote. Algunos dicen que se ha casado con el hombre del agua, Misshepesu, o que vive descaradamente con hombres blancos o con windigos, o que los ha matado a todos. Aquí soy casi la única que va alguna vez a visitarla. Esta primavera fui a ayudarla a su cabaña cuando tuvo al bebé, cuyos ojos verdes y piel de color cobre han dado

todavía más que hablar, ya que nadie puede decidir si el bebé es mestizo, si ha sido engendrado en un ahumadero o por un hombre con escamas de bronce, o por el lago. Es una niña vivaz que sonrío en su sueño, como si supiera lo que la gente se pregunta, como si oyera hablar a los viejos y darle vueltas a la historia.

La historia es diferente cada vez, y no tiene principio ni fin. Y también se equivocan con la trama. Sólo saben que no saben nada.

Otoño de 1913-Primavera de 1914

Onaubin-geezis

Sol de la nieve endurecida

Nanapush

Antes de que se establecieran los límites, antes de que la enfermedad dispersara los clanes como bolos en una bolera, un anciano jamás tenía que vivir solo o cocinar su comida, ni trenzarse el pelo ni escuchar su propio silencio. Un anciano tenía parientes, alguna posibilidad de transmitir su nombre, especialmente si ese nombre era importante, como Nanapush.

Escucha bien, muchacha. Nanapush es un nombre que pierde fuerza cada vez que se escribe y se guarda en un archivo del gobierno. Por eso lo he dicho sólo una vez en todos estos años.

Sin Nombre, le dije al padre Damien cuando vino a levantar el censo de la iglesia. *Sin Nombre*, le dije al Agente encargado de la lista de la tribu.

—Puedo usar un nombre de blanco —le dije al capitán que trajo el pago en especies de nuestro primer trabajo— pero tampoco firmaré sus papeles con ese nombre.

El capitán y luego el presidente de la compañía maderera, el Agente y finalmente muchos de los nuestros hablaron larga y claramente de un arreglo en dinero. Pero nada me hizo cambiar de idea. He visto cómo se iban muchas cosas: la hierba debajo de mis pies y, por encima de mi cabeza, las grandes garzas blancas que volaron al sur para siempre. Una cosa sé. La tierra es lo único que pasa de una vida a otra vida. El dinero arde como estopa, fluye como el agua. Y en cuanto a las promesas del gobierno, el viento es menos mudable. Soy de los que se niegan, como los Pillager, aunque les dije en buen inglés al capitán y al Agente lo que pensaba de sus papeles. Podría haber escrito mi nombre y muchas otras cosas. Me educaron los jesuitas de Saint John antes de que volviera al bosque y olvidara todas las plegarias.

Mi padre dijo: «Nanapush. Así te llamarás. Porque tiene que ver con la astucia y con vivir en el bosque. Porque tiene que ver con algo que una muchacha no puede resistir. El primer Nanapush robó el fuego. Tú robarás corazones».

No el de Fleur, volviendo a ella. Tu madre a la vez me quería y se me resistía, como toda hija. Como tú haces ahora.

Desde que la salvé de la enfermedad, quedé unido a ella. No lo sabía al principio. Sólo mirando hacia atrás se reconoce la trama. Yo era el sarmiento de una vid silvestre que rodea los troncos y los acerca. O tal vez era una rama que venía de los Kashpaw y vivió lo suficiente para tocar el próximo árbol, los Pillager, de los que sólo quedaban dos —Moses y Fleur—, primos lejanos, menos relacionados por la sangre que por el nombre y la supervivencia casual. O quizás era yo solo, Nanapush, siempre obstinado. Pero el nombre tuvo relación con lo que ocurrió más tarde, porque fue por intermedio de Fleur Pillager que el nombre Nanapush se transmitió y no morirá conmigo, no se pudrirá en una caja de piel y huesos. Esto, como todas las cosas, tiene una historia que nunca es visible mientras ocurre. Sólo después, cuando un anciano sueña y habla en su silla el dibujo salta a la vista.

Había tantas cosas que veíamos y no comprendíamos.

Ese otoño, cuando Fleur regresó a la reserva desde la ciudad, ni uno solo de nosotros imaginó lo que ocultaba debajo de ese trapo verde que era su vestido. Lo recuerdo demasiado chico, abierto en la espalda y tirante en la delantera. Aparte del paraguas negro con que se protegía del sol, eso fue lo que vi cuando la saludé. No si dentro de ese vestido había dinero, o un hijo. ¿Y quién habría adivinado cosas todavía más extrañas, por ejemplo que los pies de Fleur, calzados con unos viejos mocasines, habían resbalado en la sangre? ¿O que había obligado a un hombre adulto a bailar con un cerdo? Podría haberla mirado una hora seguida, tan bien se la veía.

—Hija, ven a casa —dije—. Cuéntame qué has visto.

Me miró un momento, agradeciendo mis dulces palabras. A veces me llamaba tío afectuosamente, y en esa oportunidad casi sonrió. Luego entró sin mirar a nadie más. No estaba golpeada, no había señales de ningún problema. No había forma de que nos enteráramos, hasta que también Pauline regresó, de las cosas extrañas y terribles que habían sucedido en la ciudad blanca.

Pero sabíamos que algo andaba mal.

La tierra de la reserva estaba removida. Las cosas escondidas tenían libertad para echar a andar. El joven fantasma asombrado de John Hat cojeaba cerca del sitio donde su caballo se había espantado, y en las noches oscuras su carro pasaba ruidosamente por nuestros campos. Un perro negro, la forma del diablo, acechaba en el principio del camino al Matchimanito. Una noche se le apareció a la pequeña señora Bijiú y a sus hijos cuando volvían de la ciudad a su casa, y no los dejó pasar hasta que la señora Bijiú atinó a alzar la cruz que

llevaba su hija colgada del cuello. Entonces el perro saltó silenciosa y horriblemente por el aire hacia ellos; pero como era *odjib*, una cosa de humo, se desvaneció sin hacerles daño. Sólo quedó el olor pestilente de la piel quemada, que invadió el lugar y también sus ropas: la señora Bijiú no lo pudo borrar ni siquiera con jabón de lejía.

Por otra parte, el hombre del lago se retiró a las rocas más profundas. Los peces emergían hambrientos al alba y al crepúsculo, y no se perdió ningún bote. Algunos afirmaban que estaban contentos del regreso de Fleur porque ella —no queríamos pensar cómo lo hacía— dominaba a la cosa del lago. Pero su dominio se extendía a la zona que rodeaba el Matchimanito. Esos bosques eran un sitio solitario lleno de espectros de ahogados y de aquéllos a quienes la muerte había sorprendido sin aviso, como Jean Hat. Sin embargo, no podíamos dejar de cazar allí. Los robles eran grandes y la maleza menos densa, las frambuesas mejores, los animales más gordos y tiernos. La gente iba allí aunque no quisiera encontrarse con muertos ni con vivos. En especial con Fleur, aunque tampoco con el otro, Moses, que para derrotar a la enfermedad se había convertido a medias en un animal y vivía en una cueva.

En los primeros días de las fiebres, cuando Moses era pequeño, yo había pensado en una cura para él: darle un nuevo nombre para engañar a la muerte, un nombre blanco que yo había aprendido de los jesuitas. Aconsejé a su familia que construyera una casita fúnebre y pusiera delante comida junto a sus ropas y pertenencias, y que simulara luego que el niño vivo era otro. Como no pudieron explicar en alta voz todo esto, por temor a que alguien escuchara, no es extraño que el niño creciera confuso. Cuando fue mayor, solía coger algún carbón que su madre llevaba en la mano. Se tiznaba la cara y ayunaba hasta enflaquecer, esperando una visión, pero no encontró respuesta. Quizá permaneció demasiado tiempo solo en el bosque, vio demasiadas cosas. Consiguió la protección del hombre del agua, el león del lago, y llevaba consigo una camada de gatitos de una vieja francesa.

Durante la última enfermedad, cuando se instaló en la isla del otro lado del Matchimanito, los gatos fueron con él. Y luego, cada vez que Moses iba a la ciudad, llevaba un collar hecho con sus garras. Pese a que todavía era un muchacho, se negaba a hablar con sus mayores aunque lo abordaran directamente. Miraba fijo, como han hecho siempre los Pillager, y de reojo a cualquiera que se atreviese a pensar el nombre de Fleur. Iba a la tienda cubierto de polvo y hojas, compraba sus provisiones y las de Fleur y las guardaba por separado. Lo veíamos llenar su morral de piel con sacos

idénticos de harina, café, balas y munición, azúcar. También compraba tabaco y pagaba todo con monedas y billetes.

Así supo todo el mundo que ella había venido a instalarse. Por el dinero. Pagó la cuota anual de todos los terrenos de los Pillager que había heredado, y luego reunió provisiones para todo el invierno. Y era el dinero mismo, esas monedas y billetes, lo que daba más que hablar. Antes los Pillager siempre habían comerciado con pieles, cueros, carnes o frambuesas. Casi no tenían otra cosa. De modo que cuando Moses apareció en la ciudad, los largos brazos caídos, el pelo desgredado y encorvado como un bisonte, con un saquito de cuero del que sacó y alisó un billete de veinte, todos comprendimos que el dinero era de ella y que tal cantidad no podía ser el salario de un verano.

Esperaba que me visitara y me lo explicara.

No tardó en venir a casa y sentarse en la otra silla junto a la puerta, la misma en que una vez había pasado un mes sentada sin hablar. Aunque el aire estaba helado, me gustaba mirar desde allí el camino e imaginar los viajes de la gente a la iglesia y a la ciudad, ver el paso ansioso de los jóvenes que cortejaban a las muchachas, los movimientos furtivos de los enamorados, las cargas de heno que nuestros mejores granjeros, los Lamartine y los Morrissey, llevaban en rastras de álamo, las chicas que iban de dos en dos al mercado con un cubo de preciosa crema entre ambas.

—Estás guapo, Tío Viejo —dijo Fleur cuando se acercó.

—No tengo caramelos para comprar tus halagos —respondí.

Se echó a reír y jugueteó con el cuello de mi camisa. Yo solía llevar caramelos de menta en los bolsillos cuando iba de visita a Matchimanito en mejores días, en otros tiempos, y ella lo recordaba. Me miró serenamente. Aunque estaba bien vestida, envuelta en el chal marrón de su madre, adornado con cuentas, el pelo tan apretadamente trenzado que relucía en su cabeza como el de una muñeca pintada, parecía fatigada. Dio un paso atrás y se frotó los ojos.

—¿Tienes alguna dificultad, hija?

Se envolvió mejor en el chal y miró con el ceño fruncido sus nudillos, luego abrió sus manos finas y largas y volvió las palmas hacia arriba, como si esperara encontrar alguna respuesta. Pero sus dedos se cerraron sobre la nada.

—No debería haber dejado este sitio —dijo.

—¿Quieres decir esta casa? —le pregunté, pero ella sacudió la cabeza.

Entramos, encendí la lámpara, arrimé las sillas a la mesa. En mis tiempos tenía fama de jugador inteligente. Los años en que fui guía de los cazadores

blancos me enseñaron a jugar a la baraja. Había guardado cuidadosamente una durante años, hasta que el papel se volvió suave y amarillento, apenas lo bastante duro para barajarla. Cuando Fleur sacó del bolsillo una baraja nueva me pasé la lengua por los labios.

—Para ti —dijo, y la puso en la mesa entre los dos.

Las manos frías y endurecidas por la edad se calentaron y recobraron su agilidad. Sentí en las cartas la fragancia de las cosas nuevas.

—Hija —dije— te toca dar a ti.

Insistió en esperar a que apareciera el comodín, que fue su primera carta. Y luego, cuando ya habíamos jugado tanto tiempo que yo me había vuelto locuaz, le dije:

—Pauline Puyat ha vuelto a su casa.

Las manos de Fleur se detuvieron mientras mezclaba la baraja.

—¿Y qué más?

—Cuenta una historia.

Fleur sonrió y sus manos se movieron velozmente.

—Tío, la Puyat miente.

Mientras yo pensaba en eso, no miré atentamente sus dedos y perdí y volví a perder para creciente diversión de Fleur. Pero no podía apartar de mi mente a la Puyat. Quizá no recuerdes a la familia de que hablo, tramperos y vendedores de pieles; Pauline era la única huella de los que habían muerto o se habían dispersado. Era distinta de los Puyat que yo recordaba, y que fueron siempre gente insegura, tímida, nunca los primeros en nuestras danzas o curaciones. Ella era, a mi juicio, una mezcla desconocida de ingredientes, como el pan de cebada, que se ablanda o se endurece. Nunca sabíamos cómo llamarla ni para qué, o qué pensar de ella cuando estaba cerca. Por eso procurábamos ignorarla, y eso servía mientras estaba callada. Pero era muy distinto una vez que abría la boca y empezaba a menear la lengua. Era peor que Nanapush, en realidad. Porque yo siempre fui cuidadoso con los hechos que conocía y ella tendía a mejorar la verdad.

Como era poco notable y bastante corriente, hay que decirlo, Pauline trataba de llamar la atención contando historias raras que hacían daño. Algunos se preguntaban si no tendría algo raro en la mente. Su tía Regina, casada con un holandés, la envió aquí cuando se tornó extraña y no podía dormir, y veía cosas que no estaban en la habitación. Con esto sólo quiero decir que quienes creían los cuentos de Pauline eran las personas a las que les gustaba la suciedad. Desde luego que no faltan personas así.

La gente cavilaba.

Pensaban en el dinero, en que nunca veían a Fleur, y por fin apostaron a que pronto habría un bebé en el bosque. Alguien de la ciudad podría haberle dado ese dinero a Fleur Pillager para que se marchara y no volviera nunca. O ella podía habérselo robado a ese hombre. Todos pensaban que lo sabrían con certeza, en nueve meses o menos, cuando apareció el joven Eli Kashpaw y enturbió las aguas.

Eli no se parecía mucho a su padre, ni a su hermano menor Nector, porque jamás le importaron la política, los negocios ni la iglesia. Nunca pidió un terreno ni se registró, en tanto que Nector hizo las dos cosas, y además aprendió a escribir cuando apenas era un niño. Eli jamás tuvo una pluma en la mano. Nector escribía cartas después de cinco inviernos, y formaba cada palabra tan bien como lo hacían las monjas. Eli se ocultaba de las autoridades, jamás vio el interior de un aula y aunque su madre, Margaret (Osa de los Juncos, como empezó a llamarse cuando comenzó a ocuparse aquí de todo), se bautizó en la iglesia y trataba de llevarlo a misa, lo único que consiguió fue que él se quedara fuera de la gran puerta de pino e hiciera dibujos en los bancos con la punta del cuchillo. En cambio, Nector ayudaba al padre Damien en la misa.

Por dinero, Eli cortaba troncos, recogía heno, cosechaba patatas o corteza de arándano. Sin embargo, quería ser cazador, como yo, y se ofreció a asociarse conmigo aquel invierno, antes de la enfermedad.

Yo pienso como los animales, sé bien dónde se ocultan y en mis tiempos he rastreado un ciervo a través del tiempo y la maleza y el campo abierto hasta el sitio donde nació. ¡Sonríes! Pero enseñar estas cosas importantes tenía un inconveniente. Eli aprendió a cazar y a poner trampas tan joven que vivió demasiado tiempo, me parece, en compañía de los árboles y el viento. A los quince años lo ponían incómodo los seres humanos, en especial las mujeres.

Cuando había alguna cerca, apartaba la mirada y retorció las manos en los bolsillos. No podía quedarse quieto el tiempo necesario para que una chica advirtiera que no era nada feo, un chico delgado con las cejas curvadas sobre una larga nariz. Pero incluso si ella lo advertía, Eli no era capaz siquiera de darle los buenos días sin empezar a sudar o balbucear alguna excusa tonta. Durante cierto tiempo algunos pensaron que Nector había heredado la mayor parte del cerebro y la agudeza de los Kashpaw, aunque fue el último en nacer y se decía que el chico menor está hecho de materiales más pobres.

Eli era simplemente más sereno, más reflexivo, más lento para actuar y sacar conclusiones. Yo lo sabía. Porque se comprobó que Eli sabía cómo caer

sobre sus pies, cómo hacer que su tímida ignorancia trabajase a su favor. Los errores que cometió más tarde fueron resultado de la desesperación, pero tenía encanto, invisible para mí aunque de algún modo evidente para Fleur. Si no, ¿cómo hubiera podido Eli encontrar una forma de acercarse a ella y sobrevivir?

Por supuesto, yo le ayudé.

Soy Nanapush, no lo olvides. Esto es como decir que yo sabía qué le interesaba a Eli Kashpaw. Quería una cosa distinta de lo que yo podía enseñarle sobre el bosque. No sólo tenía curiosidad por saber dónde pesca o se oculta el armiño, o cuándo el lucio permanece bajo el agua o muerde el anzuelo. Quería descubrir cómo, en los tiempos anteriores a la prohibición del sacerdote y a la enfermedad, yo había logrado satisfacer a tres esposas.

—Nanapush —dijo Eli, cuando apareció un día en la puerta—, tengo que preguntarte una cosa.

—Entra entonces —respondí—. Yo no muerdo como las muchachitas.

Parecía más serio y asentado que el invierno anterior, cuando recorríamos las trampas. Yo me preguntaba cuál era el motivo de la diferencia cuando él dijo:

—Fleur Pillager.

—No es una muchachita —dije mientras iba hacia la mesa. Él me contó la historia.

Todo empezó cuando Eli se extravió cerca del Matchimanito. Estaba persiguiendo una gama un día de lluvia ligera, con poca suerte, y tras rodear una ciénaga disparó mal, lo que no era inusitado. La gama quedó herida de muerte, pero no inmovilizada. Bien podía andar el día entero, lo que era una vergüenza para él, de modo que manchó el cañón de su rifle con la sangre del animal, el conjuro que yo le había enseñado, y empezó a seguirle el rastro.

No le fue fácil. La gama atravesó el bosque, seguía el peor camino, se movía entre la espesura como un fantasma. Durante horas Eli señaló su paso con ramas quebradas, montoncillos de hojas o la huella de su bota. Pero el rastro y el día se acababan. Por alguna razón que él mismo no comprendía, no dejó más señales.

—En ese momento deberías haber regresado —le dije—. Debías saberlo. No es casual que a la gente le disguste ir allá. Los árboles son demasiado grandes, gruesos y retorcidos en la copa como brazos. Al viento sus ramas crujen unas contra otras, se quiebran. El follaje habla un lenguaje frío que te invade el cerebro. Quieres echarte en el suelo. Quieres no volver a levantarte. Tienes hambre. Arrancas zarzamoras y te las tragas y luego cagas como un

pájaro. Tu sangre se debilita. Estás demasiado cerca de la morada del hombre del lago. Y de donde yo enterré a los Pillager durante la larga enfermedad que se los llevó así como se llevó al clan Nanapush.

Y le dije además a Eli Kashpaw:

—Comprendo a Fleur. Estoy solo. Yo sé que no era una gama corriente la que te arrastró allá.

Pero la gama era real, me dijo; estaba herida y débil. El rastro de sangre fue cada vez más fresco y más oscuro hasta que creyó oír sus pasos algo más adelante y se inclinó hacia el suelo, ansioso por ver a la luz del ocaso y vislumbrar un movimiento, y en cambio advirtió la luz del fuego. Se acercó y se detuvo justamente fuera del círculo iluminado. La gama ya estaba abierta en canal, suspendida de una cuerda. Cuando vio a la mujer que le quitaba las vísceras con largos movimientos veloces de sus brazos desnudos y ensangrentados, entró en el claro.

—Es mía —dijo.

Yo meneé la cabeza, me cubrí la cara.

—Deberías haber regresado —le dije—. ¡Estúpido, deberías haber dejado las cosas como estaban!

Pero era obstinado, un rasgo de los Kashpaw que presagiaba lo que vendría. De todos modos no hubiera podido llevarse la gama; no habría podido cargarla a la espalda aunque hubiese sabido en qué dirección ir. Pero se mantuvo firme, y dijo que había perseguido al animal herido hasta demasiado lejos para perderlo. Ella no respondió.

—Al menos la mitad —dijo mientras le miraba la espalda, incómodo. Aún así, no estaba dispuesto a ser más generoso.

Ella siguió trabajando. No reparó en él. Eli era tan ignorante que se le acercó y le dio un golpecito en el hombro. Ella no se movió. Eli dio la vuelta a su alrededor, miró el cuchillo, se puso delante de sus ojos.

Finalmente ella lo miró, dijo él, pero luego lo trató como si no existiera.

—Mosquito. —Ella se enderezó, con el cuchillo flojo en la mano—, deja de zumbar.

Eli dijo que parecía tan huraña que su belleza no le impresionó; yo me acerqué más, preocupado por lo que había dicho, porque contó que tenía el pelo muy sucio, la cara descarnada, y que su vestido era apenas un trapo colgante sin otra curva que la de sus pechos.

Algo había observado.

—¿Ninguna curva? —dije, pensando en los rumores.

Negó con la cabeza, impaciente por continuar su historia. Dijo que le dio pena. Le conté que el último hombre que había sentido pena por Fleur apareció con los pies para arriba en su tina de baño, ahogado. Yo había sido amigo de los Pillager antes de su muerte, le dije, y estaba a salvo de Fleur porque ambos habíamos llorado juntos a los muertos. Era casi de mi familia. Pero no ocurría así en el caso de él.

Eli me miró incrédulo, con el ceño fruncido. Luego dijo que no veía por qué era tan peligrosa. Un rato más tarde comprendió que ella estaba exhausta, y no furiosa. No protestó cuando él empezó a ayudarla con su propio cuchillo. A mitad del trabajo, permitió que él terminara solo, y entonces Eli colgó del árbol la mayor parte de la carne. Llevó a la cabaña los mejores trozos. Ella lo dejó pasar, casi sin verlo, y él le ayudó a encender el pequeño fogón y hasta empezó a fundir el tocino. Ella se comió el corazón entero como un animal hambriento, y luego cerró los ojos.

Por la forma en que él describía sus acciones, tuve la certeza de que Fleur estaba embarazada. Conozco las señales y puedo hablar de esto porque soy un anciano y estoy mucho más allá de todo lo que pueda hacer una mujer para debilitarme. Y aún más seguro estuve cuando Eli contó que la alzó en sus brazos, la llevó a su cama de sauce y la cubrió con sus mantas. Y por difícil de creer que esto sea para un viejo, aunque era lo primero que hacía bien, Eli se envolvió en su abrigo en el lado opuesto de la cabaña y pasó allí la noche, solo.

—Entonces —le dije— ¿para qué vienes a verme? Has salido de su casa, estás vivo, ella te permitió incluso encontrar el camino de regreso. Has aprendido una lección y nada malo te ha ocurrido.

—La quiero —dijo Eli.

No podía creer que había oído bien, pero estábamos sentados cara a cara, de modo que no había duda. Me puse de pie y le di la espalda. Quizá fui poco generoso, porque había perdido a mis propias hijas. Quizá quería conservar como hija a Fleur, para que me visitara, bromeara y me ganara a las cartas. Pero creo que era sólo por el bien de Eli que me mostré duro.

—Olvida esa cosa que tanto te pesa en el bolsillo —dije—, o ponla en otra parte. Ve a la ciudad y búscate una mujer domesticada.

Miró mi mesa y luego habló.

—Quiero saber cosas; no quiero advertencias ni la cautela de mi madre.

—No es instrucción lo que quieres. —Yo iba demasiado lejos—. Lo que buscas es un filtro de amor. Un Nanapush jamás ha necesitado eso, pero la vieja señora Aintapi y los Pillager los venden. Pídele uno a Moses y págale.

—No quiero nada que pueda gastarse —dijo el chico. Estaba decidido. Tal vez fue esa nueva frialdad firme lo que me hizo cambiar de idea, esa serenidad. Estaba sentado muy quieto y era diferente. Pensé que ya era un hombre, y me pregunté quién era yo para impedirle acercarse a una Pillager, puesto que alguien debía hacerlo, y toda la tribu pensaba que no se la podía dejar sola allí, derribando todo lo que se le ponía por delante. La gente decía que alguien tendría que ponerle las riendas. Quizá, pensé, Eli fuera el joven indicado, aunque no era capaz de cruzar dos palabras y sacar algo en claro.

De modo que cedí. Le dije lo que quería saber. Me preguntó la antigua manera de hacer que una mujer lo amara, y entré en detalles para que no cometiese errores desgraciados. Le hablé de la primera mujer que se me había entregado. Se llamaba Sanawashonekek, la Hierba Alisada, el lugar donde un ciervo ha pasado la noche. Describí las refinadas preferencias de Omiimii, la Paloma, y mis tribulaciones para contentar a mi segunda esposa. Zezikaikwe, la Inesperada, era una mujer cuyo nombre correspondía a la predicción exacta de sus deseos. Le di algunas cosas del arcón francés que mi tercera esposa había dejado, pero yo no estaba todavía en condiciones de hablarle de Cuentas Blancas, ni de la hija que habíamos tenido, cuyo sobrenombre era Lulu. Le mostré el abanico de una mujer blanca, ajorcas de cuentas, una muñeca hecha de piel de cervatillo.

Cuando Eli Kashpaw acarició esos bellos objetos y preguntó de dónde venían, recordé los viejos tiempos. Hablar es el último vicio de un anciano. Abrí la boca y llené sus oídos, pero eso no es culpa mía. Yo no debería haber vivido tanto tiempo, visto tanto a la muerte, empujado tantas historias a los rincones de mi cerebro. Están todas unidas, y una vez que empiezo no puedo parar porque se muerden la cola unas a otras, están enganchadas. Durante los años de la enfermedad, cuando fui el único que quedó, me salvé comenzando una historia. Una noche ya estaba listo para llevar al otro lado la muñeca que después le regalé a Eli. Mi esposa la había cosido después de la muerte de nuestra hija y yo la tenía entre las manos cuando me desvanecía y perdía el aliento, y apenas podía seguir moviendo los labios. Pero continué y me recobré. Hablando me curé. La muerte no pudo interponer una sola palabra, se desanimó y prosiguió su viaje.

Eli volvió al lado de Fleur y dejó de atormentarme, lo que interpreté como señal de que a ella le habían agradado el abanico, las ajorcas de cuentas y quizás el resto de Eli, la parte en que él quedaba librado a sí mismo. Una cosa

he descubierto sobre las mujeres: que debes usar todos tus instintos para confundirlas.

—Mira —le dije a Eli antes de que se marchara—, es como si fueras un tronco en la corriente. Una osa se acerca. Salta. No dejes que te clave las garras.

Yo pensaba que Eli se habría limitado a impedir que Fleur recobrar el equilibrio. Pero como se comprobó, había ido mucho más lejos y estaba fuera del alcance de todo lo que yo le había dicho.

Fue su madre quien me trajo las noticias.

Margaret Kashpaw era una mujer que había clavado las garras en el tronco hasta convertirlo en un palillo, y no iba a permitir que ningún hombre lo olvidara. Y menos aún yo, el compañero de su marido muerto en varias correrías juveniles.

—Aneesh —dijo, mientras cerraba de un portazo. Margaret nunca llamaba a la puerta porque en ese caso uno podía recuperar el aliento o escapar. Era directa, autoritaria, avinagrada y no tenía miedo a nadie. Una mujer pequeña, pero tan enceguecida por la irritación que era capaz de atacar a cualquiera. Era delgada de la cintura hacia arriba y luego ancha como un nabo, y su cara parecía un pastelillo redondo de melaza. A los lados colgaban trenzas grises. Con la edad, la raya del pelo se le había ensanchado y daba la impresión de que las trenzas estaban a punto de caerse. Tenía ojos duros y brillantes y una lengua afiladísima. Se sentó sin más.

—¿Te gustaría saber lo que has conseguido que haga mi hijo?

Murmuré, seguí leyendo junto a la ventana, me ajusté mejor las gafas que me había dado el padre Damien. El periódico venía de Grand Forks una vez por semana. Había malas noticias del otro lado del océano y yo no estaba dispuesto a permitir que Margaret interrumpiera mi concentración ni sobrepasara mi barrera de defensa.

—¿Qué hijo? —pregunté—. ¿La pequeña sombra de Eli? ¿Te refieres a Nector?

—¡Vamos! —Apartó las hojas con la mano, rozó la letra impresa, pero no se atrevió a arrancármelas. No era porque me tuviera miedo. No quería que las letras se pegaran a su piel. Nunca había aprendido a leer, y el misterio la perturbaba.

Aproveché esto, volví a poner el periódico delante de mi cara y no me moví. Pero ella ganó, por supuesto; sabía que yo tendría curiosidad. Sentí que sus ojos relucían del otro lado del periódico y cuando lo bajé continuó.

—¿Quién le enseñó a mi Eli a hacer el amor de pie? ¿Quién le enseñó a tener abrazada a una mujer contra un árbol en pleno día? ¿Quién le enseñó a...?

—Un momento —dije—, ¿cómo lo sabes?

Se encogió de hombros y respondió en voz más baja:

—Boy Lazarre.

Yo sabía que los Lazarre no espiaban gratuitamente y me limité a sonreír.

—¿Cuánto le has pagado a ese perrito barrigón?

—¡Son como animales en celo! ¡No tienen vergüenza! —Pero ya había perdido el impulso—. Contra la pared de la cabaña —dijo—, echados en el patio. Sobre la hierba y en lo alto de los árboles. ¿De quién puede haber aprendido esas cosas?

—Tal vez de mi viejo socio Kashpaw —sugerí.

Ella hinchó los carrillos, furiosa.

—¡No ha sido de él!

—Por lo que sabes... —Puse cuidadosamente las gafas en el alféizar de la ventana. Margaret sabía mover la mano como una serpiente.

Silbó. Las palabras brotaron cortantes entre sus dientes.

—Viejo —se burló—, una ramita y dos ciruelas arrugadas.

—Una ramita puede florecer —sugerí.

—Pero sólo en primavera.

Entonces se marchó y me dejó con la última palabra ardiendo en la lengua, todavía ignorante de los efectos completos de mis consejos. Sólo más tarde me pregunté si no habría ocurrido algo parecido en la dirección contraria, si Fleur no habría anudado sus vellos privados alrededor de los botones de la camisa de Eli, si no le habría puesto en el té polvos humeantes o raíz de serpentaria molida, si tal vez ella le había mordido las uñas mientras él dormía, o había quitado hebras de sus ropas para hacer una muñequita que llevaba entre las piernas.

Porque se volvieron más atrevidos, hasta que toda la reserva empezó a murmurar.

Y luego, un día, el Lazarre mayor, un indio cuyo certificado de nacimiento decía solamente «Boy», volvió del bosque con la voz trabada y mezclando las palabras. Al principio la gente creyó que aquellas imágenes apasionadas le habían afectado la mente. Luego pensaron que Fleur había sorprendido a Lazarre espiando, lo había atado, le había cortado la lengua y se la había cosido del revés.

El mismo día que oí decir esto, Margaret irrumpió en mi casa por segunda vez.

—Llévame a su casa, cuatro ojos —ordenó—. Y quiero ir por el camino más corto, a través del lago. Así que prepara tu bote para mañana, ¿está claro? —Ése fue su disparo de despedida. Se encaminó a la puerta y desapareció; apenas me dio tiempo para remendar las costuras y agujeros de la vieja canoa india que guardaba bajo un techado de arbustos junto a la serena caleta que era el extremo sur del lago. Esa tarde me ocupé de calafatearla con resina de pino cocida, tan bien como pude. Me obligaban y yo mismo sentía curiosidad; y aunque no quería espiar a la muchacha a quien le había salvado la vida ni tampoco al chico a quien le había aconsejado cómo cortejarla, a la madrugada estaba junto al agua con los remos en la mano.

La luz era fría y verde, las olas del lago eran pequeñas ondulaciones confusas y no había una brisa regular. Dejamos a Nector en la costa, mohíno pero a salvo. El agua podía ser engañosa, tender celadas a los jóvenes descuidados o a tontos ansiosos y marchitos como nosotros. Metí la mano en la corriente.

—Margaret —dije—, el agua del lago está muy fría. Tampoco yo podría nadar, no lo bastante bien.

Pero Margaret estaba decidida y serena.

—Si él me quiere —hablaba del hombre del lago pero, por precaución, sin mencionar su nombre—, le daré tanto como me dé él a mí.

—Oh —dije—, ¿tanto tiempo hace, Margaret?

Sus ojos se encendieron y lamenté no haber mantenido la boca cerrada. Pero ella se limitó a comentar más tarde, cuando ya habíamos atracado:

—No tanto como para que sólo queden cenizas.

Había demasiada agua en la canoa y le di una lata vacía de tocino donde solía guardar la carnada.

—Será mejor que uses esto, Margaret. Hay que achicar.

De manera que por lo menos durante ese largo viaje tuve la satisfacción de ver cómo soportaba con angustiada y feroz obstinación la inseguridad de la canoa. Nos íbamos hundiendo. El agua nos cubría los tobillos cuando llegamos a la playa, pero Margaret no tenía otro remedio que mantener la boca cerrada y apretada. La idea había sido suya. Cuando finalmente pisamos tierra firme sintió tal alivio que me ayudó a subir la embarcación y a asegurarla entre unas raíces de la costa. Se retorció la falda y se sentó a mi lado, jadeando por el esfuerzo. Sacó del bolsillo de su vestido unos trozos de

carne desecada y mordió uno como una tortuga joven. Cuánto envidié sus dientes fuertes y agudos.

—Come —dijo— o lo tomaré como un insulto.

Me metí un trozo en la boca.

—Muy bien —se burló—. Si lo chupas bastante tiempo se ablandará.

No podía hacer otra cosa. Era la única manera de que pudiese tragarlo.

—Oye —dije un rato más tarde—. Estaba pensando. Una vez tuve una vieja perra estéril. No quería saber nada de nada. Lo único que le daba alguna satisfacción era mirar a los perros jóvenes.

Margaret se puso en pie de un salto, con las faldas revueltas. Yo había dicho demasiado. Con sus garras me dio dos furiosos tirones de orejas que me hicieron perder el equilibrio y hasta la sensación del tiempo. Subió a la costa y entró en el bosque de los Pillager, pero no sé cuándo lo hizo ni cuánto tiempo tardó, y apenas había logrado recobrar me cuando regresó.

Para entonces el cielo se había puesto completamente gris y las olas eran blancas y fuertes. Margaret pellizcó unas hebras del tabaco que guardaba en un saquito y las arrojó al lago con unas palabras desesperadas e implorantes. Subimos al bote, que hacía más agua que nunca, y partimos. El viento soplaba violentamente en ráfagas circulares, y tuve que emplearme a fondo. Nunca he visto achicar con mayor rapidez, ni antes ni después. La vieja hacía centellear la lata y casi no perdió el compás cuando sacó del bolsillo el saquito de tabaco y lo arrojó entero a las olas. A partir de ese momento, sin que sus brazos dejaran de trabajar, se dirigió alternativamente a distintos manitús y a la Virgen bendita y al sagrado corazón, ese despojo sangrante que la mujer del manto celeste acunaba en la terrible imagen que Margaret tenía clavada en la pared. Cuando llegamos llovía a cántaros y nos ayudamos a salir de la canoa. Ya en mi casa avivé el fuego y después de tomar un poco de caldo caliente, mientras sus ropas empezaban a secarse echando vapor, Margaret me contó lo que había visto con sus propios ojos.

Fleur Pillager estaba embarazada y tendría un niño en primavera. Al menos eso es lo que calculaba Margaret.

Por lo tanto, ella debía actuar rápidamente. Quería recobrar a su hijo con verdadera desesperación. Con ese fin preparó la última puñalada, el ataque final, y lo hizo bien. Tan bien que casi tuvo éxito.

Margaret Kashpaw se dispuso a remover la basura.

Mientras Eli preparaba una línea de trampas junto al lago de los Pillager y salía a recorrerla semana tras semana, sin su hermano menor, Margaret tendió su propia trampa, tan cuidadosamente dispuesta como las otras, aunque sobre

la mesa de su cocina. Puso allí platos, tazas, café, pasteles, manteca y frambuesas secas, un cebo para cualquiera que llegase. Tarde o temprano, lo sabía, alguien vendría. Y así fue, aunque sólo cuando la nieve ya era profunda.

Una tarde, durante un deshielo de pleno invierno, Pauline mordió el anzuelo. Yo estaba también allí de visita, comiendo como una comadreja y con los oídos bien abiertos. Naturalmente, una vez que empezó, Pauline no pudo parar. Era como si bebiera un primer sorbo y los demás se apoderaran de ella. Se sentó en la silla de Margaret. Era una cosa vivaz y quebradiza, puro nervio, que comía y mascullaba entre un bocado y otro. Mientras sus labios se movían, su mirada vagaba por el suelo y las paredes, sin mirar jamás a nadie, ansiosa de que le creyeran. Tenía el pelo castaño descuidadamente peinado sobre las orejas. Cuando alzaba la voz sus manos temblaban como alas lastimadas.

Dijo que conocía a Fleur, que había trabajado con ella en Argus. Pauline frunció los labios y el ceño y continuó. La carnicería, la baraja, lo que ocurrió en el ahumadero. Cuando describía las cosas que no había visto sus dedos se agitaban en el aire y su voz rechinaba. Nosotros no hablábamos; la mirábamos como si fuera un pájaro que hablaba. Como he dicho, nació mentirosa y seguramente así morirá. Para ella la práctica del engaño era tan constante que se había convertido en una especie de verdad.

—Bueno —dije—, lo único que sabemos con certeza es que Fleur Pillager tenía dinero en el vestido. Eso no es un crimen.

—Pero ¿cómo lo consiguió? —dijo Margaret.

Pauline bebía café, jugueteaba con la cruz que tenía colgada del cuello y parecía dolorida y sorprendida por sus propios pensamientos.

—A las gallinas celosas les gusta cacarear —dije mientras acababa con un gran trozo de budín de frambuesa antes que Margaret me arrancara el plato de las manos.

—Algunos hombres vienen aquí sólo para comer hasta hartarse.

—Me voy ya mismo —dije—. Tan vacíos están los platos como vosotras. —Ellas captaron el insulto. Los ojos de Margaret ardieron y Pauline enrojeció.

—En los viejos tiempos —dijo rápidamente Margaret— hasta los hombres de pelo blanco podían hacer algo más que hablar.

—Deberías verme por la mañana —me jacté.

Pauline se movió en su silla, los ojos enormes. Margaret no pudo resistir la tentación.

—Tieso estarás cuando te mueras —respondió con marcado desdén—. Sobresaldrás del suelo.

Pauline lanzó un grito, se metió en la boca una punta del delantal y huyó por la puerta. Pero a Margaret ya no le importaba. Ahora sabía la historia de Fleur en Argus, narrada por una testigo presencial.

Me marché. Un hombre no necesita que le recuerden su muerte, y Pauline había empezado poco antes a ayudar a Bernadette, la que lavaba y vestía a nuestros muertos. A veces Pauline también asistía al velatorio. Cuidaba a los hijos de una viuda la primera noche, o cocinaba para el funeral, o se quedaba feliz en la iglesia mientras el cura leía. Era el cuervo de la reserva; vivía de nuestras sobras y nos conocía perfectamente porque las sobras contaban nuestra historia.

Yo no quería que Pauline me viera muerto. No con esos ojos fríos, claros y curiosos, agudos como alfileres. Prefería perderme solo en el bosque como un perro enfermo.

Durante días, después de aquella conversación, Margaret limpió y barrió su casa con renovado vigor. Estaba bien que la chica hubiera contado todo eso, me dijo. Guardar un secreto podía matar a una persona como Pauline.

Margaret hablaba con la satisfacción de quien obtiene un beneficio de su propia generosidad, aunque era cierto lo que decía. Nadie podía dudar de que a Pauline le había hecho bien liberarse de esa historia. Caminaba más ligeramente, como si se hubiera quitado un peso de encima. La gente decía que, al volver de la comunión con la hostia en la boca, se notaba el alivio de su inocencia. Porque ahora había trasladado a Margaret la carga de su secreto.

Sólo que para Margaret no era una carga sino una bendición que había caído como un rayo sobre su frente, deslumbrándola a tal extremo que al principio no sabía cómo utilizarla. Durante un tiempo se limitó a estudiar el problema. Hizo la cuenta y le pareció que era pronto para que naciera el niño, pero no imposible. Fleur había regresado a la reserva un mes antes de atraer a Eli, cosa que había hecho mediante el talismán que llevaba entre las piernas, dijo Margaret, porque necesitaba un marido. Margaret estaba segura de que Eli no era el padre, pero tendría que esperar hasta el nacimiento. Predecía que el niño tendría el pie hendido como un cerdo, y el pelo de paja. Sus ojos serían azules y su piel blanca. Margaret saboreaba las variaciones. Orejas rojas como pantallas, una marca de nacimiento extraña, labio leporino, un dedo de más, una señal que revelaría la mancha de su concepción. La historia de Pauline le proporcionaba otras municiones. Fleur había seducido a esos

hombres y los había matado para su diversión. ¿Acaso no era suficiente ese rumor para alejar a cualquier hombre?

Margaret así lo creía, y también algunos otros, aunque yo no sólo consideraba a Fleur como una hija sino que comprendía que, desde el punto de vista de un hombre, el peligro podía carecer de importancia. Por sus actos Fleur parecía tan imposible y al mismo tiempo tan accesible que incluso los más resecos y encorvados sentían cómo una mecha lenta se encendía en sus sueños.

A mi juicio poco podía decirle una mujer a su hijo si éste había tomado una decisión. Pero Margaret Kashpaw tenía otra opinión, una confianza inmovible en su capacidad de volver a atraer al chico a sus brazos. Algunas madres exageran su capacidad de dar la vida y hasta llegan a creer que pueden hacer que sus hijos retornen a la simiente original. Margaret era una de ellas.

Más entrado el invierno, yo estaba de visita en casa de Margaret cuando el flacucho Nector —a quien decíamos, para fastidiarle, que era el hermano mellizo de Eli, a tal punto se le parecía y lo imitaba— entró con una garza. Estaba viva, era gris, tenía un ala quebrada y los ojos amarillos y luminosos. Nector la dejó en el suelo y le ató las patas con una tira de tela y luego las alas. Le dio varias vueltas, de modo que el ave sólo podía mover la cabeza. Cuando se le pasó el terror empezó a picotear el aire haciendo girar su cuello de serpiente. Se había lastimado el ala mucho antes, de manera que no pudo volar hacia el sur y no sabíamos cómo había logrado sobrevivir ni alimentarse durante la primera parte del invierno.

Eli entró, puso la mano sobre el hombro de Nector y éste dijo que había cazado la garza para la esposa de su hermano.

—¡Esposa! —dijo Margaret, y era evidente que ya había oído antes esa palabra—. Una esposa tuya nunca vivirá en otra tierra que la de los Kashpaw. La traerás a casa. —Desde luego, sabía que eso no era posible con Fleur. Sin vacilar, apretó el pico del ave y lo mantuvo cerrado.

Eli no le hizo caso.

—A ella le gustan los pájaros —le dijo a Nector.

—Y toda clase de animales —dijo Margaret de modo desafiante.

La garza, en la mesa, miraba con furia, el pico sostenido por Margaret. Eli rió, ella frunció los labios y se olvidó de que yo escuchaba. Le temblaba la voz, pero miraba a su hijo mayor con ojos duros como municiones.

—Y ahora supongo que nos dejarás abandonados a nuestros propios medios —agregó con engañosa mansedumbre.

La mirada de Eli expresaba que no mordería el anzuelo ni discutiría. Su actitud era clara. Le estaba creciendo el pelo que Margaret le había hecho cortar en la barbería, y que ahora le bajaba por el cuello. Parecía lleno de vida, de juventud, de fuego. Había pasado la semana en su línea de trampas con Fleur, y también podría haber estado en el próximo mundo, o en el anterior, tan poco le preocupaba éste por el momento.

—Es como si estuviera casado, mamá —fue todo lo que tuvo que decir para que la mano de Margaret se moviera y dejara libre al ave y lo distrajera con sus palabras de modo que Eli no pudo reaccionar con suficiente rapidez cuando la garza le clavó el pico en la mano como si fuera una rana. Madre e hijo empezaron a gritar y a acusarse mutuamente, de manera que cogí al ave, le até el pico con una tirita de tela y salí con Nector.

Cualquiera hubiese pensado que la mujer abandonaría; pero la verdad es que no pudo entonces y en realidad nunca. Como todos sus hijos mayores se habían marchado a las tierras que les habían dado en Montana, quería un sitio aquí mismo para su vejez. Eli era su mayor esperanza. No podía confiar en Nector, cuya preferencia por la vida urbana parecía impulsarlo claramente a las escuelas situadas fuera de la reserva. Margaret quería una nuera sin personalidad a la que dominar fácilmente, una chica que atendiera sus consejos y no la desplazara en la casa. Todo el mundo sabía que Fleur Pillager no era así ni necesitaba una segunda madre. Ogimaakwe había educado a sus hijas para que se bastaran a sí mismas. O eso creyó Margaret hasta que Pauline golpeó a la puerta, meses más tarde, y anunció que Fleur estaba a punto de dar a luz.

Y aquí entras tú en la historia, muchacha, así que escucha.

Ya era primavera y el hielo estaba lechoso, poroso y roto, y era posible atravesar en un bote el lago si uno se atrevía a viajar así, como yo hice. Fleur tenía dificultades. Eso fue todo lo que oí, porque Pauline y Margaret se reservaron los detalles. Eli no había tenido mejor idea que pedirle ayuda a Pauline, pero ella era inútil: buena para conducir almas a la muerte pero no a la vida, y en realidad temerosa de la vida, del nacimiento y de Fleur Pillager. De manera que Pauline recurrió a Margaret que, al fin y al cabo, podía ser la abuela.

Volvimos a tomar el camino más corto, a través del lago. Varias veces, mientras sacaba y volcaba desesperadamente cubos de agua, Margaret me recriminó por tener la canoa en tan malas condiciones. Me aseguró reiteradamente que sus motivos para ayudar no eran los lazos de parentesco. Su presencia no debía tomarse como un reconocimiento, sino que era su

obligación ver las pruebas, fueran las que fuesen: el pelo dorado, los ojos ardientes.

Pero tú no tenías ninguna de esas marcas.

Naciste el día en que alguien mató al último oso, en plena borrachera, en la reserva. Fue Pauline quien lo mató, y no era ella quien estaba borracha sino el animal. Esa osa había encontrado el vino que yo llevé desde el otro lado del lago debajo de mi chaqueta y que había guardado en el interior de un tronco podrido detrás de la casa. Mordió el corcho y se bebió todo el contenido del botijo de arcilla blanca; luego perdió la cabeza y apareció en el patio de hierbas de Fleur.

Para ese entonces ya llevábamos un día de espera; Nector se había quedado solo en casa de Margaret. Durante todo ese tiempo no se oyeron ruidos en la cabaña de Fleur, sólo un silencio aplastante, como el del interior de un tambor antes de que el palillo repique. Eli y yo estábamos apoyados contra la pila de leña. Hicimos un fuego, nos envolvimos en mantas. Mi estómago crujía por la falta de alimento, pues Eli ayunaba por la angustia y yo no quería comer delante de él. Tenía los ojos enrojecidos; gemía, murmuraba, rezaba y soportaba una carga cada vez más pesada.

El segundo día nos inclinamos sobre el fuego, atentos al llanto de un niño. Nuestros oídos percibían todos los ruidos del bosque; el rumor de las aves, el crujido de las hojas y las ramitas secas. Había más actividad, lo que nos daba esperanzas. Resonaba la tapa del hornillo, tintineaban las ollas. Pauline salió a la puerta, o Margaret, y oímos que arrojaba agua afuera. Entonces Eli se movió y fue a buscar más agua. Pero sólo a la tarde de ese segundo día se rompió finalmente el silencio, y fue como si todos los manitús del bosque hablaran a través de Fleur, desatados, discutiendo. La voz quebrada y vacilante de Tortuga, el agudo chillido de Águila, el grito amargo de Somormujo, Nutria, el aullido de Lobo, el grave gañido de Oso.

Quizá la osa oyó el llamado de Fleur y respondió.

Yo estaba solo cuando sucedió, porque Eli se desmoronó en cuanto se quebró el silencio, se hizo un tajo en el brazo con su cuchillo de monte y salió del claro hacia el norte a la carrera. Cuando se marchó, me acomodé tranquilamente y probé la comida que él había rechazado. Me acerqué al fuego y estaba a punto de servirme nuevamente cuando la osa ebria se acercó tambaleándose. Oisqueó el suelo, halló un olor que le agradaba, se irguió y se sentó desconcertada sobre sus cuartos traseros, como un perro. Yo salté inmediatamente a lo alto de la pila de leña, no sé cómo porque tenía los miembros entumecidos por el frío y la humedad. Me agaché, grité en

dirección a la casa y pedí el rifle, pero sólo conseguí atraer a la osa. Se acercó más, dejó escapar un largo gruñido, una tos, y me dirigió una mirada fija, larga y paciente.

Margaret abrió la puerta de par en par.

—Tírale, viejo tonto —aulló. Pero yo no tenía con qué. Margaret no tuvo en cuenta ese detalle y se irritó pensando que yo no le obedecía, ansiosa por librarse de molestias y volver al lado de Fleur. Avanzó directamente hacia nosotros, a pasos furiosos, la cara tensa por el agotamiento. Sus brazos se movían como pistones y se encontró frente a la osa antes de comprender que no llevaba un arma. Margaret Kashpaw era una mujer sensata y giró sobre sus talones. Fleur guardaba su rifle sobre una hilera de cornamentas, encima del armario para la harina, pero Margaret no llegó hasta él. La osa se le pegó a los talones como un cachorro y en la puerta de la casa, cuando Margaret se volvió con los brazos abiertos para cerrarle el paso, la hizo a un lado con un soñoliento zarpazo. Luego entró y se paró sobre las patas traseras.

Soy un hombre, de modo que no sé con exactitud qué ocurrió cuando la osa irrumpió en la casa del nacimiento; pero las mujeres hablan entre ellas y a veces olvidan que las escucho. Por eso sé que cuando Fleur vio a la osa en la cabaña tuvo tanto miedo y tales bríos que se incorporó sobre las mantas y parió. Entonces Pauline bajó el rifle y disparó a bocajarro contra el corazón de la osa. Eso es lo que dice. Pero agrega que el plomo sólo despertó al animal, y lo creo. Porque oí el disparo y luego vi a la bestia huir aullando de la casa. Pasó a mi lado, se internó en la maleza y nadie volvió a verla nunca. Tampoco dejó un rastro, de modo que podía ser un espíritu. No lo sé; yo estaba todavía sobre la pila de leña.

Tuve la precaución de terminar mi comida. Según lo que oí decir más tarde, ellas estaban seguras de que Fleur había muerto, tan fría y rígida se hallaba después de dar a luz. Pero entonces el bebé lloró. Eso lo oí con mis propios oídos. Cuando Fleur oyó el llanto, dicen ellas, abrió los ojos y respiró. Entonces Margaret la atendió y la salvó: le puso entre las piernas musgo y artemisa, la envolvió en mantas calentadas con piedras, le dio masajes en el vientre y la obligó a beber una taza tras otra de cocimiento de hojas de frambuesa hasta que por fin Fleur gimió, puso a la niña contra su pecho y vivió.

Y me preguntas ahora cómo es que eres una Nanapush. Te preguntas cómo un hombre sin una mujer pudo continuar su nombre. Pues bien, fue a

causa de la costumbre con la que complacemos a nuestro amigo el padre Damien, la del bautismo. Yo estaba allí el día siguiente cuando llegó el sacerdote, preparado para los últimos ritos pero feliz de hallar, en cambio, una nueva vida. Traía el cáliz y la hostia. Le di un poco de agua del cubo. Saludó a Margaret, pero comprendió que lo correcto era no transponer el umbral.

Margaret susurraba para no despertar a Fleur. Dejó que el cura pusiera agua bendita sobre la cabeza del bebé y dijera las palabras, pero oyó a Fleur y se lo llevó adentro antes de que le dieran nombre. Yo me quedé con Damien junto a la pila de leña, donde ya había construido un pequeño abrigo de ramas.

—Debo completar el registro —dijo—. ¿El nombre del padre?

No contesté en seguida, sino que medité primero. Me dije que quizás Eli no volvería y que, aunque lo hiciera, ¿quién podía saber con certeza si él era el padre? Además era joven y tenía hermanos, de modo que en su clan siempre habría descendencia. Pensé en las burlas de Margaret. Recordé la tarde en que Pauline soltó la lengua. Pensé en mis esposas, en especial en Cuentas Blancas y en nuestra hija. Ahora tenía la oportunidad de hablar, y con justicia. Había mantenido un fuego vivo en la cabaña durante todo el tiempo, partiendo leña hasta que creí que los arrugados músculos de mis brazos estallarían. Había tantas historias, tantas posibilidades, tantas mentiras. Las aguas estaban tan turbias que me pareció bien darles una nueva sacudida.

Invierno de 1914-Verano de 1917

Meen-geezis
Sol del arándano

Pauline

Me fui de Argus porque no podía librarme de los hombres. Caminaban toda la noche a través de mis sueños, buscaban a quién echarle la culpa. ¡A Pauline! Mi nombre era un gruñido en sus labios. Una sospecha, una certidumbre, un gancho de hierro aferrando un barrote.

Dutch James se pudría en el dormitorio, aserrado trozo a trozo. Primero el médico le cortó la mayor parte de una pierna, luego el otro pie, un brazo hasta el codo. Las orejas se le marchitaron. Le daban continuamente morfina y a veces hablaba hasta muy entrada la noche. Regina, en la silla, con su corteza, sus plumas y su bordado, le respondía, le tranquilizaba, le contaba largos cuentos. Era muy extraño. Repentinamente, ella lo amaba y él la amaba. Yo lo veía en los ojos de él, en el arrullo de la voz de ella, en los susurros de ambos. Era una horrible luna de miel con orinales, vendajes malolientes y algodones enrollados, ropas hervidas, ventanas que no podían abrirse por las moscas, una espantosa falta de aire.

Sin embargo era seguro que Regina conseguiría curarlo.

Y como él, aunque mejorase, quedaría desesperadamente unido a ella, Regina se preocupaba ahora por él y lo atendía como a un niño. Ya no me necesitaba. Y yo estaba igualmente ansiosa de liberarme. Dutch me llenaba de confusión. A esa casa, en las afueras de la ciudad, acudía un desfile de beatas de la parroquia, y todas venían con algún regalo. Era seguro que traían una tarta, una gallina cocida y cortada en trozos, una olla de frijoles, arroz con espinacas o acelgas, y cada una de estas cosas era el precio de la entrada para ver a Dutch.

Era una atracción, y la comida se amontonaba a nuestro alrededor a medida que él disminuía. Cuando lo veían, las bocas de las mujeres se abrían, su respiración se aceleraba.

Sacaban de la manga cuadraditos blancos de lino y acercaban a sus narices la tela perfumada. Sus ojos se anegaban.

Cuando por fin el aire se volvió glacial, cuando logramos guardar en el depósito las ollas y los pasteles y concluyeron las visitas, Dutch estaba suficientemente restablecido para casarse con mi tía. Era diciembre, no llovía, los caminos todavía estaban despejados y finalmente encontré mi oportunidad.

La viuda Bernadette Morrissey y su hermano Napoleón llegaron un día a Argus en un espléndido carro verde.

Ambos estaban cubiertos de calientes y pesadas pieles de oveja. Iban a comprar cosas que no se podían conseguir en el norte de la reserva. Eran gente de dinero, mestizos que habían hecho fortuna comprando los terrenos que muchos viejos chippewas no sabían cómo trabajar. En esa época su granja era muy grande, unas doscientas cincuenta hectáreas.

Aunque Napoleón tenía debilidad por la bebida, y aunque era un solterón tan empedernido como si lo hubiera consagrado un obispo, se le consideraba un buen católico y un buen hermano que se había hecho cargo de la viuda y sus tres hijos. El mayor, Clarence, era guapo y había ayudado a construir la casa de dos pisos. Tenían gallinas, un establo con seis vacas lecheras, dos cerdos, algunos gansos y cultivaban hortalizas. Los otros hijos de Bernadette eran dos chicas, Sophie y Philomena. Sophie era la mayor, alta y desmañada. Philomena era tierna y regordeta. Yo las conocía de antes, de la escuela de monjas, y aunque no podía aguantar sus elegantes y presuntuosas maneras afrancesadas, me obligué a ocuparme de ellas, a seguirlas y bajar la vista, a mirar confundida mis pies hasta que Bernadette preguntó qué me ocurría. Entonces se lo dije.

Que Regina me pegaba. Que Dutch me lanzaba maldiciones. Que mi primito Russell se burlaba de mí y que yo debía abandonarlo aunque no quería. Le conté cómo fregaba los ásperos suelos de madera y ordeñaba, preparaba cataplasmas y lavaba vendajes, y cuánta nostalgia de mi casa sentía.

—El trabajo no será menos pesado en casa —dijo Bernadette—, pero nadie te pegará.

Bernadette había conocido a mi madre y desaprobaba la forma en que me había abandonado. Su ofrecimiento era pura caridad, pero acepté. No debía alimentar mi falso orgullo ni oponerme a la recompensa que Bernadette recibiría de Dios algún día.

Además, creo que realmente teníamos algún parentesco.

Nos parecíamos mucho cuando íbamos por el camino, huesudas y tiesas como vacas flacas, y también mentalmente yo era más parecida a ella que sus

propias hijas. Bernadette me enseñó a leer y a escribir con la letra que había aprendido de las monjas francesas de Quebec. Tenía un baúl lleno de libros y folletos y era buena para los números: llevaba las cuentas de la granja y siempre tenía consigo alguna hoja con cifras cuando íbamos a visitar a los enfermos y moribundos. En mitad de la noche, mientras esperaba que el ángel plegara las alas, sumaba, restaba, dividía y hacía las cuentas. Las monjas pensaban que era una santa porque se ocupaba de los muertos. Yo sé que era práctica y necesitaba tranquilidad para llevar los libros.

En cuanto a Napoleón, no diré que alenté las atenciones que pronto empezó a prodigarme. Fingía no darme cuenta cuando me rozaba con el codo o me acercaba una mano: Evitaba sentarme a su lado o bailar descalza cuando tocaba el violín. No dudaba de que Bernadette me despediría si él se mostraba más atrevido, aunque estaba dispuesto a algo más. Las chicas de mi edad se casaban, es verdad.

Pero no, por lo general, con hombres de pelo gris y tan marcados por la vida dura y el alcohol. Era tan viejo como los hombres de la carnicería y todavía más amigo de la botella. Escondía el whisky en los comederos de los animales o en el granero, o enterrado bajo las rocas del bosque y a veces me ofrecía.

—Derrámalo —murmuraba yo acorralada detrás de la casa.

Él me apoyaba la botella en la mejilla, la hacía rodar, se reía al verme tan rígida y asustada.

Los sueños desaparecieron una vez que Argus quedó atrás, es decir, hasta que cometí el error de hablar en voz alta y volver a la vida lo que había sucedido. Fue a causa de las intrigas de Margaret Kashpaw. Me arrancó la verdad o alguna versión de ella, no sé cómo, y luego me despreció porque yo no había tenido ánimo suficiente para resistirme. Cuando salí de la casa de los Kashpaw, me sentí a la vez más ligera y más pesada. Más ligera porque me había desembarazado de la carga que soportaban mis espaldas; más pesada porque sabía que los sueños habían de retornar.

Y así fue, sólo que ahora soñaba en particular con Fleur.

No con su vida en los bosques, en la reserva, sino con aquellos días en que a causa de ella me había sentido oprimida, destrozada, arrastrada como una hoja en la tormenta. Volví a vivir una y otra vez todo aquello, ese momento tan sereno antes del vendaval. Todas las noches, cuando bajaba la barra de hierro, era mi voluntad la que soportaba su peso y la metía en su soporte, no la de Russell o la de Fleur. Por eso, el día del Juicio, mi alma sería sacrificada y mi pobre cuerpo giraría en la rueda del diablo. Y a pesar de ese futuro,

también estaba condenada a sufrir en esta vida. Cada noche veía cómo los hombres abofeteaban la boca de Fleur, le pegaban, entraban en ella y la cabalgaban. Yo lo sentía todo. Mis gritos brotaban de su boca y mi sangre de sus heridas.

Me daba miedo cerrar los ojos; sabía que en el sueño me revolvería y patearía a Sophie y a Philomena, con quienes compartía la cama. Pero siempre me dormía y soñaba y cuando aparecieron magullones grises en las piernas y brazos de las hermanas, Bernadette me trasladó a un rincón donde podía combatir a solas contra los malos sueños.

Aunque así sólo podía patear las paredes, tuvo piedad de mí. Le pagó a Moses Pillager para que me hiciese un aro especial de madera fina con una red, una trampa para sueños. La colgué al lado del crucifijo en mi rincón, pero los sueños la atravesaban más veloces y más nítidos, y finalmente dejé de dormir del todo.

No logré descansar hasta la mañana en que Mary Pepewas, una chica de mi edad, murió sola en mi presencia.

Cuando la familia Pepewas nos avisó, Bernadette Morrissey buscó por toda la casa trapos rotos para limpiar, y buscó su bordado y sus cuentas para las largas horas de espera junto a la enferma. Sophie y Philomena sacaban la lengua y se pellizcaban la nariz a espaldas de su madre. Como odiaban los malos olores y los cubos y orinales que había que vaciar, Bernadette las dejaba en casa. Fuimos hasta allí por el camino a la luz de un farol, de prisa, detrás del chico Pepewas que había venido a buscarnos. Yo me sentía excitada en medio de la oscuridad inmóvil; de pronto Kokoko, el búho, bajó de una rama flotando como el humo y chilló. Bernadette hizo la señal de la cruz y me indicó que hiciera lo mismo.

Cuando llegamos, Mary Pepewas había mejorado un poco, de modo que sus familiares se habían ido a dormir uno por uno, exhaustos y confiando en nosotras. Tenía la enfermedad de los pulmones, había tosido sangre y sufrido escalofríos durante horas, pero ahora se había sumergido en un sueño tranquilo y regular. Bernadette me envió al establo con los niños. Me acurruqué en el altillo y esperé bien despierta hasta que volvió con el farol y ocupó mi sitio.

Debía de ser por lo menos la madrugada. Fui a la casa, me senté en el banco de madera junto a la cama de Mary y la miré como jamás había mirado a nadie. Mary era antes regordeta. Ahora estaba flaca y desgastada. Habíamos ido juntas a la escuela de la misión antes de que yo me marchara a Argus. Traté de recordar algo que Mary hubiera dicho o hecho, algún detalle. Pero

sólo podía pensar en sus piernas gruesas y en sus zapatos rotos cuyas suelas gualdrapeaban cuando corría de un lado al otro del patio de tierra. Imaginé esos pies moviéndose más velozmente hasta que se tornaban borrosos. Empecé a dormir mientras velaba y a despertar del sueño con la vista clara. Y entonces vi que Mary Pepewas cambiaba.

No se movía. No se arqueó sobre la cama ni trató de esquivar a la muerte o apartarla de su cara mientras descendía y se abría paso, no sé cómo. Se dejó anegar por su agua negra y luego Mary, como un angosto bote atado a la costa, empezó a derivar. Pero estaba amarrada por la quijada porque, cuando la corriente se la llevaba, se le abrió la boca más y más, como si quisiera devorarse a sí misma. Las olas llegaron y entonces ella cerró los ojos, se estiró y se agitó. Quizás en ese momento, mano sobre mano, yo habría podido traerla de vuelta a la costa; pero vi claramente que deseaba irse. Yo lo comprendía. Por eso puse los dedos en el aire, entre las dos, y corté donde la amarra estaba casi deshilachada.

Ella se alejó. Su cara se aflojó y la boca se cerró. Cuando se fue me puse de pie y llamé a los demás a la habitación, sorprendida de lo ligera que me sentía, como si también yo hubiese quedado libre. Me aferré a una silla, para afirmarme. Si me quitaba los zapatos me elevaría en el aire.

Si no me cubría la cara sonreiría. Una fresca oscuridad me arrastró fuera de la habitación a través de la puerta. Salté, giré, aterricé en el borde del claro. Mi cuerpo estaba erizado. Arranqué hojas de una rama y me las metí en la boca para sofocar la risa. El viento agitaba los árboles. El cielo se endureció y se iluminó. Y entonces, mientras giraba, mareada, mis alas sacudieron el aire, me elevé con tres poderosos impulsos y vi lo que había abajo.

Eran pequeños y estúpidos y se amontonaban detrás de las ventanas con luz. Incluso Bernadette, que me enseñaría lo que yo necesitaba saber, parecía sencillamente fatigada, como si en aquello no hubiese alegría. Sólo yo, mientras miraba, llena de ánimo, sabía que la muerte era una forma de gracia.

Dicen, o dice Bernadette, que cuando me encontraron más tarde en el árbol, esa mañana, todo el mundo se asustó al verme precariamente suspendida sobre el suelo. No comprendían cómo había trepado hasta allí, porque el tronco era liso a lo largo de más de dos metros y no había ningún asidero para las manos o los pies. Pero yo lo recordaba todo y no estaba sorprendida. Sabía que después de revolotear, contemplar y meditar, me había posado en mi rama favorita y allí me había cubierto la cabeza con el ala.

Y luego había dormido sin sueños, de una manera hermosa y profunda, como no dormía desde el helado depósito de la carnicería, como dormiría

todas las noches desde entonces en adelante.

Después de eso, aunque lo oculté con cuidado, supe que yo era diferente. Tenía el corazón de un ave de rapiña piadosa. Me volví santurróna e intrigante, peligrosamente mansa y humilde. Usaba la ropa vieja de las monjas, seguía los pasos de Bernadette, entraba a las casas que pronto visitaría la muerte y le daba la bienvenida. Y dado que no era una viuda, como suelen ser las mujeres que se ocupan de los muertos, como Bernadette, trabajaba con más ahínco.

Fregaba y enceraba hasta muy tarde, limpiaba cualquier plato de estaño que hubiese quedado en la cocina, cortaba leña, amasaba el pan que los vivos pondrían en la boca del muerto. Aprendí de Bernadette la forma de disponer el cuerpo, de lavarlo y peinarlo y taponar sus orificios, de vestirlo cuidadosamente y enredar por fin un rosario entre los dedos. Hice esto hasta que la fría sensación de la piel fue un consuelo para mí, hasta que ya no me molestaba en bañarme cuando salía de la casa sino que tocaba a otros con las mismas manos, transmitía la muerte.

Los depositábamos en la tierra con oraciones si eran cristianos, y si no se habían convertido los acompañábamos al camino de la muerte de los antiguos, con un par extra de zapatos. No me importaba. Iba con Bernadette, aguardaba el momento que me daba la paz.

En la primavera de ese año Misshepesu se sumergió y casi nunca más se lo vio entre las olas del lago. No destrozó más botes ni ahogó a más muchachas, pero nos miraba con sus ojos vacíos y dorados.

Pensábamos que los ojos de Lulu ardían como los suyos.

Sin embargo tenía la nariz inconfundible de los Kashpaw, demasiado ancha y achatada en la punta. Era guapa. Tenía el pelo fuerte y de crecimiento rápido de Fleur. Negrísimo.

Tuvo dientes muy pronto, y los señalaba con sus dedos vivaces y gordezuelos, parecía orgullosa de lo agudos y numerosos que eran. Siempre pedía que la alzarán, de modo que la llevaron en brazos hasta el segundo verano de su vida.

Margaret, que pasaba la mayor parte del tiempo en casa de su nuera, era quien por lo común la sostenía en sus brazos. Margaret estaba resentida por su negativa a abandonar la tierra de los Pillager, y había tratado de evitar que Eli

se instalara en la cabaña de Fleur. Pero la atracción de la nieta era mayor, y ahora ella y Nector se quedaban días y días en Matchimanito, y dependían de las noticias que les traía Nanapush de lo que ocurría en la ciudad. Formaban una especie de clan nuevo, hecho con trozos de los antiguos, religioso en parte a la manera antigua y en parte a la nueva.

Margaret asistía a misa con cualquiera de la casa que pudiese arrastrar. Llevaba a Lulu contra el pecho, envuelta en su viejo chal, y sentaba a la niña en el banco durante la bendición, en la primera fila para que el humo del incienso le rozara la piel, como si tuviera necesidad de purificarse.

Y así era. Lulu fue malcriada desde pequeña, orgullosa, jamás humilde. Se reía de las faldas del padre Damien, de las tocas almidonadas y cortantes de las monjas. Miraba con viva atención las caras de nuestros mayores y chillaba cuando ponían ojos ridículos. Se reía de todo. De sus propios pies. De mi cara.

Porque, desde luego, yo no me había vuelto más bonita. En realidad, crecí demasiado rápido, era larga como un palo y mis rasgos no se habían ablandado. Tenía la frente arrugada porque cerraba con fuerza los ojos para no ver ciertas cosas. Tenía una mandíbula saliente y la boca hundida.

Mi nariz era demasiado larga. Dios no me había hecho con cuidado, no me había dado ninguna señal de su favor. Yo era todo ángulos y aristas, una muchacha de lata plegada.

Los días de calor seco y fragante invadieron la primavera. Aunque yo jamás llegaba con las manos vacías al lago Matchimanito y siempre llevaba noticias escogidas para Margaret, por esa época empecé a pensar que ni a los Kashpaw ni a los Pillager les agradaba que estuviera cerca. Nunca dijeron nada. Cuando Fleur no estaba ocupada con otras cosas, jugábamos a las cartas hasta muy tarde. Éramos cuatro a la mesa: yo, Fleur, Eli y Margaret o Nanapush, cada uno con una taza de café, mientras la niña dormía en una hamaca hecha con una manta y unas cuerdas. Estas cuerdas colgaban casi hasta el suelo y estaban anudadas, de modo que cuando Lulu se agitaba, Fleur la mecía moviendo el pie debajo de la mesa.

Pero algo flotaba en el aire. Se alejaban de mí. Margaret dejó de venir a la puerta a recibirme, apenas me ofrecía migajas y sólo preparaba un pan fresco si me quedaba una o dos horas. Lo advertí con mayor claridad cuando Fleur y Eli se mantenían distantes en mi presencia, como si yo hubiera dicho alguna mentira o contado algún chisme sobre la forma en que actuaban.

Sin embargo lo que había entre ellos era más evidente para mí que si me hubieran tocado. No podía pasar entre los dos: el aire estaba vivo, lleno de

chispas y agujas ardientes. Sus cuerpos, como el hierro y la piedra imán, se atraían y me rechazaban; y si yo me resistía con obstinación, se acercaban con fuerza suficiente para aplastarme. Oí decir a otros que, según Margaret decía, yo me había vuelto huidiza y que nunca los miraba a los ojos. Y es verdad que sólo podía mirarlos parte por parte, porque en su mutua relación se agrandaban y se achicaban. Las manos de Eli se volvían enormes y cubrían completamente la baraja y sus antebrazos se hacían más gruesos, en tanto que la cintura de Fleur se quebraba y sus pechos se erguían en respuesta.

Algunos días veía señales, las pequeñas marcas de unos dientes en el brazo de él, una mordedura en el cuello. O sentía en su piel una fragancia, una calidez como la del sol por la tarde. A la mañana, antes de que se bañaran en el Matchimanito, despedían un olor animal, embriagador y salvaje, y en ocasiones, al atardecer, sus dedos dejaban una huella viscosa y brillante como los caracoles. Me daban dolor de cabeza. Una sensación opresiva se difundía entre mis piernas y me hacía daño. Los pezones se me erizaban y una ansiosa pesadumbre se apoderaba de mí.

Pensé que debía casarme, buscar un marido. Se me ocurrió que no me querían precisamente porque estaba sola.

Empecé a mirar a mi alrededor. Sin duda eso era evidente.

Nanapush, que me observaba de cerca y se complacía en fastidiarme, me miró un día en la tienda y me señaló a Napoleón, que dijo algo en respuesta, alguna broma, y luego me puso la mano en el cuello, con indiferencia, como si yo fuera un animal de su granja. Me hice a un lado, pero a partir de ese momento lo miré con otros ojos. En lugar del pelo veteado de gris y su boca dura, advertí su ancho cuello y sus fuertes caderas.

Tenía un bigote francés bien cortado y labios oscuros.

Y como comprobé, su pecho era muy velludo, lo que al principio me asustó. En el bosque había una vieja casa abandonada y derruida, que había pertenecido antes a una mujer con dos hijas débiles mentales. Él me pidió que lo esperara allí un día, y lo hice. Era una tarde de mucho calor. No hablamos. Me acosté en el suelo y me quitó prenda por prenda todo lo que llevaba.

—Eres flaca como una grulla —dijo. Fueron sus únicas palabras.

También era desmedida. Me enrosqué a su alrededor, pero mi cabeza y mis pies sobresalían. La luz a través de los tablones era demasiado cruda y brillante. Desnuda, vi que mis huesos tironeaban de la piel. Traté de cerrar los ojos y no pude, porque sentí que si no sostenía su mirada él podría estudiarme a su antojo. De modo que nos estrechamos con los ojos abiertos, como adversarios, pero no llegamos hasta el fin. Él se detuvo por algún motivo, no

por algo que hubiésemos dicho o hecho, sino como un perro que siente en su comida la presencia de un veneno disimulado. Estábamos echados, inertes. Nada se movía aparte de los ratones detrás de las paredes, con un rumor que duró toda la tarde y luego la noche, porque yo me quedé mucho después de que él se marchara e imaginé una escena diferente entre nosotros.

En mi imagen nos acoplábamos en la cegadora oscuridad, nos movíamos más rápido que el pensamiento. Aullábamos como gatos en un rincón oscuro, nos sacudíamos como caballos en celo. Yo lo quebraba con el pico como si fuera una rata de finos huesos. Él me pulverizaba y me esparcía por el suelo. Y sin embargo, cuando la mañana invadía las puertas y ventanas vacías despertábamos intactos, ilesos, preparados para nuevos placeres. Nuestras bocas magulladas se movían sobre el otro y nuestras manos buscaban lo que conocían. Y ya la gente murmuraba en el bosque y en los caminos hasta la próxima colina, como si los ratones hubieran corrido a llevar el rumor.

Pero lo que la gente decía en realidad era muy distinto de lo que yo había oído en la fantasía. Reían. Napoleón se llevó su tropilla de caballos hacia el sur, para vendérselos a los maestros de Sioux. Se lo oí decir a Clarence una noche mientras Bernadette tendía la ropa lavada. No me lo dijo de frente; simplemente le hablaba al plato, con la boca llena.

Sus palabras flotaron un momento en el aire. Luego dije con voz fría:

—Volverá.

Entonces Clarence me miró con aire burlón. Era joven pero le atraía el escándalo y tenía habilidad con los números, como su madre, una gran cara fresca y una boca roja y curvada. Yo debía haber elegido a Clarence, lo comprendía, pero también sabía qué veían sus ojos: una joven flaca como un palo, el pelo echado hacia atrás y recogido en una sola trenza, unos ojos chicos y atentos que no parpadeaban. Podría haberle dicho que poseía un recurso secreto para atraer a Napoleón hacia mí. Napoleón sólo podría ir hacia el sur hasta donde se lo permitiera la cuerda con que yo lo retenía; cuando llegara al final, sintiera el tirón y se sofocara, regresaría. Podía haber dicho esas cosas pero ni siquiera estaba segura de que me importara. No me había gustado el peso de las manos de Napoleón ni sus palmas endurecidas. No me había gustado verme desnuda, mondada, hollada. Y ya había satisfecho mi devoradora curiosidad. Ya sabía que los hombres y las mujeres refregaban sus cuerpos, sudaban, gritaban, movían sus caderas y se quedaban quietos. Luego miraban las paredes y oían cómo los ratones arañaban insistentemente las tablas.

Pasaron dos meses y acabó el año y seguí ayudando a Bernadette. A veces ahora iba sola y, cuando llegaba, ni siquiera los más viejos recordaban que yo era virgen y no tenía un marido muerto. Me presentaba ante los sacerdotes con mis ropas negras, y cuando la gente me veía en el camino se preguntaban quién se iba, un hombre, una mujer o un niño. Yo era una partera a la que saludaban con interés y temor. Era su propio destino. En alguna parte, en el fondo de su mente, sabían que esos cuerpos que cuidaban y adornaban, embriagaban, satisfacían, negaban, alimentaban tanto como podían y aliviaban, esos cuerpos de los que eran devotos, terminarían por ir a parar a mis manos. Sin embargo, para algunos, era más invisible que nunca con mis ropas negras, y yo vi con toda claridad el cuadro de mi vida. La muerte pasaría de largo a mi lado, como los hombres, y viviría una vida larga y estricta.

Sentía especialmente la ausencia de lo que Napoleón había empezado a mostrarme cuando iba a casa de los Pillager. Nunca me quedaba. Iba con la esperanza de que Eli estuviera con Fleur. Ahora que sabía qué cosas ocurrían entre un hombre y una mujer, y también que a mí no me ocurrirían, trataba de calentar mis manos con el fuego que había entre ellos.

De ahí a los celos había un paso muy corto.

Un día, aunque la puerta estaba abierta, como las ventanas de papel parafinado recién comprado, pesaba en la cabaña el calor del final del verano. Sacamos la mesa y jugamos unas partidas de barajas en el patio de tierra apisonada. Margaret tenía una perrita rojiza que acababa de parir; debajo de ella estaban los cachorros ciegos, cuya única inteligencia consistía en chupar y colgarse. La niña, Lulu, jugaba con guisantes y castañas junto a la puerta. Eli llegó, dejó caer tres pescados sobre una tabla, los abrió y limpió, y arrojó las entrañas a los perros.

Fleur frunció el ceño, me ganó otra partida. Arrojó la baraja.

—No vale la pena —dijo. Las palabras ondulaban en su boca—. La alegría de la huerta está pensando en otra cosa.

Fleur me subestimaba, en tan poco me tenía que era como si me despreciara. Desde la noche en que me había llevado a la cama en sus brazos y me había acomodado entre ovillos y catálogos, yo no era para ella más que un trozo de pared. Si su cariño desbordaba de Eli, se lo daba a su hijita. Le enseñó a Lulu demasiadas palabras y demasiado rápido, y la niña mantenía un constante y fastidioso parloteo que los demás festejaban y toleraban. ¡Y cómo la vestían! Incluso cuando, como ahora, estaba jugando en el suelo, Lulu llevaba unas minúsculas pulseras de cuentas rojas y mocasines de ante con

flores de plumas entretejidas. Un cinturón de cuero ceñía su vestidito verde claro y tenía el pelo brillante peinado en apretadas trenzas. Cuando Fleur la alzaba, Lulu le apretaba las caderas con las rodillas y se asía fuertemente. Juguetaba con un botón de la blusa de la madre y dejaba que ella la meciera. Yo me apartaba. Sentía crecer la distancia entre nosotras como las aguas frías de una represa rota y al mismo tiempo me atraía la calidez de Eli, que sólo se ocupaba de su humilde tarea. Ponía el pescado en una olla con agua, se limpiaba las manos en la hierba y preparaba el fuego.

Yo le ayudaba. Al principio sólo era el hombre que siempre estaba cerca, una especie de primo. Luego fue como si se descorriera una cortina. Vi la flexible potencia de sus caderas, luego su cintura, el pecho y los brazos musculosos, la garganta ahuecada, la negra coleta. Vi sus cejas tupidas, la nariz fuerte y chata, los labios anchos. Su juventud.

Por la forma en que se movía, imaginaba cómo sería estar en sus brazos. Abordaba cada tarea. Se abstraía en ella.

Así se concentraría en mí. Y pensaba, cuando él alzaba la vista y veía que lo miraba, que tampoco él lo ignoraba. Porque se detenía justamente un instante más de lo necesario.

Y así ocurrió que mientras Fleur y Lulu estaban en la casa buscando harina, extendí la mano y la apoyé en él.

Mis nudillos rozaron su piel. Entonces él tomó mi mano con la suya. Durante un momento pensé, con loca certidumbre, que llevaría mis dedos a sus labios. Pero él me miró la mano con curiosidad, sin intención, y luego la soltó como si fuera un pez demasiado pequeño.

Entonces, llena de odio, me aparté de él al tiempo que lo deseaba.

Había vuelto a dormir en la cama grande con las hijas de Bernadette, porque después de la muerte de Mary Pepewas ya nunca me despertaba ni les daba puntapiés. Y una noche soñé. Eli estaba cerca y respiraba ansiosamente, pero mantenía las distancias. Su pelo suelto rozaba mi almohada cuando bajaba la cara. Me arqueé para recibirlo, abrí los brazos pero no logré estrecharlo, no del todo. Me desperté y a mi lado las chicas dormían: Philomena, de sólo diez años y Sophie, de catorce, más joven que yo. Sophie estaba acurrucada contra mí. Su pelo se derramaba en la almohada y se me pegaba a los labios. Esa noche estuve despierta largo rato, mirándola dormir. Era una chica bonita, de pelo y ojos castaños, una boca roja y suave y un cuerpo flamante que no engordaba y dientes que no se echaban a perder a pesar de las bolsitas de golosinas que devoraba en secreto por la noche, debajo de las mantas de nuestra cama.

También empecé a observar a Sophie durante el día.

En la tienda Du Charme le regalaban caramelos cada vez que íbamos a la ciudad. Sophie guardaba en su falda la bolsita rayada y acababa lentamente los caramelos ácidos y los de goma. Sus piernas eran largas y firmes como las de una potranca y su cuerpo ya era el de una mujer. Tenía labios casi demasiado llenos y rojos, pero con todo, aparte de Du Charme nadie había advertido qué guapa era. Otra noche, tarde, me desperté sofocada de un ardiente sueño con Eli y oí cómo sus dientes aplastaban la cubierta rayada de los caramelos de menta, le oí chupar el suave centro, aspiré el olor a sasafrás y regaliz que exhalaba. La dulzura de su aliento era penetrante y sus miembros, que rozaban los míos, se movieron con ausente placer por los sabores que había en su boca. Yo era mayor, tomaba mi café amargo, y le cortaba el pelo y las uñas porque era perezosa. Era supuestamente una tía, y demasiado seria para caramelos.

Pero mientras contemplaba su delgado cuerpo atezado, junto al mío, envuelto en el camión de algodón que yo había cosido, se me ocurrió lo que haría.

A la suave luz que nos rodeaba, casi podía sentir cómo era estar dentro de las formas de Sophie, y no encordada dentro de las mías; cómo era no confundirme con las paredes, sino ser descuidada como un pajarito de pocos días, devolver las miradas hambrientas de los hombres como la superficie del lago, reflejar el cielo para no ver nunca el fondo fangoso. Por eso, mientras pensaba en el lago y los hombres, fui a la tienda pocos días más tarde y compré aquella tela azul. Pagué el retal con monedas que habían cerrado los ojos de una muerta. Hilvané el vestido directamente sobre Sophie. Estaba desgarrada, con el pelo desgreñado, los codos y los muslos sucios y desprendía un olor aceitoso y secreto, como las plumas de pato. Arrastraba los pies descalzos por el suelo de madera, pero sus ojos demostraban interés. Le gustaba el color de la tela floreada y la tirantez sobre el pecho y las caderas, porque hice el vestido tan ceñido que se le veían los pezones cuando se le endurecían.

Bernadette podía haber observado mi súbito interés por su hija, pero estaba muy ocupada con la granja y con Napoleón. Él había regresado y ella albergaba sospechas. Una fría mañana pletórica de cantos de aves dio la vuelta al establo y vio cómo me atrapaba entre sus brazos. Mientras ella estaba allí, lo aparté con rudeza. Vi en los ojos de Bernadette una expresión de asombro y luego de certeza, y supe que mis palabras no modificarían su conclusión. De modo que cambié de tema, desvié la dirección de su mente.

Sugerí que contratáramos a otro hombre para ayudar en la cosecha de heno. Le di razones y mencioné a Eli Kashpaw.

Era una mujer práctica y reconoció el buen criterio. Le dije que yo iría a buscarlo.

El día siguiente estaba fresco, las hojas se curvaban, secas en los bordes, y un leve frío se ocultaba en las sombras antes de que el calor disminuyera. Fleur estaba sentada en una roca junto al lago, bajo su elegante paraguas negro, que hacía girar con indolencia. Tenía la falda desplegada como una red. Lulu corría junto a la orilla, elegía piedras y las arrojaba al agua. Ninguna madre, aparte de Fleur, se hubiera atrevido a llevar a su hija al lago del monstruo.

—Eli está en el bosque —dijo Fleur bruscamente cuando me acerqué.

Comprendí entonces que había visto más de lo que yo pensaba, y pisé con cautela.

—Los Morrissey ofrecen jornadas de trabajo extra —dije—. Hay que cosechar el heno.

Fleur sacó del bolsillo un trocito de carne desecada y lo mordisqueó.

—Eso es donde tú vives. —Su voz estaba llena de sarcasmo.

Sin duda él se lo había contado. Se habrían reído del extravío de mis manos.

—Yo miraré bien —dije—. A veces los Morrissey tratan de ahorrar un poco cuando hacen las cuentas.

La cara de Fleur se endureció cuando advirtió que en mí había más cosas de las que ella quería saber.

—Se lo diré —decidió finalmente. Su expresión era la de un cuchillo.

Pensaba que haría la prueba, que se divertiría. Yo sabía que se lo diría. Y tenía razón, porque no pasaron dos días antes de que él se presentara en casa de los Morrissey. Para entonces yo le había dado a Moses, que me había hecho la trampa para sueños, cintas y velas a cambio de lo que necesitaba. Me entregó el saquito del filtro y luego me miró fijamente y me obligó a decirle a quién quería enredar. Me arrancó en un susurro el nombre de Eli, que le inspiró gran diversión, y luego se le torció la cara. Salí a la carrera antes de que se acordara de Fleur y gritara. Sin duda ese extraño primo de ella le contaría mis planes, pero ya era demasiado tarde. No podía detenerme. El polvo que había preparado Moses estaba hecho de ciertas raíces, pico de grulla, recortes de uñas de Sophie y algunas otras cosas, todo finamente molido. Yo lo pondría en la comida de Eli.

Desde el primer día supe que lo que había planeado era posible. Yo estaba allí al final de la tarde cuando Eli llegó desde el campo al patio. Aguardé a la sombra de la casa; Sophie bebía de la canaleta del molino de viento. Inclínada sobre el agua, aspiraba como una yegua joven. El vestido se pegaba a su espalda transpirada. Tenía la cintura estrecha y el cuello, descubierto por el peinado alto que yo le había hecho, y tostado por el sol, era delgado como un junco. Eli la miró. Cuando ella se volvió, se secó la boca con el revés del antebrazo y sacudió las manos, él se acercó. Le preguntó si podía beber. Entonces Sophie sacó el jarro de estaño de su gancho de alambre y lo sostuvo debajo del grifo que manaba agua abundante cuando había viento pero apenas goteaba en días como éste: caliente, sereno, con el aire cargado de luz.

Sophie miró cómo él bebía un sorbo cuidadoso, los ojos clavados en el borde del jarro; luego derramó por el pecho el resto del agua y preguntó si podía lavarse. Sophie asintió y se apartó. Eli hizo a un lado los saltamontes y mariposas ahogados y rápidamente metió y sacó la cabeza. Dejó correr el agua por los pómulos y por el cuello y se secó el rostro con un pañuelo. Lanzó a Sophie una mirada lenta y ella se volvió con el rostro ardiente. Se miró sus propios dedos mientras cortaba un tallo de hierba, y luego lo arrojó bruscamente y echó a correr con los pies sucios y descalzos.

Eli la siguió con la vista, que se detuvo en mí, tan inmóvil como el yunque de hierro en que estaba sentada, en un sitio oscuro y fresco. Él no podía verme en la sombra. Sus ojos no parpadeaban. Cuando se fue me puse de pie y seguí a Sophie en la casa. Le llené la cabeza de ideas, le dije cómo la miraba Eli, lo que yo había visto. Esa parte era casi demasiado sencilla, no exigía trabajo ni reflexión. Sophie tenía tan poco cerebro como una ternera recién nacida.

Y sin embargo estaba dotada de una habilidad natural a la que yo jamás podría aproximarme. Los días siguientes se le ocurrió llevarle a mediodía agua aromatizada con jengibre o limonada que hacía con azúcar y ácido cítrico. Se demoraba, cantaba, se pinchaba los brazos con tallos de hierba hasta que Clarence la enviaba de vuelta a casa. Todos los días yo ponía en el pan de Eli una pizca del polvo del hechizo. Eso era para plantar la simiente del deseo. Luego, con mis parabienes, Sophie preparaba con sus manos el resto de la comida; el pan cortado demasiado grueso, la carne dura y grasienta, la tarta dulce que aplastaba torpemente con el cuchillo. Le guardaba dulces, le ofrecía barritas de canela cubiertas de pelusa, caramelos que llevaba en los bolsillos. Él los aceptaba. La provisión de Sophie disminuía. Napoleón le hacía bromas por la forma en que la miraba Eli, y Clarence juró que lo mataría si ponía la mano donde no debía. Yo estaba contenta. Por la noche oía

a Sophie partir sus últimos caramelos de menta con los dientes, masticar con decisión. Cuando el día llegó, estaba preparada.

Sólo estábamos en la granja nosotros tres, Sophie, Eli y yo. Bernadette había llevado a la pequeña a la ciudad, Clarence y Napoleón estaban ayudando a un primo a reparar unas herramientas y Eli recogía la última carga de heno. Hice que Sophie ayudara a amasar. Teníamos los platos llenos de masa dulce o agria. Puse el resto del filtro y lo mezclé. Dejamos que los panes crecieran bajo paños de cocina y luego los aplastamos. Sophie se asomó a la puerta, se rascó el costado, usó de mala gana el peine que le puse en la mano.

—Allí está —señaló. Pero yo no miré. Deslicé en el horno la masa de pan dos veces levantada. Podía verlo en mi mente, con su camisa azul y los pantalones lustrosos en las rodillas y el trasero, el pelo brillante, los movimientos del hombre que apila heno a lo lejos. Demoró el tiempo de una primera hornada en acercarse a la laguna, la más profunda, que estaba fresca todo el año. Se detuvo. Saqué el pan del horno. La corteza apenas se había endurecido cuando Sophie llenó una jarra de agua, recogió un paquete de mantequilla, se puso el pan bajo el brazo y salió.

Yo también salí. Entré en el bosque y seguí el sendero escondido del borde del campo que llevaba directamente a la laguna. Me escondí entre la maleza, miré y los vi a los dos junto a la parva que Eli estaba haciendo, una nueva, junto a otra vieja que las vacas habían comido alrededor de la base y parecía un hongo gigantesco. Eli estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Comía pan. La mano de ella estaba entre los dos, sobre la hierba. Vi que Sophie cortaba una hoja y la pasaba por el brazo de él. Él le sonreía, extendía mantequilla en el resto del pan con su cuchillo de monte, masticaba. Luego bebió de la jarra, cazó una mosca en el aire y se echó atrás apoyado en los codos. Y entonces, mientras yo estaba agazapada entre el follaje, puse mis pensamientos en la muchacha y entré en ella y la obligué a hacer algo que jamás se le habría ocurrido. Hice que se pusiera de pie sobre el heno cortado, avanzara hacia Eli y se quedara sobre él, una pierna a cada lado de su pecho. Luego se levantó lentamente la falda.

Estaba desnuda debajo, como siempre que hacía calor. Se agachó y apretó con su cuerpo el pecho de Eli. Él se pasó la lengua por los labios, movió la cabeza como si quisiera aclarársela. Un leve pánico me atravesó. Pensé que Moses había fallado. Pero entonces Sophie se quitó de la boca un trocito de regaliz y lo puso entre los labios de él. Las manos de Eli subieron por sus muslos debajo de la falda. Ella se estremeció y yo clavé los dedos entre las

duras garras del zumaque y en la maleza del bosque, arañé cortezas y me acurruqué dentro del placer de Sophie.

Él la alzó y la llevó hasta el agua. Ella se quedó inmóvil, deslumbrada, sin atinar a quitarse el vestido. Él arrojó sus ropas sobre la orilla y entró en la laguna. Ella aguardó sobre el fango y luego, dócilmente, se le acercó. Cayeron una en brazos del otro. Él le recorrió la cara con la boca, le mordió el hombro a través de la tela, le echó la cabeza atrás y le besó el cuello. Apretó contra sí las caderas de Sophie, cuya falda flotaba como una flor. Ella tembló, mostró el blanco de los ojos. Gritó el nombre de Dios y de sus labios brotó sangre. Luego se echó a reír.

Y yo, entre la maleza, también reí mientras ellos se mecían y movían. Siguieron y siguieron. No podían detenerse. Podían ahogarse sin dejar de moverse, respirar agua exhaustos. Llevé a Eli a la cima y luego le robé el alivio y lo obligué a comenzar de nuevo. No sé cuánto tiempo, cuántas horas. Sus cuerpos crecerían juntos y sus pieles se desprenderían. Sus pechos y sus muslos mostrarían arrugas de sapo, se les hincharían las caras y desorbitarían los ojos, pero seguirían moviéndose y moviéndose. Yo no tenía piedad. Eran cosas mecánicas, juguetes, muñecas con la cuerda arrollada hasta más allá de sus límites.

Finalmente permití que se detuvieran, no sé cómo ni cuándo. El sol estaba más bajo y en la colina aparecieron las sombras diminutas de los hombres. Como si se le hubieran cortado los hilos a una marioneta, Eli se arrastró hasta la orilla y apretó los pantalones contra su estómago, se abrió paso entre las cañas y pasó a mi lado, tan cerca que podría haberlo tocado, hacia los árboles más oscuros.

Sola ahora, Sophie se tambaleó hasta la orilla, recuperó el equilibrio y se irguió, una niña empapada. Miró entre las cañas que se habían cerrado detrás de él y llamó. Yo respondí.

—Te darán una paliza —grité—. Ven a casa.

Pero ella se dejó caer de rodillas sobre el barro, con la boca abierta y el cuerpo laxo, de modo que tuve que llevarla a rastras, tozuda y asombrada, a través del campo.

Esa noche calenté agua para el baño de la chica y la vertí sobre la fría. Le quité las ropas, le mostré a Bernadette dónde el vestido se había desgarrado, dónde había manchas de sangre. Le conté mis sospechas —yo fingía hacer suposiciones— pero fue Sophie misma quien convenció a Bernadette de que

mis palabras eran verdaderas. La chica estaba abstraída, más compuesta que nunca en su vida, y mantenía firmemente cerrados los labios inflamados por los besos. Su mirada erraba por el suelo y se negaba a hablar o a mirarnos a los ojos. Clarence había cargado su rifle y discutía con Bernadette si ir o no a visitar a Eli. No podía decidir si había ocurrido algo. Sólo la tía, Pauline Kashpaw, conocía la verdad y estaba encaramada sobre ella.

Me quedé en mi silla limpiando moras maduras hasta que los dedos y luego las manos se me ennegrecieron. No me moví hasta que Sophie se fue en silencio a la cama, hasta que Clarence dejó de murmurar, guardó el rifle y se durmió. La vela estaba muy baja y yo seguía quitando los tallos a las moras que nos habían vendido los Biji.

Lo que pensaran o decidieran los Morrissey importaba muy poco. Yo sabía lo que había hecho. A medida que transcurría la noche el miedo se insinuaba en mi mente. Había ido demasiado lejos. Sin duda esa última parte en que no les había permitido detenerse, en que yo había puesto mis fuerzas a prueba, me delataba. Eli lo sabría pero tampoco eso importaba. Ya no era como aquella vez que había apartado mi mano. No podría reírse con Fleur sin traicionar su propia culpa. Era Sophie quien me preocupaba, tan quieta ahora y con algo como un pensamiento formándose en su rostro.

Medité en la situación hasta que se consumió la vela y todavía no me moví. Finalmente, en la oscuridad, pensé qué podía hacer. Debo de haberme dormido después de hallar la solución porque, cuando el sol apareció entre los árboles, desperté sobresaltada en la silla y las grosellas cayeron a mis pies.

Ese día, más tarde, hablé a solas con Bernadette. Estábamos tendiendo la ropa en las cuerdas colgadas de tres robles achaparrados.

—Los vi —le dije—. Era más que una sospecha, pero no quería decirlo.

—Siéntate —dijo, con el rostro grave y severo. Se volvió para asegurarse de que nadie oyera lo que habláramos sentadas en las piedras, entre las camisas puestas a secar.

—La seguí porque tenía miedo de lo que podía ocurrir, pero llegué tarde. Ella dio el primer paso. —Aparté la cara, como si estuviera avergonzada—. Me escondí. Grité desde el bosque. Entonces Eli se separó de ella y se alejó.

—Ajá —dijo Bernadette. Su cara se ensombreció. Se levantó y entró en la casa. Oí que le pegaba a Sophie con una correa, y también yo sentí los azotes, así como había absorbido su placer en la laguna y lo que le había ocurrido a Fleur. Corrí hasta Bernadette y cuando echó atrás el brazo para descargar otro golpe sobre la ya lastimada espalda de Sophie, la aferré por el codo y dije: «Piedad, por Dios». La correa cayó a mis pies. Bernadette se precipitó sobre

su hija y se echó a llorar, pero la chica no estaba afectada. Parecía haber adquirido algo nuevo mientras dormía. Algo muy similar a la inteligencia, porque me miró con sus límpidos ojos castaños por encima del hombro de su madre.

—Para ti deberías pedir piedad —dijo—, puta de la muerte.

Esto llevó a Bernadette, más allá de las lágrimas, a un frenesí de angustia por Sophie en que se ahogaba con su propia saliva, gritaba agudamente y daba manotazos al aire. Tuve que calmarla, decirle que no había oído bien, que debía beber un poco de leche caliente. Pero no se dejó convencer y en ese mismo instante descubrió exactamente la solución que yo esperaba. Decidí enviar lejos a Sophie, a Grand Forks, donde vivía una tía severa, devota y sin hijos, al lado mismo de una iglesia.

Bernadette escribió una carta el día siguiente y fue al pueblo a ponerla en manos del Agente. Volvió con un baúl de cartón floreado al hombro. Era para la ropa de Sophie, las dos túnicas que yo lavé, sequé y planché junto con el vestido azul, la cinta para el pelo y los zapatos buenos, un peine y la muñeca que tenía colgada de un clavo. Todo esto se depositó en el baúl mientras Sophie miraba, ausente y obstinada, como si nada tuviera que ver con ella. El día que se marchó, cuando empezaba a arreciar el frío, no reparó en nosotros ni nos dijo adiós mientras Napoleón la izaba al asiento delantero del carro, ni miró siquiera el baúl floreado que él había acomodado cuidadosamente entre la carga de leña que llevaba al mercado. Hizo a un lado la manta con que yo le envolví los hombros y miró directamente al frente mientras el carro salía al camino.

Parecía inerte y abstraída, y jamás habríamos podido prever que, a diez minutos de la casa, nos engañaría y saltaría del carro.

Fue dentro de la reserva, pero lejos del desvío al Matchimanito. ¿Cómo podíamos saber que correría a través de la maleza directamente hacia la casa de los Pillager? Dije que nos engañó, pero no deliberadamente; fue la voluntad de Fleur la que arrastró a la chica entre el denso follaje y los arbustos espinosos, insensible al dolor, sin remedio, atraída a pesar de sí misma.

Napoleón estaba tan disgustado que no volvió: simplemente fue a la ciudad y vendió la leña para comprar bebida. De modo que yo no me enteré de la fuga de Sophie hasta el día siguiente, cuando salí temprano y anduve los ocho kilómetros hasta Matchimanito. De inmediato vi a Sophie en el claro, delante de la cabaña de Fleur.

Estaba arrodillada, inmóvil como un soldado, las manos unidas para la plegaria, con su vestido azul. Miraba sin parpadear la puerta de Fleur. Me acerqué lentamente, dije su nombre, pasé las manos por delante de su rostro, pero continuó muda. Me incliné a su lado y la sacudí con desesperación.

—Eso no es necesario —dijo Fleur. Se había acercado sin hacer ruido. Su sonrisa era firme y hambrienta, los dientes brillaban y vi a ese lobo que los hombres habían visto reír en Argus mientras se guardaba el dinero en el vestido.

Me reconfortaba negarme a asumir toda la responsabilidad por lo ocurrido.

Es verdad que Sophie era inocente. Y sin embargo, también era cierto que el demonio había encontrado un vaso vacío, una niña perezosa y hinchada de codicia por los pequeños placeres.

—Eli recorre las trampas —dijo Fleur. Miró largamente mi cara—. Pero el pelaje no será bueno hasta el final del otoño.

Llevaba el fuerte cuello desnudo. Vestía una blusa roja y una larga falda negra, y su pelo estaba recogido en un apretado moño sobre la nuca.

La miré a los ojos. El peligro me infundía coraje.

—Eli corría a través del bosque con los pantalones en la mano la última vez que lo vi. —Saqué el mentón—. Se alejaba de ella.

La sonrisa de Fleur se volvió tan ancha y deslumbrante que me obligó a parpadear, aunque no creo lo que dicen los viejos, que los Pillager pueden hacer daño tan fácilmente.

—Se oculta de ti como un perro —grité. El grano de verdad que había en mis palabras impedía que mi voz vacilara.

Señalé a Sophie, arrodillada, rígida. Aún no se había movido. Abrí la boca pero no pude hablar. Se abrió la puerta de la cabaña y apareció Margaret con un plato, una cuchara y pan. Se inclinó y trató de poner a la fuerza un poco de caldo de carne en la boca de Sophie. Pero la chica apretó las mandíbulas sin cambiar de expresión.

—Déjalo a su lado —dijo Fleur.

Margaret lo dejó y entramos en la casa. Fleur hizo una verdadera representación cuando preparó el fuego para cocinar, ramita por ramita. Margaret cosió silenciosamente una bolsita para el tabaco adornada con cuentas, hasta que la luz empezó a disminuir. Poco después de encender la lámpara oímos, o más exactamente sentimos, que Sophie se había caído.

—Traigámosla dentro —propuso Margaret.

Pero Fleur dijo:

—Echale una manta encima. —Entonces salí y envolví en una manta la forma contraída de Sophie, y después nos fuimos todas a la cama. Pero yo padecía mi vieja falta de sueño. Me agité entre las sábanas, en el suelo, junto a la cocina, y ataqué el problema como una sierra, hasta que al final conseguí dividirlo en piezas y comprendí que no podía volver a armarlas.

A la mañana siguiente Sophie estaba nuevamente de rodillas, la cabeza echada hacia atrás, los brazos rígidos a los lados del cuerpo y los puños apretados. Su pelo suelto formaba un círculo al viento de la madrugada. El plato de sopa estaba volcado y su contenido había desaparecido; o ella o los perros lo habían consumido. No se movió, minutos más tarde, cuando empezó a llover. Margaret salió una vez más murmurando protestas. Gritó a Fleur pero no hubo respuesta. Entonces me llamó a mí. Yo habría acudido en su ayuda, pero la mirada de Fleur me detuvo. La anciana cortó cuatro palos con su hacha y los clavó en el suelo blando alrededor de la chica. Puso un encerado encima y así construyó un pequeño refugio combado con Sophie debajo, mojada, desventurada y quieta.

—¡Despiadada! —exclamó Margaret furiosa en la puerta. Yo aparté la vista. Pero Fleur le dijo:

—Tengo mis razones, como verás.

Transcurrió el día y Sophie no se movió, ni siquiera cuando Eli apareció en el claro con seis patos atados a una cuerda.

Yo estaba asomada a la puerta cuando esto ocurrió. No me dedicó la menor atención, por supuesto: simplemente se detuvo frente a Sophie. Permaneció allí un momento. Luego se hinchó de falso valor. Vi claramente cómo lo hacía. Se llevó el puño a la frente, se irguió cuan alto era y entró.

Quizás en ese instante vi que algo cambiaba en él, de chico a hombre, de hombre a engañador de mujeres. Porque estaba sereno cuando entró, asombrado como cualquiera tendría derecho a estarlo. Se dirigió de inmediato a Fleur, confuso, sin culpa.

Observé atentamente y comprendí lo que ocurría, como había comprendido cuando Dutch James espiaba detrás de su reloj.

La cara de Fleur mostraba líneas serenas. Entonces supo la verdad. Las líneas se tornaron más profundas y oscuras. Se levantó y se alejó de Eli. Fue hasta la cocina, cogió un tenedor, revolvió la burbujeante olla de carne de venado. No dijo nada; pero cuando él se acercó y le puso la mano en el brazo ella lo apartó, sencillamente. Y en ese momento él también supo. Se volvió, se marchó, dejó la puerta abierta. No supimos qué camino tomó en el bosque.

Después de eso me pareció que Fleur no me necesitaba para nada y escapé. El camino, después del desvío, estaba alisado y ahora era más fácil recorrerlo aunque el frío cortaba como un cuchillo. Yo iba como en un sueño, agotada y ansiosa. Era una de esas tardes frías y nubladas que presagian la primera helada. El aire olía seco y húmedo a la vez, como la nieve. Volví a casa de los Morrissey, donde los dos hombres comían la cena que ellos mismos se habían preparado: carne frita, pan y cebollas.

—¿Dónde diablos estabas? —preguntó Napoleón. El licor tornaba su voz áspera y tenía el olor del establo en que probablemente había dormido.

—En casa de los Pillager.

—Indios vestidos con mantas —dijo con tono desagradable—. No quiero que vayas allá.

Encendí el fuego para preparar un poco de avena. Clarence se deslizó por la puerta y de pronto Napoleón se me acercó. Metió una mano bajo la cintura de mi blusa y me abrazó por el talle.

—Tienen allí a Sophie —dije, y un momento después se apartó. Noté que la puerta se abría y luego se cerraba, y oí desvanecerse por el camino las pisadas de sus botas y las de Clarence. Cuando la leche hirvió comí de pie. Después me envolví en uno de los chales de abrigo de Bernadette y salí tras ellos, una vez más por el sendero del Matchimanito.

Todo el mundo sabe lo que allí sucedió, es parte de nuestra historia. Los hombres llegaron. Vieron a Sophie todavía arrodillada, trataron de alzarla y descubrieron que no se movía. La empujaron con todo su peso por lo menos para derribarla y poder llevársela, pero no consiguieron moverla un solo centímetro, y finalmente retrocedieron llenos de miedo y confusión. Regresaron por el camino y pasaron a mi lado sin una palabra.

Sophie estaba igual cuando llegué; no me aparté de su lado. Tenía la piel fría, cerosa, sucia de hollín de la pequeña fogata que había encendido Margaret Kashpaw. La nieve empezó a caer y nos envolvió a ambas. Aticé el fuego, agregué más leña. Estiré el chal alrededor de las dos.

Napoleón y Clarence habían ido a buscar al sacerdote, a golpear a su puerta en plena noche. Su terror y su confusión lo conmovieron y los siguió a la nave de la iglesia, donde la hermana Anne velaba el tesoro de la misión, nuestra Virgen Bendita.

En los años siguientes llegué a conocer cada uno de sus detalles.

Era perfecta, estaba hecha del mejor yeso francés y vestida del color del cielo de mediodía, con un manto de satén adornado con lentejuelas y un velo tableado. La escultura representaba el momento en que pasaba más allá de la

luna. Las estrellas giraban a sus pies; uno de ellos pisaba con todo su peso una serpiente. La serpiente, pintada de un verde venenoso, echaba atrás la cabeza, a punto de atacar. El pie de la Virgen era blanco, pequeño, maravillosamente descalzo. Su sangre era tan pura que ningún daño podía hacerle el veneno en una herida. Y qué bien lo sabía. Desdeñaba mirar hacia abajo. Tenía los ojos fijos en el sitio, frente a ella, donde los pecadores se arrodillaban, y las manos abiertas para calmar su angustia. En una palma llevaba pintada una gota de sangre. En la otra brillaba un sol amarillo. Su figura era plena, tenía la cintura delgada y caderas anchas. El cuello se veía fuerte, con nudosos tendones, blanco como la leche. La cara era algo más que sencillamente santa o hermosa. La nariz era grande, con una pequeña protuberancia del lado izquierdo y los labios llenos, entreabiertos como para decir un secreto. Las cejas eran gruesas y los ojos castaño claro. Y, esto era extraño, parecían tan vivaces y expectantes como los de la serpiente.

Impulsado por el misterio, Clarence saltó por encima de la fina balaustrada de madera y se llevó a la Virgen del nicho de la iglesia.

La hermana Saint Anne, pequeña y apasionada, salió en su persecución, pegada a sus talones milla tras milla, a pesar de sus pesadas ropas. Napoleón y el cura los seguían ansiosamente por el camino en penumbra. Yo todavía estaba prisionera de aquella red, acurrucada en el patio de los Pillager junto a Sophie, cuando Clarence irrumpió en el claro con la estatua en sus brazos. Un momento después llegó la hermana Anne, sin aliento, las faldas desgarradas y cubiertas de ramitas y abrojos, el delicado rostro ardiente, una mancha a la tenue luz.

No tuvo que hablar. La fuerza de su determinación bastaba.

Clarence estaba asombrado y conmovido por su valor, pero era incapaz de imaginar el paso siguiente, qué hacer con la estatua, cómo utilizarla para liberar a Sophie.

La hermana Saint Anne se mantuvo firme y le impuso su autoridad, y Clarence depositó en el suelo a la Virgen, que contempló el sitio donde yo estaba arrodillada al lado de Sophie. La luz de la luna, encima de los árboles, revelaba el rostro bendito, quieto y fascinado.

—Ave María, llena eres de gracia —empezó la monja, agradecida. Mientras rezaba se acercó a la estatua y rozó con su manto a Clarence, que retrocedió. Cuando concluyó la plegaria se quedó junto a la Virgen para protegerla.

Margaret estaba en el patio, el pelo gris sin trenzar sobre los hombros, envuelta en una manta. Puso en el suelo la lámpara que traía y nos

arrodillamos sobre la tierra apisonada del patio, mientras Clarence hablaba o trataba de hacerlo. Tartamudeaba. Parecía atolondrado y atontado mientras la hermana Saint Anne le hacía preguntas en procura de respuestas sensatas.

—¿Qué es lo que vio? ¿Puede repetirlo?

Y mientras ellos abundaban en explicaciones, yo fui testigo presencial del acontecimiento, y en realidad única testigo aparte de Sophie, aunque jamás dije lo que vi puesto que creía que era sólo para la chica, y también para mí, un milagro privado en el que no debía entrometerse nadie.

No tengo idea de la plegaria que recé esa noche, no puedo recordar las palabras. No puedo recordar el movimiento de mis labios, o si tenía alguna idea en la cabeza. Si me dolían las rodillas, si tuve hambre, si sentí alguna cosa, eso se ha perdido. Veo una luz vacilante, muy pequeña en la vasta oscuridad, sobre dos seres que se miraban: la Virgen, curiosa y vivaz, y Sophie, sombría. La cara de la muchacha estaba levantada, floja; era menos humana que la estatua que ofrecía su palma ensangrentada y su sol brillante. La Virgen miraba hacia abajo. Tenía la frente serena y las mejillas pálidas; sus labios formaban apremiantes una sílaba secreta y de pronto temblaron. En ese instante vi la primera lágrima.

Hubo más. Aunque su expresión no cambió, de sus ojos castaños brotó un granizo de llanto. Las lágrimas se congelaron en gotas duras, se pegaron invisibles a las comisuras de su boca, formaron un rocío transparente sobre la columna de su cuello, rodaron por los rígidos pliegues de su manto y golpearon a la serpiente. Fue entonces cuando ocurrió la conmoción, no por las lágrimas de la estatua, que nadie más advirtió, sino por Sophie, que trató de ponerse en pie y no pudo, porque sus rodillas estaban horriblemente entumecidas, y cayó tumbada sobre la nieve fresca.

Clarence la aferró por las axilas y la alzó contra su pecho. Napoleón se acercó vacilante y abrió la boca como un niño cuando vio que la chica estaba libre. El cura miró interrogativamente a la hermana Anne, que guardó enigmático silencio. Debería haberme observado. Yo estaba arrodillada a la vista de la Virgen. Nuestros ojos se miraban y nadie se dio cuenta cuando extendí la mano y recogí las lágrimas endurecidas dispersas a sus pies. Parecían piedrecillas ordinarias de cuarzo congelado, de esas que los niños guardan. Las puse en el bolsillo de la falda, sin imaginar que el calor de mis piernas las fundiría y volvería a convertirlas en lágrimas, lo que ocurrió durante el camino de regreso, de modo que cuando llegué a casa de los Morrissey las únicas pruebas eran la tela húmeda que pronto se secó y mi memoria, agudizada por el conocimiento.

Durante muchos meses medité en lo que había visto. Quizá, pensé al principio, la Virgen derramó lágrimas mientras miraba a Sophie Morrissey porque ella jamás había conocido la maldición de los hombres. Jamás había sido tocada; ignoraba la calidez opresiva de la carne. Pero después, cuando me acerqué inexperta a Napoleón, cuando nos encontramos una y otra vez, cuando ya no pude soportar más de una noche sin su cuerpo, que era duro y despiadado, pero tan dulce cuando se deslizaba fuera de mí que en mis ojos se formaban lágrimas, supe que lo cierto era lo contrario.

La simpatía de su conocimiento había motivado la respuesta de la Virgen. En el abrazo espiritual de Dios ella experimentaba una pérdida tan despiadada que no nos es posible imaginarla. Lloraba clavada a la tierra, conocida en el cerebro y conocida en la carne y firme como el suelo. Ella no lo quería, o era irreflexiva como Sophie y joven, aterrorizada por el roce de la gran mano de Él sobre su mente.

Otoño de 1917-Primavera de 1918

Manitú-geezis

Sol del espíritu poderoso

Nanapush

No había nada que decir cuando Eli apareció en mi puerta. Tenía las manos abiertas y sin vida, colgantes a los lados. El pelo caía grueso y suelto por una de sus mejillas, como si estuviera de luto. Vi su rifle atado sobre el morral a la espalda, y un paquete pequeño, que me ofreció. Cuando lo abrí comprobé que me había traído harina, tocino y azúcar, y supe que deseaba quedarse. Finalmente le dije:

—Es mejor que te sientes y comas un poco de guiso. —Entonces entró, pero no quiso comer. Observó, supongo, que la carne de la olla era la de una pobre tuza que hubiera debido invernar cuando podía. Se sentó en la cama mientras yo comía, pero no me miró ni habló. Su cara impenetrable terminó por preocuparme.

—Soy un anciano y no me queda demasiado tiempo —dije. Aspiró profundamente y dejó escapar el aire con tristeza.

—Ah, has recobrado el aliento —dije. Y él me miró enfadado porque su consejero no comprendía la gravedad de su problema. Sin embargo, yo comprendía bastante bien. Llevé mi silla hasta la ventana para aprovechar la luz que disminuía y miré varios catálogos y cartas del tribunal de tierras que había traído el correo. Un sistema de correos era todavía una cosa nueva y extraña para los indios, y el Agente me había elegido para recibir palabras metidas en sobres. Estaban dirigidas al señor Nanapush, y yo guardaba todas las que venían. Las tenía atadas dentro de una piel debajo de la cama.

Temeroso de haber perdido mi interés, Eli murmuró algunas palabras enérgicas dirigiéndose a la mesa y unió las manos. Anudaba y desanudaba los dedos y los chasquidos de los nudillos eran irritantes.

—Distribuye esas brasas —fue todo lo que dije—, hay demasiado fuego y los leños se quiebran.

Se retorció los dedos, hurgó un rato en el fuego y volvió a su silla. Después oí rechinar sus dientes apretados y finalmente gimió.

—¡Cuánto tiene que aguantar un hombre!

—¿Qué hombre? —pregunté.

—Éste. —Hundió la cara entre las manos; luego, y eso fue lo más impresionante, dio un sonoro cabezazo contra la mesa.

—Por suerte mi mesa también está hecha de madera fuerte.

—¡Tío, ten piedad de tu pobre sobrino! —pidió furioso.

—Mi sobrino ya tiene suficiente piedad de sí mismo.

—Tú tampoco te preocupas por mí —respondió con amargura, mientras tironeaba de su pelo desgreñado—. Nadie se preocupa ya por mí.

Sabía que estaba demasiado ahído de vanidad para cambiar de actitud.

—Algunos hombres aprenderían una o dos cosas de lo que han hecho. — Me incliné sobre él—. Mírame a mí, tan gastado que ya casi no queda nada. En otro tiempo también yo tenía debilidades como las tuyas. Pero por mujeres, no por chiquillas.

—¡No era una chiquilla! —Se irguió, irritado por mi injusticia—. Y además, yo estaba embrujado.

—Eso no sirve —aconsejé, moviendo la cabeza—. Fleur ya ha conocido hombres débiles, y no creerá esa excusa.

—Está bien —respondió—, pero escucha. Ahora ella ha hecho cosas peores. Y no volveré a su lado. Me asusta.

—Por fin. —Volví las páginas duras y secas de mis papeles. Comparados con ese invierno amenazante, el dolor de cadera que me impedía cazar y la compra al por mayor de las tierras de nuestras concesiones por los blancos, los problemas de Eli Kashpaw eran de poca monta, y sin embargo insistía en apedrearme con minucias.

—Oye, tonto —dije—. Abre los ojos. Hasta tu hermano pequeño comprende mejor lo que ocurre. Nos ofrecen dinero, dinero a cambio de tierra. ¿Qué harías con el dinero?

—¿Ahora mismo? —preguntó Eli en tono beligerante.

—Sí —dije—, ¿qué harías en este mismo momento con cincuenta dólares?

—Me los bebería —replicó desafiante, aunque yo no ignoraba que rara vez bebía. No le di la satisfacción de enfadarme; simplemente continué con mi argumento.

—Como muchos otros —dije—, despertarías sin tener un sitio en que poner los pies.

—¡Yo no quiero vivir aquí! —gritó exasperado.

Arrojé los papeles sobre la mesa.

—¡Sólo piensas en una cosa! ¡En ti mismo!

Contento porque había provocado mi irritación y convencido de contar ahora con mi comprensión, Eli se dedicó al guiso frío. Lo devoró íntegro como si fuera tierna carne de ternera, que no veíamos desde el arreglo con el gobierno. Cuando terminó se echó atrás en la silla; sin querer, su cara traicionaba el gusto repugnante y desabrido de la carne de tuza. Y también revelaba la primera sombra de compasión por mí. Pero yo no la quería.

—Tengo todo un rebaño de estos vacunos indios acorralado en la pila de leña y marcado como manda el gobierno —dije—. Pronto haré un rodeo.

No podía permitirse reír, de modo que me castigó con una mirada inexpresiva. Lió un cigarrillo y fumó para quitarse el mal sabor.

Un rato después pensó en voz alta.

—Si Fleur al menos perteneciera a la iglesia, yo podría ir, hacer que el cura me perdonara y entonces ella tendría que olvidar lo ocurrido.

Me miró; esperaba con renovadas esperanzas alguna reacción. Pero yo estaba tan disgustado con su necio razonamiento que empezaba a preguntarme si valía la pena ayudarle. Tenía tantas otras cosas en la mente. Ya le había dado al padre Damien el testimonio de esta tierra Anishinabe, mordisqueada por todas partes por granjeros ansiosos de verla caer bajo el malleto del rematador. Había muy pocos de nosotros capaces de comprender incluso las letras de los papeles. Algunos se desprendían de sus tierras firmando con cruces o con los pulgares. En mi juventud había alcanzado cierta reputación como intérprete del gobierno, es decir, hasta la firma del Tratado Beauchamp, oportunidad en que le dije a Abertura entre las Nubes: «No pongas el pulgar en la tinta». Uno de los oficiales entendió y perdí mi puesto. Pero ninguna de estas cosas le importaba a Eli. Apagó el cigarrillo contra la cocina y guardó las hebras sobrantes de tabaco. Parecía esperanzado y aguardaba los consejos que no se merecía.

—Pon tus mantas donde quieras —le dije. No había otro sitio que el suelo de tierra apisonada, helado en invierno incluso al lado del hornillo. Esperaba que la incomodidad lo llevara de vuelta a su casa. Estaba decepcionado, pero dócilmente se echó y se cubrió con la áspera manta marrón.

—Muchacho —dije en la oscuridad, mientras descansábamos sin dormir—, sin un hombre que salga a cazar, allá comerán cosas peores que tuzas. Margaret no está entre las indias amparadas por el tratado y no recibe raciones en la ciudad.

Eli dejó escapar una risa áspera.

—En invierno, Fleur cortará un agujero en el hielo y pescará en el lago.

—¿Y hasta entonces?

—Tiene buena puntería.

Seis días más tarde estaba harto de Eli. Cada día de nieve me parecía interminable, encerrado con ese chico quejumbroso. Eli iba de un lado a otro, murmuraba, dormía, y además comió hasta dejar completamente vacío mi armario, hasta la última patata, y también el paquete de provisiones que me había traído, y que de no ser por él me habría durado todo el maldito mes. Pasamos dos días sin otro alimento que unos mendrugos de pan con grasa. El séptimo día le di su rifle. Lo miró sorprendido, pero finalmente se marchó hacia el norte. Yo también salí a ver las trampas. Capturé unas hojas de hierba, un montoncillo de piel gris, un pequeño esqueleto que un búho había limpiado en una noche, y un conejo agusanado que no se podía comer. Volví a casa, encendí el fuego, bebí un poco de té de agujas de pino y pensé que al final de ese invierno, que parecía peor de lo que había temido, podría verme obligado a cocer mis mocasines. Eso, por lo menos, era un acierto. Jamás había querido usar las botas de cuero teñido de la tienda. Ésas pueden matarte. Un rato más tarde, fui a mirar el saco de harina que, como sabía, estaba vacío. Todavía estaba vacío. Entonces me acosté.

Tenía en la mano un trozo de carbón con el que me ennegrecí la cara. Me puse encima del pecho mi bolso de nutria y dejé cerca el crótalo. Empecé a cantar en voz baja llamando a mis protectores, hasta que las palabras que salían de mi boca ya no eran mías, hasta que el crótalo empezó a sonar y la canción se cantó sola, y allí, en los profundos barrancos brillantes, vi claramente las huellas de las raquetas de Eli para la nieve.

Erraba al azar, debilitado por el estómago vacío, sin pensar de dónde soplaba el viento ni llamar a las nubes para que cubrieran el cielo. No sabía qué iba a cazar, ni qué señal buscar o seguir. Dejó que la nieve lo deslumbrara y estuvo a punto de dejar caer el rifle. Y entonces la canción lo alcanzó y lo sostuvo hasta que comprendió, por la profundidad de la nieve y su corteza dura y ligera, por el viento alto y las nubes que rodaban, que todo a su alrededor era perfecto para la cacería del alce.

Había visto antes las huellas, junto a una laguna helada. Fue allá, sabiendo que el alce es obtuso y no tiene imaginación, aunque su oído es particularmente fino. Caminó cuidadosamente por el borde de la depresión. Ahora estaba pensando. Su visión se aclaró y vio el rastro que pasaba sobre el hielo y regresaba a la maleza y a los matorrales. De inmediato echó a andar en la dirección del viento y paralelamente al rastro; luego volvió a buscarlo. Así lo rastreaba: sin seguir directamente las huellas, siempre atento al viento y cauteloso con el áspero suelo, ganando terreno mientras el alce pisaba

torpemente y quebraba la corteza a cada paso hasta que finalmente se detuvo a comer junto a unos arbustos jóvenes.

Entonces la canción creció. Hice un esfuerzo. A Eli le pesaban los brazos y las piernas, y sin alimento no podía pensar. Tenía la mente en blanco y temí que cometiera un error. Él sabía que después de comer, el alce siempre va a favor del viento para descansar. Pero los árboles eran más densos, pequeños y enmarañados, y las sombras eran de un azul más oscuro y se alargaban.

El abrigo de Eli, obra de Margaret, estaba hecho con una vieja manta gris del ejército forrada con pieles de conejo. Cuando se lo quitó y se lo puso del revés, para que sólo las suaves pieles rozaran las ramas y no lo traicionaran mientras se acercaba, albergué más esperanzas. Se quitó las raquetas y las colgó de un árbol. Guardó el sombrero en el bolsillo, preparó el rifle y, alerta a los movimientos, a la gran forma, avanzó lentamente.

No amargues la carne, le recordé, *un corazón fuerte se mueve despacio*. Si asustaba al alce de modo que la adrenalina afluyera a su sangre, la carne se endurecería y revelaría el sabor a vinagre del miedo.

Eli avanzaba con cautela. El alce apareció. Lo veo en mi mente tal como era entonces, un macho voluminoso, oscuro y sin la menor sospecha a la última luz de la tarde. Estaba en un matorral denso y difícil, listo para desviar la bala de Eli.

Pero mi canción hizo que fuera en línea recta.

El animal cayó sobre sus rodillas. Eli salió de su escondrijo, demasiado pronto, pero el disparo fue certero y el animal estaba muerto. Hizo rodar el cuerpo y con una rama de árbol lo mantuvo sobre el lomo y empezó a abrirlo en canal con su cuchillo. Tenía tanto frío que casi lloraba y el calor de la carne lo mareaba. Para cobrar fuerzas ante la dura tarea que le esperaba, sacó cuidadosamente el hígado y cortó una parte. Con una tira de tela que arrancó de su camisa envolvió ese trozo, salpicado de tabaco, y lo escondió debajo de un puñado de nieve. Comió la mitad del resto y guardó para mí la otra mitad.

Cortaba la carne cuidadosamente, pero lo más rápido posible, de acuerdo con mis instrucciones. Una vez, cuando era más joven, Eli había pinchado con el cuchillo el estómago de un venado de manera que los ácidos se difundieron por la carne, y yo apenas le había dirigido la palabra el resto del día. Volvió a ponerse su abrigo al derecho, lo frotó con grasa de un paquete que llevaba en la camisa y luego cortó velozmente trozos calientes de carne que ató a su cuerpo con nervios para que se le ajustaran al helarse. Aseguró a sus muslos óvalos de carne de lomo, y unos rectángulos más pequeños a las piernas, por debajo de las rodillas. Puso contra el suyo un cuerpo nuevo, rojo y humeante,

se echó un costillar al hombro y anudó los ligamentos sobre su pecho. Luego afirmó otro sobre el sombrero, sobresaliendo de la cara y atado debajo del mentón. Finalmente se envolvió los brazos con nuevos músculos anchos y gruesos. Lo que no pudo cargar lo cubrió con nieve y ramas o lo izó laboriosamente a las ramas de un árbol. Estaba demasiado cargado para enterrarlo bien y la luz menguaba, de modo que buscó sus raquetas para nieve y arrastró la piel a cierta distancia del escondrijo para desviar la atención. Ya declinaba el ocaso, y la caminata era larga.

Cuando el frío es terrible y la carga pesada, se tiene la tentación de apresurar el paso para calentar la sangre. El cuerpo discute y se mueve con rapidez, pero el conocimiento se opone, enriquecido por los cuentos de cazadores congelados con la carne de su propia presa. Lo sé bien. Eli tenía ahora tanto frío que, si transpiraba, esa humedad se congelaría sobre su piel y absorbería toda la vida y la calidez de su sangre.

Sin abrir los ojos al mundo que me rodeaba, cogí mi tambor de debajo de la cama y marqué los pasos para que Eli los oyera y los siguiera. Cada vez que se apresuraba lo contenía. Golpeaba con más fuerza cuando vacilaba debajo de su peso. Así logró regresar y, cuando oí el eco de su respiración jadeante, salí a ayudarlo, todavía en mi canción.

Se alegró porque la carne que traía atada, helada, tenía un color azul marmóreo. La sangre del alce era como harina sobre su rostro y su abrigo. Tenía una expresión rígida, la fuerza de sus miembros estaba casi agotada. Lo liberé de la carga que traía contra el pecho, y la llevé dentro en mis brazos. Él me siguió. Separé de su cuerpo el resto de la carne, cortando los nervios, y la puse fuera, debajo del alero. La carne se sostenía por sí misma, el alce se había convertido en un molde de Eli, una armadura que nadie más podría usar.

Estaba inmóvil, no quería moverse, tenía la boca seca y abierta cuando lo hice entrar. Le quité las ropas, encontré el trozo de hígado que tenía debajo del brazo y me lo comí. Luego le puse una gota de agua entre los labios, lo envolví en un cobertor y lo llevé a una silla junto al fogón. Saqué de sus bolsillos los riñones y el corazón y los corté en trozos pequeños. Mis manos temblaban mientras les ponía sal. Se me hizo agua la boca cuando los puse al fuego y sentí el olor de la carne asada. Casi lloraba. Le di el primer trozo a Eli, que lo comió agradecido. Mientras ponía mi parte en la boca y la tragaba, sentí que me volvía otra vez sólido en la silla. A la luz del fogón, todo se aclaraba a mi alrededor. El pensamiento retornaba.

—Eres mi hijo —dije, impulsado por el sabor a carne chamuscada—, mi pariente.

Eli estaba contento, jugueteaba con el fuego. Como sabes, sólo tenía diecinueve años en ese momento. Lo que me dijo, movido por el estómago lleno, el calor, el agotamiento y su gran alivio por haber regresado, podía ser el resultado de una mente nueva en acción: era un joven que había soportado muchas cosas en muy poco tiempo, que había desgastado su propio corazón, que no sabía hacer frente a su infortunio, que tenía imaginación y el espíritu perdido, que estaba a la vez disgustado por su propia traición y desesperado por Fleur.

Esto es lo que me contó:

Después de Sophie, permaneció alejado de Fleur sólo el tiempo necesario para saber que no podía. Volvió, y ella le permitió quedarse en la casa. Pero se negaba a hablar, a tocarlo, a cocinar para él. Estar con ella y sin ella era casi peor que la soledad. Después de tres días de rechazo, él la ansiaba con el vigor de sus primeros encuentros, cuando —y ahora te pido indulgencia porque sólo puedo repetir lo que recuerdo, incluso a una nieta— esos dos hacían el amor fuera, contra los árboles, echados sobre las agujas de pino o en el patio. Tras una semana, la necesitaba con doble pasión que antes, y tras dos sufría una aflicción desesperada. Le latía la sangre al oír el rumor de sus faldas. Si ella lo rozaba por casualidad, le ardía la piel. El fuego se difundía. Sufría por Fleur como una llama por el aire. Las noches eran aún peores. Porque ella dejaba que se acostara en un rincón de la cama y desde allí él sentía su calor y la fragancia humosa de su mata de pelo.

Después de combatir contra sí mismo, siempre caía en un largo sueño, agotado por la indiferencia de Fleur. Pero una noche, tal vez porque la blanca luna inundaba el patio, se quedó despierto mientras enrollaba y desenrollaba la situación en su mente y trataba de ver cómo era. Y entonces sintió que Fleur se movía. Furtivamente, como una nutria que se desliza de un tronco, bajó de la cama y un segundo después había salido. Él oyó cerrarse suavemente el picaporte y la siguió, sin despertar a nadie. La noche era radiante y demasiado fría para bañarse, aunque el movimiento de las ramas en la parte más baja del claro le dijo que Fleur había tomado el sendero que llevaba al lago. También él lo siguió y llegó a la orilla justamente a tiempo para ver que Fleur se quitaba su áspero camisón y caminaba, ágil y desnuda, envuelta por la luz de la luna, con el negro pelo suelto, hacia las aguas del Matchimanito.

Las suaves olas se cerraron por encima de su cabeza y sólo podía verse la luna que se reflejaba en cada ondulación. Contuvo el aliento, esperando que Fleur volviera a la superficie, y luego se lanzó al agua él también y nadó hacia el sitio en que ella había desaparecido. Varias veces, quebrando la superficie helada, tan sorprendido que sus pulmones estaban estrujados y cerrados, tan horrorizado que esto no le importaba, se sumergió y describió un gran círculo con sus brazos. Y luego, mucho más tarde, sin saber bien cómo, regresó a la orilla y se acurrucó, medio congelado e inconsciente, contra una gran raíz retorcida.

Todavía estaba allí cuando Fleur emergió del lago.

Eli me miraba a la espera de alguna reacción, del conocimiento que un hombre mayor pudiera extraer de ese hecho. Durante largo rato contemplé la leña que el fuego abrasaba y mordía a lo largo de los leños que lo alimentaban. Lo miré. No era tan niño. Hablé como si ya hubiera oído todo aquello.

—Después de eso no te marchaste —dije—. ¿Has esperado hasta ahora, todos estos meses?

Asintió. Había más.

—Yo estaba atontado, no podía comprender. Fue allí otras noches. A veces me despertaba y sentía sus trenzas húmedas, y una vez encontré en su cuello un rizo de algas negras del fondo del lago.

—Le gusta bañarse —respondí—. Tiene buenos pulmones.

Eli me miró con dureza, dudando de mi inteligencia, y vi que estaba convencido.

—El lago está helado. La nieve me llega al pecho. La última vez que Fleur y yo tuvimos relaciones fue antes de que yo fuera a trabajar para los Morrissey, durante la cosecha.

Me miraba fijamente de manera descortés, y arriesgué una suposición.

—¿Piensas que tu mujer está embarazada?

—Quizá. No por mí. —Eli se echó atrás, en la sombra, y cruzó los brazos con justiciera satisfacción.

—Eres un necio.

—No me digas eso, anciano. No estabas allí.

—Es verdad —dije—, muchacho. No sentí el frío del agua. Tampoco sentí su tibieza en la laguna, en agosto.

Callamos, tensos. No pude contener mis palabras.

—Te ayudé con esa mujer que no podías dominar, que asusta a los hombres sensatos. Te enseñé cómo conquistarla por tus propios medios, sin necesidad de filtros. Te di algunos objetos que me recordaban a mi última esposa. Te acogí en casa. Y muy poco después tanto te aburres que no puedes resistirte a una Morrissey y tan estúpido te has vuelto que crees a tu mujer embarazada cuando no lo está.

—Quién sabe —dijo furioso—. Soñé con la criatura, extraña y temible, con ojos desorbitados y una cola negra hendida.

No lo pude evitar. Me eché a reír.

—Qué par sois tú y tu madre —dije—. Qué imaginación.

Cerró la boca.

—Pues bien, yo tengo mi opinión —agregué tras una pausa—, ya que me la has pedido. Es una buena señal que tu esposa trate de inspirarte celos. Sería peor que no lo hiciera. Quiere quedarse contigo y con su orgullo. —Eli intentó protestar, pero no le di la oportunidad—. Y ahora, si escuchas en lugar de quejarte —dije—, voy a apiadarme de ese pobre error solitario que llevas escondido bajo los pantalones y a decirte cómo recuperar a Fleur.

Enrojeció, y yo continué.

—Es así: tienes que empezar de nuevo. La primera vez que la cortejaste debías convencerla de que eras un hombre listo y capaz; ahora se trata de lo contrario. Debes inspirarle tanta lástima como a mí, sólo que más aún. Tienes que rebajarte a sus ojos hasta que no seas nada, un perro, un ser tan ínfimo que no importe si deja que regreses arrastrándote.

Parecía descontento, suspicaz, dispuesto a protestar, pero la fatiga del día lo dominó y finalmente cedió. Yo amontoné las brasas antes de dormir. Cuando despertó, Eli estaba más sereno. Ese día salió dos veces con sus raquetas para nieve; el día siguiente otras dos, y trajo el resto de la carne escondida. Me dio una pequeña parte y dejó el resto ante la puerta de Fleur. Como yo le había aconsejado, se aseguró de que ella lo viera trastabillar y caer, como si no pudiera soportar la pena. Luego se levantó y se alejó tambaleante. Dijo que ella había reído, lo había llamado, le había preguntado si cazar un alce viejo y débil era demasiado para él, aunque era evidente que el animal era joven y robusto, y su carne excelente. Él se sintió dolorido por el desdén de su voz, pero le dije que debía alegrarse de que ella le hubiese dirigido la palabra.

No sé cómo contarte lo que sucedió a continuación, el acontecimiento que señaló la aparición de la calvicie en las mujeres Pillager y añadió nueva carga a cada parte en la diferencia que, con el tiempo, había de dividir en dos a nuestro pueblo. Todo empezó con Eli y Sophie. Pero rebasó de la laguna e invadió la política, así como te digo. Las dos familias se situaron en extremos opuestos en la cuestión del arreglo en dinero. Yo nada pude hacer. Es duro para un hombre admitir que sus brazos han enflaquecido, que su capacidad ha disminuido, y, quizá todavía peor, que su influencia sobre los jóvenes de la tribu se ha ido para siempre.

Debo narrarlo paso por paso.

Empezó cuando salía de la iglesia con Margaret y contigo, Lulu. Tu abuela me había arrastrado a una misa de bendición, y el padre Damien se acercó a saludarme.

—Abuelo Nanapush —sonrió—. Por fin.

—Esos bancos son terribles para un anciano —me quejé—. Si estuvieran cubiertos con cojines de agujas de pino habría venido antes.

El padre Damien examinó los duros bancos de la iglesia, y unió las manos dentro de las mangas.

—Piense que esa sólida superficie es una ayuda —propuso—. A veces Dios entra en el alma por las partes más humildes de nuestra anatomía, si son sensibles al sufrimiento.

—Un dios que entra por la puerta trasera —respondí— no es mejor que un ladrón.

Los jóvenes asistentes se reunieron y siguieron al sacerdote mientras se encaminaba al altar. Yo traté de acomodar mis huesos para encontrar algún alivio, sin hacer ruido para evitar los codazos de Margaret. Era cosa larga, y a ti nunca te gustó mucho la iglesia. Te movías como una ardilla; buscaste en mis bolsillos hasta que encontraste un caramelo y te lo pusiste en la boca. Tus ojos se oscurecieron y te dormiste. Tampoco yo sentí ninguna gran presencia, y decidí que los viejos dioses eran mejores, aquellos dioses Anishinabe que no eran exactamente perfectos pero al menos no obligaban a nadie a sentarse en duras tablas.

Cuando concluyó la misa y tuvimos las ropas impregnadas de olor a incienso, salimos a la fría noche estrellada, la nieve y los campos pelados e iniciamos el largo camino de regreso. A ambos lados los árboles estaban negros e inmóviles. Nuestros pies arrancaban un suave chillido a la nieve

endurecida; no se oía otra cosa. Casi no hablábamos y cuando apareció la media luna como una copa en equilibrio tú misma dejaste de cantar. Advertimos de inmediato que alguien más venía por nuestro camino.

En el cruce habíamos girado al sur hacia la casa de Margaret, y los pasos se oían desiguales, justamente fuera de la vista. A juzgar por las pisadas eran dos hombres, un mestizo por sus botas de suela dura y el otro, silencioso, un indio. Poco después los oí hablar. Por el lenguaje trabado del indio reconocí a Boy Lazarre, el que había espiado a Fleur. Y el mestizo debía de ser Clarence Morrissey. En los últimos tiempos estaban mucho juntos porque sus familias habían firmado el nuevo acuerdo de compra de la compañía maderera Turcot, y ahora hablaban en su favor a cada persona que encontraban. Incluso iban a las casas de la gente y sostenían que ésa era nuestra mejor oportunidad, la única, y que los madereros no mantendrían mucho tiempo su oferta. Pero si estaba Margaret presente, espantaba sus palabras como si fueran mosquitos.

Sentí su mala intención cuando pasaron al lado, y advertí en sus expresiones y saludos un tono desagradable de excitación.

—Margaret —dije—, vamos a cortar camino. —Mi casa estaba cerca y no había nadie entre ella y nosotros; pero Margaret quería ir a buscar a Nector y siguió andando como si no hubiera oído.

La tomé por el brazo, te di la mano y empecé a girar, pero Margaret no quiso saber nada y me llamó cobarde. Volvió a apoderarse de tu mano. No te importaba que ambos tironeáramos de ti; metías la mano en el bolsillo de tu abuela y jamás perdías el paso. Tenías el equilibrio de un armiño y también su inteligencia, lo que fue muy bueno, porque cuando los dos hombres se lanzaron contra nosotros un kilómetro más adelante, instintivamente corríste a esconderte entre los árboles.

De todos modos estaban bastante ocupados con nosotros. Éramos viejos y podían partir en dos nuestros huesos, secos como ramas, pero luchamos como si nuestros enemigos hubieran sido los secuestradores naduissieux de las historias de nuestros padres. Margaret lanzó un grito de guerra que no se había oído durante cincuenta años y mordió tan cruelmente la mano de Boy Lazarre que la herida, como se comprobó más tarde, fue la causa de su muerte. En cuanto a Clarence, necesitó de todas sus fuerzas para derribarme al suelo y dejarme medio inconsciente. Después me ató y me arrojó a la carretilla escondida junto al camino para llevarnos al establo de los Morrissey.

Recobré el sentido sujeto al poste central, sentado sobre un montón de heno. Margaret estaba enfrente, atada a los maderos de un corralillo interior,

hecha una furia y con una línea de espuma entre los labios. A mi alrededor colgaban riendas y arneses brillantes que olían a aceite. Había también un par de látigos que me habría encantado hacer silbar en el aire, pero tenía las muñecas agarrotadas. Junto a Margaret, a ambos lados, había vacas de pelaje sucio que rumiaban y movían sus patas. El aire estaba caldeado y olía fuertemente a estiércol. Morrissey tenía los únicos vacunos que quedaban en la reserva, y dos de ellos habían desaparecido para alimentar una docena de pucheros después del otoño. Ahora ese robo me alegraba. Me levanté apoyado en el poste y decidí cortar mis cuerdas contras las puntas afiladas de una horquilla. Pensaba hacer que Margaret mordiera las ligaduras de mis tobillos, pero entraron los dos hombres.

—Niños, dejadnos en libertad —dije—. Este juego nos fatiga.

Se pusieron entre nosotros, hinchados con sus secretos.

—Pellejo vacío —dijo Clarence.

—Os propongo un trato. —Yo buscaba una salida—. Si nos dejáis en paz no le diremos nada a Pukwan. A veces los muchachos se emborrachan y no saben lo que hacen.

Clarence soltó una carcajada dura.

—No estamos borrachos.

—Mi primo Pukwan lo sabrá, y no tendrá piedad con vosotros —dije—. Soltadnos. Yo firmaré los papeles y convenceré a la viuda.

Hice una seña a Margaret para que mantuviera cerrada la boca. Se llenó los carrillos de aire pero no habló. Lazarre y Clarence se miraron y les pareció divertido lo que yo había dicho. Sólo cuando Lazarre se agachó y Clarence se situó frente a Margaret comprendí que aquello tenía que ver con todas las cosas. La compra de las tierras. La política. Eli y Sophie. Era como ver de repente unos feos magullones y reconstruir los golpes insidiosos que los produjeron. Clarence se vengaría del trato que Eli había dado a su hermana tratando de manera similar a la madre de Eli. Di un tirón a las ligaduras.

—Mientes cuando te conviene, perro flaco —dijo Clarence. Se secó los labios como si tuviera hambre o anticipara lo que su boca iba a decir—. De todos modos es ella la que nos interesa. La avergonzaremos, y también a sus hijos.

Lazarre alzó el puño, lo movió con indiferencia y rozó mi cara. Fue peor que un golpe directo.

—No es difícil —dije—, ahora que está atada. Es llenita y guapa. Y tiene ojos de venada. Pero olvidáis que estamos juntos, que somos casi marido y mujer.

Eso no era cierto y vi cómo la ira y la confusión endurecían el rostro de Margaret. Yo seguí hablando.

—Entonces, por supuesto, si hacéis lo que pensáis, tendréis que matarme luego, y eso irritará doblemente a mi primo Pukwan, puesto que le debo mucho dinero por un rifle que me prestó y no le devolví. Igualmente —la cabeza les daba vueltas— olvidaré que habéis imaginado un crimen como ése, tan terrible que el padre Damien os clavaría a unos maderos como en ese ejemplo que tiene en la pared de la iglesia.

Lazarre me detuvo con un gruñido amenazador.

—Basta de cháchara —dijo Clarence—. Pukwan se ha ido a pelear en la guerra con Pershing. ¿Qué puede importarle de ti?

—No lo olvidará —respondí tozudamente—. Volverá a buscar su dinero.

Pero era como arrojar piedras a un lago seco.

—De todos modos, Pukwan está a favor de la venta —dijo Clarence—. Volverá con el dinero del ejército y comprará todo lo que vosotros perdáis. — Mis palabras no hacían olas en las profundidades de su codicia. Leí en la cara de Lazarre que se proponían hacernos verdadero daño, de modo que jugué la última carta.

—Lo que le hagáis a Margaret se lo haréis también a la chica Pillager. — Dejé caer la voz—. ¿Os habéis olvidado de Fleur? ¿No sabéis que puede parar vuestros corazones con el pensamiento?

Clarence era demasiado joven para asustarse, pero escuchaba con interesada expectativa. Esas mismas palabras afectaron de manera muy diferente a Lazarre, que abrió la boca y señaló su lengua inútil. Luego se sacudió con furia y sacó de su chaqueta una navaja.

—Acércate —canturreó Margaret, usando la vieja expresión— y te enseñaré cómo se muere.

Pero estaba atrapada como un zorro y sólo podía susurrar una y otra vez la canción de la muerte mientras Lazarre afilaba la hoja con movimientos rápidos y siniestros. Margaret chillaba con tal furia que las cuerdas deberían haber ardidado y caído de su cuerpo. Mis esfuerzos hicieron crujir el comedero contra los muros del establo y asombraron aún más a las vacas, que chocaban unas contra otras y se quejaban. Clarence suspiró, se levantó y me atizó un golpe. Lo último que vi antes de perder el sentido, con el postrer rayo de luz, fue que Lazarre se acercaba a Margaret con la navaja.

Cuando desperté, minutos después, sufrí un impacto aún peor. Porque Lazarre había cortado a ras las trenzas de Margaret y ahora le afeitaba el resto

del cráneo. Empezaba casi con ternura en el centro y seguía hasta abajo. Hizo una tarea cuidadosa. No derramó una gota de su sangre.

Y yo no podía hablar para maldecirlos. Porque, para acallarme, me habían atado las trenzas por encima de la lengua. Impotente, sentí su vago aroma animal.

No fue mucho más tarde, o quizás era desde siempre, que íbamos andando nuevamente en mitad de la noche. No hablábamos; seguíamos, doloridos, el camino. Yo había sufrido en el espíritu, aún más que Margaret. Porque ella envolvió con el chal sus orejas desnudas y parecía olvidada de su propio dolor. Te llamaba a cada paso, asustada. ¡Chica inteligente y atrevida! Te quedaste escondida hasta que pasó el peligro y luego corriste a casa de Margaret. Cuando abrimos la puerta te vimos inmediatamente, sentada con Nector junto al fogón, los dos inmóviles y espantados, y luego maravillados cuando Margaret se quitó el chal.

—¿Y tu pelo? —preguntó Nector, excitado.

Yo saqué la mano del bolsillo.

—Aquí está lo que queda. Lo agarré cuando me cortaron las cuerdas. — Yo estaba terriblemente avergonzado por haber sido tan débil e inerme, pero Margaret me arrebató las dos trenzas y las enrolló alrededor del puño.

—Sabía que las traerías, hombre astuto —dijo. En su voz había satisfacción.

Nector se puso en pie de un salto, un chico flacucho con un montón de pelo encima. La excitación le redondeaba los ojos.

—¿Quién te ha hecho eso, mamá?

Se lo dije, y él juró que se pondría al acecho con su hermano Eli. Pero Eli estaba en el norte, con sus trampas y empeñado todavía en que Fleur lo perdonara. Encendí el fuego. Era extraño que Margaret fuera tan amable conmigo: no me acusó de nada ni mencionó mi turbación. Resguardó mi orgullo ante el chico. Puso sus trenzas en una caja de madera de abeto y dijo solamente a Nector que las depositara en su tumba cuando llegara el momento. Luego se acercó al fuego con un espejo roto que había cogido de detrás de su lavamanos y contempló su imagen en el cristal nublado.

—Dios mío —dijo. Guardó el espejo—. Iré a buscarlos con el cuchillo.

Yo estaba pensando. Pensaba que tendría que matarlos.

—Nector —dije—, como Eli se ha ido, tú tendrás que acompañarme.

Asintió, frunció el ceño con seriedad, bastante niño todavía para que fuese cómica su imitación de la actitud de un hombre.

—Llevaré mi veintidós —dijo.

Le respondí que ésa era una venganza demasiado comprada en la tienda para satisfacer a un guerrero anishinabe de los viejos tiempos, un hombre, como sería él cuando esa cuestión quedara resuelta. Encontraríamos un método. Sin embargo, no habría podido explicar en ese momento cómo un abuelo achacoso y medio muerto de hambre podía atacar sensatamente a un Morrissey joven y bien alimentado y a un Lazarre astuto y gordo. Más tarde, envuelto en mantas en el rincón, junto a la cocina de Margaret, apliqué mi mente al problema hasta que, agotado, me dormí. Volví a reflexionar a primera hora de la mañana pero tampoco surgió la solución. Sólo después de comer buen pan caliente y de que te lleváramos a casa de tu madre una idea empezó a germinar.

Fleur nos hizo entrar en la cabaña, te envolvió entre sus brazos y luego Margaret le contó lo ocurrido. Con un rápido ademán, la anciana se quitó el chal y mostró su calva; en sus ojos ardía un fuego incontenible. Las mujeres se miraron fijamente. Fleur alisó el frente de su camisa, se echó sobre los hombros las pesadas trenzas, se pasó la punta del dedo por los labios y luego te puso en el suelo. Fue con calma hasta la cocina, amoló su cuchillo de desollar hasta que el filo cortaba como un cristal. Margaret, tú y yo mirábamos y no dijimos una palabra para impedir que Fleur se cortara las trenzas y el pelo y los guardara en un bolso de piel bordado. Se volvió hacia nosotros, tan hermosa como antes, pero ahora de un modo que daba miedo. Luego salió a cazar sin preocuparse siquiera por esperar a que la noche borrara sus huellas.

También yo tendría que salir a cazar.

Aunque sabía herir con bromas aceradas, nunca había esgrimido un cuchillo contra un ser humano, y menos contra dos hombres. Si le erraba a cualquiera de los dos, me mataría o haría daño a Nector. No sólo quería proteger al muchacho; tampoco deseaba sucumbir entre las innobles manos de los Morrissey. En realidad, creo que a causa de la amabilidad de Margaret no deseaba abandonar esta vida de ningún modo. Su cabeza calva, lisa como un huevo, mostraba el delicado relieve de los huesos y brillaba como pulida con una franela. Quizás era su rareza lo que me atraía. Era inquietante, pero le realzaba los ojos, tan negros y llenos de luz. De ninguna manera inspiraba lástima. Parecía un ave peligrosa, una serpiente de agua, o aquella reina de

Inglaterra. Y yo todavía sentía en mi boca el sabor de sus trenzas, lisas y humosas, frescas y ásperas.

Tenía mejores cosas que hacer aparte de pelear. Por lo tanto decidí vengarme cuanto antes. Para hablar y para cazar usaba como arma mi cerebro. Decidí que también le enseñaría a Nector cómo hacerlo.

—Cuando salgo a cazar —le dije mientras trazábamos planes en mi cabaña—, prefiero que la presa se cace a sí misma.

Nector abrió los dedos y los cerró como las quijadas de acero de sus trampas para tuzas. Moví la cabeza. Él frunció el ceño, desconcertado.

—Los llevaremos a juicio —dijo con ardor, mientras se daba una palmada en la rodilla.

—Así se habla —respondí—. Serás un buen político. Pero los implicados en este juicio son parientes de Pukwan y por lo tanto he pensado lo siguiente. Una trampa de buitrón. Exige dedos hábiles y la capacidad de pensar exactamente como tu presa. Esto requiere imaginación, y por eso éstas jamás me han fallado. Son silenciosas y, lo que es todavía mejor, lentas. Me gustaría darles a Lazarre y a Morrissey un poco de tiempo para pensar por qué deben morir estrangulados.

Nector se mojó los labios.

—Dibuja aquí —le sugerí. Cogió un lápiz y trazó finas rayas en el margen de mi periódico. Sería menester una profundidad de cincuenta o sesenta centímetros debajo de la trampa para que el hombre no pudiera alzar la mano y aflojar el nudo. Y también un material más fuerte que el cuero trenzado, que podía quebrarse, y más fino que una sogá, que hasta Lazarre era capaz de ver y evitar. También debíamos hallar el árbol adecuado, joven y fino, flexible incluso con tanto frío. Reflexioné sobre todo esto pero, a pesar de todo, quizá jamás habría encontrado la respuesta si no hubiera ido a misa con Margaret y me hubiera interesado por el funcionamiento del orgullo y la alegría del padre Damien, el piano que estaba en la parte posterior de la iglesia, ese instrumento cuyas teclas pulía después de echarles el aliento y tocaba después de misa y a veces por la noche, a solas. Observé que, cuando tocaba, sus manos estaban por lo general cerca del centro, de modo que Nector y yo cortamos las cuerdas de ambos extremos.

Mientras tanto, no éramos los únicos que buscábamos una reparación. Se vio a Fleur en la ciudad. Sus anchas faldas levantaban nubes de nieve. A pesar del frío llevaba la cabeza descubierta para que todos pudieran ver el brillo del

sol helado en su cráneo. Esa luz se reflejó en los ojos de Lazarre y Clarence, que estaban en la puerta del salón de billar. Dejaron caer sus palos en la nieve y corrieron hacia el oeste, a la granja de los Morrissey, que estaba muy cerca. Fleur recorrió las cuatro calles, en ambas direcciones, y luego los siguió.

Más tarde Clarence habló de su visita, dijo que se paseó por la casa de los Morrissey tocando aquí y allá y esparciendo polvos que ardían y hedían cuando se ponían sobre la cocina caliente. Afirmaba que si Napoleón o Bernadette o incluso las dos chicas hubiesen estado en la casa y no comprando y vendiendo fuera de la reserva, Fleur podría haberlos matado a todos con sus conjuros. Clarence contó que él vacilaba sobre sus pies, parpadeaba y se mordía las uñas para darle pena. Que Fleur se le acercó y sacó su cuchillo afilado como una navaja. Él sonrió tontamente y le preguntó si quería algo de comer. Ella se estiró y le cortó unas hebras de pelo. Luego salió de la casa dejando tras de sí una ráfaga de aire helado y persiguió a Lazarre hasta el establo. Clarence la siguió y espió por una rendija.

La silueta negra de Fleur se recortaba contra la luz. Lazarre se apretaba contra el muro de madera, hipnotizado por la visión de la cabeza de Fleur y de su cuchillo inmóvil. No se defendió, pero su lengua inútil restalló cuando ella se acercó y con suavidad y eficiencia le cortó un poco de pelo, le sostuvo las manos y le cortó las uñas. Luego agitó el cuchillo delante de sus ojos y puso también algunas pestañas en un cuadrado de tela que plegó cuidadosamente y guardó en su blusa.

Durante días enteros, Lazarre balbuceó y lloró. Fleur lo estaba matando con un conjuro. Mostraba la mano, la mordedura de Margaret, y la mancha negra que se extendía por su muñeca y ahora también por el brazo.

Pensé que los dos hombres estaban ahora condenados de tres formas. Margaret venció en la lucha contra su educación católica y juró que perdería su alma y enarbolaría el hacha ya que nadie había destruido a sus enemigos. Le pedí que esperara otra semana, durante la cual nevó, desheló y volvió a nevar. Nos llevó todo ese tiempo preparar la trampa a mi satisfacción, cerca de la cabaña de Lazarre, en el sendero que ambos hombres utilizaban para ir a la ciudad.

Nector y yo la dejamos lista una mañana antes de que nadie despertara, y luego nos pusimos de guardia tras un pino viejo retorcido al nivel del suelo. Esperamos hasta que una sedosa pluma de humo se elevó de la chimenea de latón del techo de Lazarre. Tuvimos que aguardar medio día antes de que Lazarre saliera, y sólo fue a buscar leña, sin acercarse al sendero. Nos costaba mantener la sangre en movimiento y el estómago en paz. A mí más que a

Nector, porque yo debía apartar de su mente sus pies fríos. Primero lo entretuve chillando como un conejo para atraer a los zorros. Pero Lazarre asomó la cabeza por la puerta y abandonamos esa diversión. Nector me hacía preguntas de adulto, no las de un niño de nueve años. Quería saber cómo se repartían las tierras, qué clase de pagos debíamos hacer. Con frecuencia teníamos esa clase de preocupaciones, y Nector se hizo cargo de ellas más seriamente, en realidad, de lo que yo advertí en ese momento.

—Tú ni siquiera puedes pensar todavía en chicas —le dije—; todavía menos en tierras.

—Soy casi un hombre —me informó mientras miraba a lo largo de la hoja de su cuchillo.

Comimos cada uno un puñado de las pasas de grosella que Margaret nos había dado, y mordisqueamos un trozo de carne machacada. Finalmente apareció Clarence. Se acercó rápidamente, sin preocuparse de no hacer ruido en el bosque. Justamente al final de los árboles, donde sabíamos que se detendría para otear si no había algún problema o algún testigo de su visita a Boy, vio que el campo estaba despejado, avanzó unos pasos y metió el pie en el lazo como un fantasma ciego.

La trampa era perfecta, o lo habría sido si hubiéramos hecho el pozo cinco centímetros más ancho, porque Clarence logró abrir las piernas de algún modo al caer y poner una a cada lado. El hoyo era invisible; estaba cubierto de ramas finas y de nieve y, sin embargo, en el instante angustioso en que caía, la idea exacta de la construcción de la trampa brotó en el cerebro de Clarence y dijo a sus piernas que buscaran los costados. No sé cómo lo hizo, pero así quedó, suspendido. Nector y yo esperamos, no nos movimos. ¿No era eso mejor de lo que esperábamos? El nudo se apretó lo suficiente para hundirse levemente en el cuello del tonto; le quedaba demasiado ajustado. Estaba de puntillas, con los brazos y piernas abiertos en línea recta. Si movía un dedo, si tenía una mínima pérdida de control o incluso trataba de gritar, un pie resbalaría y el nudo se cerraría.

Pero Clarence no movió un músculo ni un pelo. Ni siquiera se atrevió a cambiar de expresión. Tenía la boca contraída por la sorpresa. Apenas sus ojos se movían; giraban locamente de un lado a otro y demostraban la agitación que no podía liberar mientras buscaba desesperadamente una forma de escapar. Sólo se enfocaron cuando Nector y yo nos acercamos a él, en silencio, desde el pino.

Estábamos claramente a la vista de la casa de Lazarre. Indiqué a Nector que se situara detrás de mí y yo enfrenté a Clarence. Un roce, un puntapié,

quizá sólo una palabra bastaría. Pero miré sus ojos y vi que comprendía su situación.

Le dije a Nector:

—¿Ves a este hombre? Nunca en su vida ha pensado más.

Entonces la piedad se apoderó de mí. No podía hacer eso, ni siquiera para borrar la vergüenza de Margaret.

Nos alejamos y dejamos a Morrissey suspendido sobre el hoyo en la nieve.

Nunca se tiene una segunda oportunidad de matar a una comadreja ni tampoco a un Morrissey, y por eso me alegró que por lo menos el pobre Clarence conservara la boca torcida como un recuerdo permanente. El labio le quedó caído del lado izquierdo cuando Lazarre consiguió sacarlo del árbol. Lazarre fue tan torpe que el chico pataleó en el aire y casi se ahorcó mientras él, con un brazo palpitante y dolorido, trataba de cortar el fino y fuerte alambre. De modo que quizá mi trampa hizo daño, enseñó una lección. La boca de Clarence quedó torcida y pregonaría que él había ocasionado la calvicie de las mujeres Pillager mucho después de que se blanquearan las cicatrices alrededor de su cuello.

En cuanto a Lazarre, la mancha del brazo se le oscureció. Se le debilitaron y entumecieron los dedos. La gente lo evitaba, aunque él vagaba por las calles de la ciudad en busca de apoyo. Lo vi alejarse furtivamente cuando, pocos días después, reuní el dinero que tenía y fui a la tienda. Compré el gorro más caro que tenían; ninguna mujer de la reserva poseía otro mejor. Era negro como un cubo para carbón, y de la misma forma.

—Realza mis ojos de venada —dijo Margaret. Y me miró por debajo del borde.

Lo usaba siempre, y también para asistir a las misas de la Cuaresma. Mientras íbamos por la calle se oían voces.

—Allá va la Vieja Cubo de Carbón. —Pero ella estaba orgullosa de su gorro y cada vez más amable conmigo, era evidente. Ya estábamos juntos cuando nos hicimos cruces de ceniza en la frente.

—He oído decir que piensan cambiar los anillos —dijo el padre Damien cuando le estrechamos la mano camino de la iglesia.

—Ya tengo relaciones con Margaret —susurré para sorprenderlo—. Así hacemos nosotros las cosas.

Como ya había resuelto problemas similares, no vaciló en recomendar el remedio.

—Tendrá que confesarse —dijo, y me indicó el interior de la iglesia.

Margaret frunció las cejas e hizo señas de que me esperaba. Yo entré y me arrodillé delante de la pequeña garita. El padre Damien entró y corrió la puerta oscura. Le dije lo que hacíamos Margaret y yo, y él me interrumpió.

—No más detalles. Rece a Nuestra Señora.

—Hay algo más. —Yo quería asumir toda la responsabilidad, toda la culpa.

—¿Sí?

—Clarence Morrissey viene a la iglesia todas las semanas con una bufanda alrededor del cuello. Yo lo atrapé como a un conejo.

El padre Damien dejó que la idea penetrara en él.

—Y además —continué— robé cuerdas del piano.

El silencio se derramó sobre el cubículo y me oprimió hasta que el sacerdote habló.

—Dios odia la discordia. Has pecado contra Sus oídos. —Y como si lo hubiera pensado mejor, agregó—: Y contra sus mandamientos. Debe cesar la violencia entre vosotros.

—Le devolveré las cuerdas —dije. Sólo habíamos usado un largo alambre. También acepté no volver a usar mis trampas contra seres humanos, una promesa fácil de hacer. Lazarre ya había caído.

Justamente dos días después, mientras tu madre y yo le mostrábamos al tendero seis cestos adornados con plumas y esperábamos que nos dijera cuánto pagaría, Lazarre entró en la tienda. Puso los ojos en blanco apenas vio a Fleur. Extendió el brazo, señaló la mancha oscura y alargada y abrió la boca. Luego retrocedió entre la hilera de trampas que el tendero había preparado para mostrarnos cómo funcionaban. Los ojos de tu madre se iluminaron y su bufanda blanca reflejó el sol cuando se volvió. Los rumores eran ciertos. Había convertido la cara de Lazarre en un trozo de corteza de abeto, le había arrancado las entrañas, había frotado bermellón contra su brazo para que la mancha le llegara al corazón. No hubo un grito, un ruido, una palabra cuando él cayó mientras las trampas de todas clases que había alrededor saltaban y se cerraban mordiendo el aire.

Llegó la nieve y cerró los caminos. Mis trampas no atrapaban nada e incluso las tuzas se metieron profundamente bajo tierra y desaparecieron. Las

monjas de la misión sólo vivían de pan. Daban a los niños que los padres llevaban a misa el que ahorraban pasando hambre toda la semana.

Todas las noches Margaret cortaba un trozo pequeño de la carne congelada del alce y la cocía para mí. Bebíamos infusiones de lo que podía encontrar en el bosque, hierbas, raíces, corteza de olmo. Enviamos a Nector a vivir con Eli en su campamento de invierno, junto a sus trampas, donde seguramente conseguirían atrapar algún conejo o una rata almizclera. La nieve continuaba, nuestro alce se acabó y Margaret empezó a tratar de convencerme.

—Vamos a mi casa, tengo el sótano lleno de conservas.

—Ve a buscarlas entonces.

Pero Margaret se negaba a abrir la puerta del suelo de su cocina y a sacar sus conservas de los estantes soterrados donde debían estar. Le dije que trataba de sacarme de mi casa por el hambre y que, si quería lo que yo le daba todas las noches, era mejor que se quedara.

—Helada —murmuró—. El viejo egoísta me arrebató las mantas.

Aunque la verdad era lo contrario, fingí no escuchar y ella habló en voz más alta.

—Daría igual vivir detrás de una cerca de troncos —dijo—. El viento aumenta su fuerza al pasar por las rendijas de estas paredes.

—Entonces tápalas con algo.

Ella me miró por debajo del gorro que algunas noches ni siquiera se quitaba cuando se metía en la cama a mi lado.

—¿Qué hay aquí para taparlas?

Recorrió la cabaña, examinó nuestras escasas mantas y ropas extra. Abrió el baúl de mi tercera esposa, y yo salté y le aferré el brazo.

—Deja eso —le ordené, pero ella se apoderó de la ropa de cama y los preciosos chales bordados y se deslizó afuera. Oí un momento después el ruido de la tela desgarrada. Volé tras ella y alcé mi brazo con el bastón y en seguida me congelé en esa postura terrible y equivocada. Porque ella se había desgarrado su propia falda para cerrar las grietas, como me mostró triunfante, de ningún modo asustada por mi amenaza.

—Golpea —dijo—. Apenas llegue el deshielo iré a la ciudad y contaré que el pobre Nanapush ha perdido el uso de cualquier otro palo que no sea su bastón.

—Mentirosa. —Bajé el brazo—. Te he dejado exhausta, reconoce la verdad.

—Me he quedado dormida —respondió—, si a eso te refieres.

Entonces fui demasiado lejos.

—Una mujer con el pelo cortado al rape toma lo que encuentra.

La victoria tornó sus ojos más oscuros. Yo le ofrecía un resquicio para su cuchillo. Primero arrojó al suelo las mantas y chales, los tesoros de mi pasado. Luego me recordó quién había estado atado delante de ella, inerme, mirando mientras Lazarre afilaba su navaja. Me recordó cómo había perdido el respeto de los demás y mi hombría, y qué afortunado era de tener una mujer que olvidara semejante vergüenza.

Me alejé de ella.

—Mejor hubiera sido que me cortaran el cuello —murmuré— o a ti la lengua.

Ella se apartó en la otra dirección, echó a andar y pasaron semanas antes de que volviera a verla.

Sin su presencia, no había casi nada que me recordara para qué servía la vida. Me volví demasiado perezoso para alimentarme, dejé que las últimas patatas se pudrieran y me debilité hasta el extremo de que no pude preparar más trampas en el bosque. Para calmar los dolores de mi estómago no busqué alimento; en cambio fumé sauce rojo. Empecé a dormirme en mitad de la lectura. Un día no pude levantarme de la cama; tenía los miembros blandos como el agua y volví a soñar el sueño que había tenido cuando perdí a mi familia.

Yo estaba en un bosque de abetos altos y rectos. Era uno de ellos, uno entre muchos, en ese refugio de la fuerza y la belleza. Bruscamente un violento estampido, un trueno, y todos cayeron como cerillas, yacentes a mi alrededor, en un instante. Yo era el único que se mantenía erguido. Y ahora, mientras me debilitaba, vacilaba y me inclinaba hacia el suelo.

Cuando cesó la nieve a Margaret le llevó una hora reanimarme, y su ira se convirtió en preocupación. Me metió en la boca a la fuerza una cucharada de grosellas del verano anterior, y con su sabor regresó la dulzura de aquellos días. Yo no estaba seguro de que volvieran. El hambre roba la memoria. Aspiré el aire y el aroma de la sopa que Margaret había preparado con los huesos que traía en el bolsillo. Abrí los ojos y te vi; te habían encargado que vigilaras mi rostro para ver si había señales de movimiento. Tu abuela se acercó, con el gran gorro negro en su cabeza, y puso en mis manos el pan recién sacado del horno. Miré cómo mis dedos lo partían y pellizcaban la corteza. Sentí el roce de las migas en mis labios, pero no el sabor. Mi boca había perdido el sentido por la falta de uso. Pero sentí que el pan bajaba a

medida que masticaba y tragaba, lo que seguí haciendo hasta que tuve una pesada bola en mi interior.

Entonces me sentí mejor.

Tú estabas frente a mí, orgullosa, ansiosa de que viera el par de zapatos que tenías atados al cinturón. Eran zapatos de baile de fino charol, brillantes, y parecían caros.

—¿Quién te los ha dado? —pregunté.

Margaret frunció los labios, pero habló con orgullo.

—Eli. Salió el otro día con su perro y encontró el rastro de unos armiños que trataban de esconderse en la cueva de una rata almizclera, y los atrapó esa misma tarde. El tendero le dio veinte dólares. ¿Quieres saber qué nos ha traído? Cincuenta libras de harina, esos zapatos, una manta para mí. Y esto.

Me dio una caja de nácar.

—Pero esos zapatos son demasiado vistosos —agregó Margaret—, así que se los hemos colgado del cinturón a Lulu.

Tú girabas para mostrármelos, unidos por finas correas a tu falda de lana. Estabas tan abrigada que parecías gruesa, aunque tenías la carita pálida y hundida.

—No deberías desperdiciar tu comida con un viejo débil —le dije a Margaret—. Y loco y estúpido. He quemado mi bastón.

Sus mejillas revelaban sombras debajo del gorro. Tenía la piel seca y yo podía ver a través los contornos de su cráneo y su frente arqueada. Me angustiaba su belleza, y más aún por estar tan desvalido. Pero igual me maravillé.

—¿Quién hubiera creído que un cubo para carbón podía dar un aspecto tan delicioso a una mujer?

Se apartó, atareada, pero yo sabía que estaba complacida.

Más tarde esa noche, y muchas noches más, hasta que me recobré suficientemente para ir a Matchimanito, donde vivíamos todos juntos para ahorrar viajes y alimentos, Margaret te hizo un nido de mantas junto al fogón y se acostó en la cama conmigo. Nuestra conversación flotaba hacia arriba en la oscuridad, se enroscaba alrededor del pasado y el presente. Yo sabía que las noches y las respiraciones que nos quedaban eran contadas, pero estaba demasiado débil para aprovechar la ocasión. Le dije:

—Quizá ya no sirva más, después de todo.

Margaret se echó a reír.

—Mientras no te falle la voz, también servirá lo demás.

Eli dejó la bufanda de hermosa tela tejida en casa de Fleur durante muchos días antes de atreverse a seguirla hasta sus manos. Finalmente abrió la puerta de su cabaña y entró. No sé si mantuvo la cabeza baja, como yo le aconsejé, si cayó de rodillas y aferró la falda de Fleur para secarse las lágrimas, si repitió el gesto que había ablandado el corazón de mi Cuentas Blancas hace tanto tiempo.

Fuera lo que fuese, lo que hizo dio resultado y las cosas mejoraron, según oímos decir.

Aquel invierno se abrieron agujeros en el Matchimanito y nuestro pueblo fue a pescar sin preocuparse por el hombre del lago, sin otro pensamiento que la comida. La gente pasaba horas sobre el hielo; esperaban, se daban palmadas, se ocupaban solamente de su hambre y del hambre de sus hijos. Era natural que para apartar la mente de sus propios problemas dirigieran la vista a la orilla y se enteraran de un par de cosas acerca de Fleur Pillager y Eli Kashpaw.

Valía la pena.

La chimenea echaba humo día y noche, pero no se veía a nadie en el patio de la casa de los Pillager. Se oían leves voces, inconfundiblemente humanas, tenues en el cielo helado, que no lograban acallar las gruesas paredes de la cabaña. Estaban cargadas de placer, y oírlas era extraño y maravilloso, dulce como el sabor de la fruta del verano anterior. Envueltos en mantas y abrigos rellenos de hojas y paja, los nuestros se quitaban de las orejas bufandas y gorros de piel y se alejaban, sobre el hielo, de las barreras contra el viento hechas de ramas de pino. El aire hueco llevaba tan bien los sonidos, incluso las risas y los susurros, que permanecían inmóviles, dejaban que el frío penetrara profundamente en sus huesos, hasta que oían la satisfacción del silencio. Entonces regresaban. Algo más reconfortados, se agachaban a recoger los helados cordeles de sus anzuelos.

Primavera de 1918-Invierno de 1919

Payaetonookaedaed-geezis

Sol de la cochinilla

Pauline

Me había abstenido tanto tiempo que, cuando sentí por primera vez el movimiento, no tenía forma de saber desde cuándo contar. Por lo tanto ignoraba cuándo lo tendría. Y como ya me había prometido a Dios, traté de sacarlo de mí, de castigarme, de expulsarlo de mi vientre. Una tarde Bernadette me sorprendió detrás de la casa, mientras apretaba mi estómago contra el mango del hacha. Pero aunque caí una y otra vez contra el palo de madera, hasta que me lastimé, la semilla de Napoleón estaba ya demasiado arraigada.

—¡No hagas eso! —Bernadette corrió a mi lado y me inmovilizó los brazos. Dio un puntapié al hacha y me apretó hasta que dejé de debatirme y caí contra ella. Medio desvanecida, sentí las fuertes tablas de su pecho, su fragancia sudorosa de caballo y su bondad. Comprendí que no me ayudaría a menos que provocara su furia.

—¡No me azotes! —gemí—. Y no me preguntes. Fue Napoleón.

Sus brazos, duras cintas de músculos y nervios, se apretaron, y dijo lo que yo no quería.

—Me ocuparé del niño. —Me soltó, inclinó la cabeza, se sentó sobre la pila de leña y apoyó las mejillas en el hueco de sus manos.

—No —dije.

Alzó la mirada, comprendió.

—Ayúdame —susurré—, seguramente sabes...

—Eso es pecado mortal.

Se levantó, alzó el hacha por encima de la cabeza y la dejó caer tan limpia y violentamente que se clavó en el tajo sin una vibración.

Después planeamos juntas cómo esconder mi situación. Las dos éramos hábiles con las telas y las tijeras, de modo que entre ambas inventamos un vestido encubridor que me permitiría acompañar a Bernadette hasta que mi estado fuera muy avanzado. A partir de ese momento no me aventuraría fuera de la granja. Ella me asistiría, puesto que sus manos sabían tanto del

nacimiento como de la muerte. Pero impuso firmemente una condición: yo no debía volver a tratar de deshacerme de la criatura. Se lo prometí, pero fue más difícil de lo que crees ignorar las ideas que se insinuaban en mi mente. Yo sabía que Moses Pillager, que me había preparado el filtro de amor, prestaba ayuda a las muchachas a las que tales filtros daban demasiado resultado. Combinaba medicamentos con cortezas y raíces molidas. Si yo los hubiera conocido habría purgado mi cuerpo. Pensé en ceñir mi estómago con cuerdas apretadas, en saltar del techo. Sólo la vigilancia constante de Bernadette, las cucharadas de sopa espesa que me obligaba a tomar y la cama que desde entonces me preparó a los pies de la suya, hicieron que mantuviera mi promesa.

Yo conocía el sexo, el nombre.

Marie, decía ella, como la Virgen. Yo sabía más. Era Satán quien me había ensartado con sus cuernos.

Y a medida que crecía, que *ella* crecía, golpeaba con su cabeza fuerte y rodaba y se revolvía como una nutria. Cuando lo hacía, yo sufría tales accesos de odio que lloraba y clavaba mis uñas afiladas en la madera de la mesa.

La otra orden de Bernadette fue que Napoleón no volviera a mirarme. Llevó sus ropas, su violín, sus mocasines y los rígidos zapatos domingueros al establo y le prohibió entrar en la casa. Clarence era el mensajero, el que iba y venía y llevaba a Napoleón el plato de comida que Bernadette llenaba y ponía en el alféizar. Desde la ventana de la habitación del piso alto, yo lo miraba comer sentado en un viejo tocón de olmo en el patio. Agachado, llevaba a su boca el cuchillo de plano. Limpiaba el plato con pan y liaba uno o dos cigarrillos, y luego iba en busca del violín. Al ocaso tocaba rondas y jigas francesas. Esa música, las sierras y los gritos, la incesante alegría oscura que martillaba las paredes seguía y seguía hasta que las orejas me ardían y sentía que se me iban a volar de la cabeza.

Sophie corría afuera a bailar con Philomena. Saltaban y giraban una en brazos de otra, alrededor del abstraído Napoleón. Se volvían más delgadas y alocadas mientras yo engrosaba. La piel de mi vientre se estiró hasta la transparencia. En ese pergamino yo trataba de leer a la niña. Ahora se movía menos, se contenía. Yo pensaba que podría soportar si llegaba pronto. Pero continuaba expandiéndome, una masa de pan leudada que el nacimiento aplastaría. Esperaba el momento y rogaba por él.

Pero no llegaba.

Recaló el verano y todas las plantas vivas se secaron hasta que sólo quedaron el tallo y la simiente. La tierra se endureció. Me hinché a tal

extremo que apenas podía alzar los brazos y me costaba respirar, tenía que luchar contra su peso. Sentí que mis huesos cedían, que mis caderas crujían y se ensanchaban, y entre las piernas un ardor suave y constante.

Bernadette me metió en la cama y me dijo que no me moviera. Desde la ventana miraba a los hombres que cosechaban el último trigo con una máquina alquilada que martillaba, rechinaba y lanzaba al aire chorros de vapor, de modo que no podía descansar ni mantener fija en la mente una plegaria. Y más tarde, a través de los campos muertos, oí el tañido ronco y frenético de las campanas del armisticio, que siguió todo el día hasta que le grité al ruido, lo que no me trajo paz.

Aunque quizá fue una señal, porque entonces llegó el bebé.

Las palabras eran inútiles. Los pensamientos, una tontería. Todas las construcciones de la mente. El tiempo pasaba lentamente porque el dolor era predecible; veloz porque era un pozo desbordado. Una gran bestia me abofeteaba y me echaba sobre su hombro; me sacudía como una madre a su hijo. Me asombraba perder el aliento. Oía mis propios gritos. La voz de Bernadette resonaba en mis oídos y se desvanecía, me decía que hiciera cosas, dónde poner las piernas, cuándo sufrir las humillaciones de su contacto. Me ordenaba contener o exhalar el aliento y, finalmente, que empujara al bebé con toda la fuerza que me quedaba.

Pero para entonces yo había comprendido muchas cosas, me había hundido demasiadas veces, había visto a lo lejos.

Una rama brillaba al otro lado de la ventana, muy sola en la devoradora oscuridad. Si yo daba a luz estaría aún más sola. Comprendí demasiado bien. Sería una proscrita, algo que se deja de lado para que Dios lo use, un ser humano que no puede ser tocado por ningún otro ser humano. ¡Marie! Temblaba por el esfuerzo, me contenía, me reducía a una cosa apretada, redonda y muy negra envuelta alrededor de mi hija para que no pudiera escapar. Me convertí en una gran piedra, una roca debajo de una colina.

—¡Empuja, ayuda! —gritaba Bernadette.

Yo hundía los talones en las sábanas, en el cobertor de rafia, me cerraba y contenía. Pero el bebé se movía, avanzaba hacia afuera. Su voluntad era más fuerte. De pronto me senté y aferré los barrotes de la cama. La engañé; me eché de costado y dejé que pasaran las convulsiones de sus movimientos.

—¡Pequeña estúpida! —Bernadette estaba fuera de sí de miedo y de ira y ahora luchábamos. Yo me mantenía inmóvil y aullaba, y en los intervalos le decía a Bernadette que había decidido morir y dejar que la niña muriera; no llevaría la mancha del pecado original si no respiraba aire.

Bernadette no me dio una bofetada ni discutió con enfado. Apretó los labios. Salió, y yo pensé, confundida, quizá nos ha abandonado. Pero pronto regresó con un rollo de cuerda. También blandía un instrumento hecho con dos cucharas de hierro de cocina, negras, unidas por el mango con alambres. Las puso en la cama. Me ató los brazos a los barrotes, luego me abrió las piernas y ató los tobillos a los pies de la cama por debajo del colchón. Apretó los nudos tanto como pudo y quedé inmóvil. Y cuando los dolores siguientes, y los segundos y los terceros me empujaron hacia arriba tirando de las ligaduras, logró colocar las cucharas alrededor de la cabeza de la niña, arrancarla y traerla al mundo.

Estábamos separadas.

La luz se concentraba en un rincón, la niña lloraba. Oí el llanto agudo y penetrante, una melodía inconsolable. La miré. Estaba sucia, conformada por mí, con todas las profanaciones que había sufrido a manos de Napoleón Morrissey. Las cucharas habían dejado manchas oscuras en las sienes.

—Mira —dije—. Tiene las marcas de los pulgares del diablo.

—No —dijo Bernadette—. Cógela. Ponla en tu pecho.

Pero la niña ya había resbalado, una cosa oscura, y yo no podía soportar la idea. Me aparté.

—Quédate con Marie.

Lo hizo. Y yo me marché de esa casa apenas pude caminar.

En el convento me levantaba todas las mañanas antes que las demás. A esa hora fría y oscura, el aire duro como el hierro, preparaba el fuego, quebraba la costra de hielo de los cubos y luego calentaba el agua para lavarnos y lavar la ropa y para la sopa del desayuno, porque todo lo demás debía hacerse después de las oraciones de la mañana.

La cocina era la más grande que había visto nunca; y aunque un grupo de hombres devotos nos cortaba la leña, nunca había suficiente para alimentarla. El colchón de paja que arrollaba y guardaba al despertarme estaba frío aunque dormía de espaldas al fuego. Tenía las manos desolladas. Y sin embargo me fortalecí. Mis hombros se endurecieron y aumenté de estatura. Podía estar arrodillada hora tras hora. No era un castigo para mí.

«Acepta esto», le pedía a Él cuando por las noches el frío me apretaba entre sus garras y yo temblaba tanto que no podía dormir. «Y esto», cuando me sentaba a la mesa y sólo tomaba la mitad del pan. Si me dolía el estómago:

«Esto también, Señor». Cuando la sangre volvía a mis manos heladas después de recoger las sábanas tendidas, «esto también. Esto. Y esto».

Y Él lo hacía. Yo aprendía. Se desprendían velos de mis ojos. Cada día veía con mayor claridad y me asombraba de lo que Él me mostraba.

Por ejemplo, de dónde venía yo.

Una noche de frío terrible Él se sentó a la luz de la luna en la cocina y me miró y me sonrió mientras derramaba Su gloria y me explicó. Dijo que yo no era la que suponía. Era una huérfana y mis padres habían muerto en gracia; y también que, a pesar de mis rasgos, no tenía una gota de sangre india sino que era enteramente blanca. Él mismo tenía pelo negro aunque sus ojos eran azules como el cristal, y le creí. Lloré. Cuando bajó del fogón, su aliento era cálido junto a mi mejilla. Secó mis lágrimas y me dijo que yo había sido elegida para servir.

Otras cosas. Quedaba perdonada por mi hija. Debía olvidarla. Tenía un plan importante para mí, para el que debía prepararme: descubrir los hábitos y escondites de Su enemigo. Esa idea sólo se reveló muy lentamente. Con el tiempo, a medida que el invierno segaba más vidas y a mí me llamaban del convento a las casas para preparar a los muertos, se me dieron los detalles de Su gran necesidad. Yo no debía volver la espalda a los indios. Debía estar con ellos en silencio y escuchar. Había un demonio en la tierra, una sombra en el agua, una aparición que les llenaba la visión. No había siquiera una grieta en sus mentes donde Él tuviera sitio para morar.

«Los indios», decía yo ahora. Ellos. Ya no *neenawind*, nosotros. Y pronto comprobé que hacía bien. Porque un día, durante la cena, la hermana Anne anunció que la superiora había recibido la instrucción de que nuestra orden no admitiera chicas indias, y que debía presentarme a ella y revelar mi verdadero origen. Cosa que hice. Y la superiora dijo que estaba encantada de que el obstáculo hubiese desaparecido, porque era evidente que yo pertenecía a Su cuerpo místico. No había conocido nunca una novicia tan seria y devota, ni más humilde. Eso me enorgulleció y sonreí.

—Madre querida —dije en voz baja—, soy muy pequeña.

Frunció los labios cuando me miró, arrodillada a sus pies, un áspero montón de huesos.

—Al menos en lo que concierne a tu alma. —Pero luego reflexionó—. Pienso muchas veces en La Florecida, cuando te veo. Dime. ¿Nuestro Señor te responde alguna vez, cuando rezas?

Pensé decirle todo, pero temí que no entendiera bien. Como las lágrimas de Nuestra Señora, que se habían fundido en mi falda, no podían explicarse ni

probarse por completo Sus planes para mí. De modo que sólo hablé de la visita.

—Viene en la oscuridad. Se sienta en la cocina y me habla —dije.

Guardó silencio.

—No se queda mucho tiempo, madre. Dice que hace mucho frío.

Calló largo rato y luego dijo:

—Entonces tendremos que recibirlo echando al fuego algunos leños más.

Pasé una semana en el bosque con un trineo recogiendo ramas y troncos caídos, para pagar por mi imprudencia. Pero ella se apiadó y me permitía alimentar la cocina antes de dormir para que el calor se conservara. Me dio su propia manta, aunque estoy segura de que ella usaba su hermoso manto de lana para dormir. Hubiera sido una terrible penitencia que se revolviera en su cama por el frío. Tuve la tentación de decirle la verdad. Pero advertí entonces que mi sombra se movía cuando yo no, forma en que muchas veces se revela Satán cuando se acerca. Supe así que era el oscuro quien me había susurrado esa idea, y resistí. No le dije nada a la superiora ni le devolví la manta, sino que esperé la luz, esperé a recibir nuevas órdenes de Sus labios acerca de lo que debía hacer con Fleur.

Era ella quien cerraba la puerta o la abría de par en par, el eslabón entre la gente y la criatura de ojos dorados del lago, ese espíritu del que se decía que no era bueno ni malo sino simplemente movido por sus apetitos. Algo similar ocurría también con Él, Nuestro Señor, que evidentemente había hecho más astutos a los blancos, quienes aumentaban de número alrededor y hasta poseían automóviles, en tanto que los indios disminuían, se emborrachaban y tosían hasta la muerte. Estaba claro que los indios no recibían ninguna protección de la cosa del lago ni de los otros manitús que moraban en los árboles, en el bosque o en el espíritu de los animales, tan escasos ya que habían perdido el ánimo y no se apareaban. Tendría que haber un viraje, una nueva conformación, otra puerta. Y era Pauline quien la abriría, así como había cerrado aquel depósito en Argus. No Fleur Pillager.

Una noche tuve una visión.

Estaban en movimiento. Era como había dicho el viejo Nanapush cuando estábamos alrededor del fuego. En su juventud había sido guía de una expedición de blancos para cazar búfalos. Dijo que los animales comprendían lo que pasaba, que se estaban extinguiendo. Contó que cuando se disipó el humo y había animales muertos dispersos por todas partes, tras una jornada de cacería para aprovechar solamente las lenguas y las pieles, las bestias que sobrevivieron se tornaron extrañas. Perdieron la cabeza. Saltaban, gritaban y

se lanzaban a la carrera, pisoteaban las reses caídas y mordían su carne. Hacían todo lo posible para herirse unas a otras, para caer y morir. Trataban de suicidarse. Trataban de matar a sus crías. Sabían adonde iban, veían su fin. Dijo que mientras los blancos dormían, durante toda esa terrible noche montó guardia, y que el gemido era incesante y la llanura estaba viva, un mar vuelto contra sí mismo. Sólo cuando llegó el trueno concluyó la locura. Vio cómo los espíritus de los animales desaparecían entre los continuos relámpagos.

Yo vi lo mismo. Vi la gente que había vestido, los muertos de gripe y de tisis cuyas manos había plegado. Viajaban, cojos y encorvados, con el pecho hundido por la sangre que habían tosido; se reunían y seguían un camino diferente. Un nuevo camino. Vi cómo algunos arrastraban a otros en angarillas. Vi a sus hijos no nacidos colgando inertes o atados a la espalda, o empujados hacia delante para que encontraran el mejor lugar cuando las grandes puertas brillantes, hechas de aire y oro, giraran sobre sus goznes engrasados, silenciosos, y dejaran entrar a todos.

Allí estaba Cristo, por supuesto, vestido de blanco fulgurante.

—¿Qué haré ahora? —pregunté—. Te he traído tantas almas.

Y Él me dijo suavemente:

—Busca más.

Eso es lo que yo me proponía cuando fui a visitarlos con mi red de conocimientos. Él me dio la misión de nombrar y bautizar, de reclutar almas. Sólo que debía darme a mí misma a cambio, debía disolverme. Lo hice sin vacilar. Nada dejaba atrás, nada tenía que adquirir, salvo lo que iría a parar a Sus manos. Yo pasaba fácilmente por el ojo de una aguja. Y una vez que estuve del otro lado fui a la cabaña de los Pillager.

Desde fuera no sabía si sufrían. Los troncos estaban bien ajustados y el techo era seguro. El humo de la leña de la chimenea subía en el aire quieto y frío. Me acerqué a la puerta y golpeé con suavidad. Ahora vestía de novicia, con polainas y gruesas lanas grises. Tenía el pelo parcialmente oculto, una cruz de madera de mirto colgada del cuello y un rosario de metal forjado en la cintura.

Fleur abrió la puerta, me miró y se echó a reír. Tenía la cara demacrada por el hambre. Le cubría el pelo una bufanda blanca y sus pendientes de plata ardían al sol. Aunque muy delgada, sobrevivía. Quizá tenía algunas calabazas guardadas en el sótano, o un saco de patatas, quizás era gracias a Eli. Algunos

decían que había regresado y otros que había desaparecido. Tal vez él sabía cómo encontrar en el bosque la última caza.

—Ahora eres santa —dijo Fleur, y se llevó los dedos a los labios. Vestía una blusa negra de lana, una falda pesada como una manta y llevaba un chal castaño de punto alrededor de los hombros. El bebé que esperaba estaba muy bajo.

—¿Puedo entrar?

Volvió su cara de fuertes huesos a la oscuridad de la cabaña y alzó las cejas.

—Una Morrissey llama a mi puerta —dijo.

—No soy una Morrissey —dije con asombro. Luego pasé a su lado, traspuse el umbral y pisé el suelo de tierra que Fleur había barrido y cubierto con pieles. Me quité las botas de finas suelas y me senté cerca del fogón.

—¿No tendrías algo de comer...? —dije. Me esforcé por controlar la voz. Eso era lo que Él recomendaba. Humildad. Me volví y saludé al hombre en la sombra, Eli Kashpaw. Él no hizo el menor movimiento. Tampoco Fleur, ni hacia la tetera ni hacia el armario. Se ajustó el chal y se cruzó de brazos.

—Y ahora esta chica pide.

Puse las manos en el regazo. ¿Quién podía estar seguro de lo que sabían o no sabían? ¿Qué rumores habían oído?

—No tengo familia —dije, bajo Su guía—. Estoy sola y no tengo tierras. ¿Qué podía hacer sino ir con las monjas?

Fleur y Eli callaban. En la cama se sacudía un montoncillo de mantas. Era Lulu, enroscada como una rata, soñando agitada.

—¡Si tan sólo tu hija no conociera nunca sufrimientos como los míos! — Su indiferencia era tan completa que sentí pena por mí—. Sólo vosotros habéis sido buenos conmigo.

—No es verdad —dijo Fleur—, también los Morrissey. —Se quitó el chal y me mostró el cráneo cubierto de pelo muy corto.

Había sido una estúpida. No se me había ocurrido que me echaran la culpa de eso.

—Me harté de los Morrissey —dije. Fleur volvió a ponerse el chal—. O por lo menos de todos con excepción de Bernadette. Fui al convento porque no podía soportar a esos hombres. —Entonces llegó la inspiración. Bajé la voz—. Napoleón, el viejo borracho, intentó aprovecharse de mí, me golpeó y me arrojó al suelo en el establo. Me marché porque no iba a poder defenderme todo el tiempo.

Fleur estudió mi cara con sus ojos duros y luego la diversión la inundó y se volvió sonriente hacia Eli, que fingía estar ocupado reparando una olla.

—Eso te parece divertido. —Hice que me temblara la voz.

—Simplemente me acordé del bebé de tu parienta —dijo Fleur—, el que trajo a casa Bernadette. Es un bebé ágil y fuerte. Pero no parece cristiano.

—No sé nada de ella —respondí con precipitación—, cuéntame.

—Sabes que es una niña —Fleur sonrió—. Tiene la boca Puyat, inclinada hacia abajo en los extremos. Sólo que su boca nunca ha dicho mentiras.

Con todo, Fleur me perdonaba, me ofrecía un flanco descubierto. Me permitió que me sentara en el sitio más caliente y me dio pan de cebada. Pero tal vez sólo estaba fatigada y preocupada únicamente por los que debía cuidar, su hija Lulu, Margaret, e incluso ese viejo pagano, Nanapush.

Por causa de él padecí tormentos.

Si estaba allí los días de invierno en que yo iba de visita, trataba de levantarme los hábitos con su bastón para ver lo que llevaba debajo. También quería ver mi cilicio e insistía continuamente aunque yo le dije muchas veces que no usaba. Pero por fin, harta, reconocí que me había hecho ropa interior con sacos de patatas, y que su aspereza me recordaba el sacrificio de Cristo. Eso le encantó y lo alentó. Preguntó cómo estaban cosidas esas prendas y si debía quitármelas para las necesidades menores. Después de pensarlo sugirió entre burlas y veras que tal vez me gustaba secretamente el roce de una tela áspera contra mis muslos.

—Como la barba de un francés —creo que le oí murmurar.

Respondí con voz alta y clara:

—El sufrimiento es un regalo para Dios. He dado todo lo que poseía. Sólo me quedan el placer y la comodidad de mi cuerpo, y ésta es la última perla que ahora doy al Señor.

—Una perla inapreciable —dijo Nanapush, de acuerdo o en desacuerdo, apoyado en su bastón. Tenía el largo pelo blanco atado con un lazo rojo, y la cara surcada y pulida; una nariz de halcón y pómulos altos y anchos que la vejez había vuelto salientes. Marchitaba su boca la falta de dientes y estaba encorvado, pero no era difícil imaginar que había sido en un tiempo tan guapo como la gente decía, con arte para satisfacer a sus esposas. Desplegó su sonrisa desdentada.

—¿Y qué hay del fruto inapreciable? —preguntó luego—. ¿Ése también lo has dado?

Respondí severamente:

—Te refieres a Cristo. Está en nosotros, es el fruto del vientre de la Virgen.

—No —dijo, inclinándose hacia mí con el ceño pérfidamente fruncido—. Ese fruto no. La cereza^[1].

Pretendí no comprender la jerga de vagos y traficantes de whisky que Nanapush había aprendido durante su vida.

—Acaba con eso —dijo Margaret, desde atrás de la silla del anciano, blandiendo una cuchara. Era suficientemente devota para no permitir bromas sobre asuntos de la iglesia en su presencia. Pero el demonio no se arredraba.

—No comprendo —dijo—, volviendo a las perlas...

Margaret parecía saber adonde iba.

—Las perlas de un anciano lo atormentan. Lo sabemos. —Lo golpeó suavemente con la cuchara y se apartó, mientras se ajustaba el gorro negro que usaba incluso bajo techo.

—De veras atormentan esas grandes cebollas. Me hacen llorar.

Cuando regresó ella traía un plato en la mano, un guiso hecho con una perdiz de invierno que era puros huesos. Contenía finas tiras de carne, médula y algunas raíces. Perfumaba la habitación y su fragancia llamaba al cuerpo aunque era principalmente agua.

—Lo mismo daría cocer ramitas —dijo Margaret mientras lo ponía frente a Nanapush.

Le dio el plato siguiente a Eli y luego uno a Fleur, que le dio la mitad a Lulu. Quedó un poquito que me dio a mí. Lo tomé sin ver que no había guardado nada para ella.

Nanapush le ofreció su plato casi lleno a Margaret, que tomó una cucharada y se lo pasó a Fleur, cuyo plato había limpiado Lulu.

—Comí mientras cocinaba —dijo Margaret. Miró a Fleur, en estado ya muy avanzado, demacrada, y a Lulu, que comía con voraz dedicación, chupaba los huesecitos y se lamía los dedos—. Nosotros los viejos no necesitamos mucho, porque tenemos demasiada amargura en el estómago.

Nanapush era lo bastante astuto para desconcertarme con sus preguntas sin tregua ni límite. Me acorralaba cuando pasaba por delante de su casa para ir a ver a algún enfermo o cuando iba a visitar a los Pillager. Nadie me defendía, aunque eran por lo general corteses. Parecían saber instintivamente lo que me había dicho el Señor desde Su trono en la cocina. Me trataban como si fuera blanca. La mayor parte del tiempo me ignoraban. Cuando me dirigían la palabra casi siempre hablaban en inglés.

También compartían las bromas secretas del anciano.

Una tarde Nanapush estaba allí cuando entré, y por supuesto reparó en el ingenioso recordatorio de la prisión de Cristo que yo había imaginado: ponerme los zapatos al revés.

Señaló hacia abajo con su pipa.

—Dios ha convertido a esta mujer en un pato —dijo.

Todo el mundo atendió, curioso. Yo escondí los pies debajo de mi hábito pero Lulu, naturalmente, vigilaba de cerca y miraba llena de excitación cuando yo me movía. Caminar era bastante más incómodo y difícil de lo que parecía. Me dolían los pies, cojeaba y tenía dolorosas llagas. Escondía estas marcas de las demás monjas. Pero cuando tenía la tentación de ponerme los zapatos al derecho recordaba el último viaje de Cristo, con sus pies desnudos sobre las piedras, y las heridas de los clavos.

«Acepta esto», rezaba para mis adentros mientras Nanapush se burlaba de mi andar vacilante. Lanzaba una pregunta tonta tras otra y por fin triunfó sobre mi resistencia.

—¿Usaba Jesús la sandalia derecha en el pie izquierdo?

—No. No lo hacía.

—Entonces ¿por qué lo haces tú?

—Sufro por Él como él sufrió por vosotros —respondí—. Yo uso así mis zapatos para mortificarme. —No agregué que sólo lo hacía cuando estaba fuera del convento, porque la superiora no alentaba mis penitencias habituales.

Nanapush guardaba silencio como si meditara; luego habló.

—No te pareces a ninguna otra persona. —Por una vez, el tono de su voz era serio y reflexivo. No pude advertir la menor huella de desdén oculto. Continuó—: Quizá seas la mujer menos común que he conocido.

Era una tontería sentir algún destello de esperanza por él, pero era viejo, y quizá su alma se acercaba al momento de la cosecha. Por lo menos yo debía tratar de agregarla a mis tesoros.

Respondí sencillamente:

—Algunos son llamados.

—Ésa es la verdad —dijo Nanapush, golpeando el bastón contra el suelo con súbito entusiasmo—, y por eso eres tan diferente. Lo he observado.

Me permití sentir modestia. La tentación del orgullo era abrumadora.

—¿Qué has observado, tío? —pregunté.

—Una cosa —dijo Nanapush con gran convicción—. Tú nunca tienes que atender la llamada.

—Oh, sí —respondí, confundida—, debo atender a cada una de Sus palabras.

—Entonces él nunca te llama a aliviarte.

Abrí la boca. Nanapush dijo eso último en la vieja lengua, y las palabras eran fuertes y vulgares.

—He observado que pasas aquí todo el día —continuó— y nunca vas a la letrina.

Era verdad, y yo estaba avergonzada y furiosa. Esa mina desdentada había descubierto mi práctica más secreta: yo sólo me permitía cumplir esa función en dos momentos del día, a la madrugada y al ocaso. Nadie lo había advertido en el convento. Y nadie se lo había informado a la superiora, como ocurrió cuando me puse la toca llena de alfileres y cuando llevaba una cuerda al cuello para recordar que no debía traicionar al Señor como Judas.

—Boca podrida —le dije, sin poder contenerme—. ¡Ojalá el demonio te descuartice y eche los trozos a la sartén!

Parecía horrorizado; pidió excusas y con una fea expresión de mansedumbre se deslizó por la puerta. Era una actitud insólita en él y pensé que quizá yo había estado ruda e injusta. Pero como se vio más tarde, debería haber ido aún más lejos, porque él esperó que me calmara y se mantuvo al acecho durante una semana. Esperaba el momento.

Una tarde yo regresaba de cuidar a un enfermo, y no había bebido nada en todo el día para aguantar mejor las últimas horas. Después de comer a mediodía encontraba difícil fijar mi mente en otra cosa que el consuelo y el alivio del ocaso. Conseguía mantener la calma durante las horas de sol mediante la plegaria y una feroz concentración. Tenía buenas razones. Él había sugerido que podía ganar la vida eterna si nunca rompía mi promesa y no visitaba el aseo por tercera vez. Era un duro yugo, aunque hasta el momento no había fracasado. Pero la falsa amabilidad de Nanapush me sedujo, porque había preparado una infusión de sasafrás y le había puesto azúcar.

Azúcar. Cuánto nos gustaba a todos.

El tiempo era frío y amenazante. La cabaña estaba caliente, el aire húmedo y perfumado por la corteza color bronce que Nanapush había recogido y hervido. También preparaba una sopa de rata almizclera y maíz, que me llenaba los ojos de lágrimas de deseo. Bebí el té. El líquido dulce y caliente provocó en mi boca una sensación vivísima, insoportable. La espera había sido larga, yo no había dormido y, reconfortada por aquella maravillosa dulzura, me sentí soñolienta. Oí a medias el relato de Margaret sobre las

antiguas costumbres de la gente de su clan. Antes de caer en la cuenta, había acabado la primera taza y la segunda y después no hice sino beber y escuchar. En un momento dado Nanapush empezó a hablar. Todavía había luz fuera: faltaban unas dos horas para el ocaso. Había aprendido a calcular con exactitud las tardes de invierno. Me estaba fortaleciendo para el verano y sus tardíos crepúsculos.

—Mi historia es ésta —dijo Nanapush—. Una vez hubo una lluvia ligera. Caía gota a gota en la cabeza de una chica. Yo aparté mi taza de mala gana. Me sentía incómoda y comprendí que debía dejar de beber. El anciano continuó.

—La lluvia aumentaba. Empezó a formar líneas. Todos saben cómo silban las gotas cuando caen sobre el lago. Así caían. Caían y caían. Un chubasco. Y entonces la chica empezó a flotar. Estaba en medio de una inundación que la arrastraba alrededor de la tierra hasta que por fin vio algo que sobresalía de las olas. Nadó y se aferró.

Margaret se echó a reír. Fleur escuchaba soñolienta, acurrucada contra Eli. Lulu estaba sobre las rodillas del anciano. Afuera la luz parecía más brillante. Maldije todo ese cuento sobre el agua y empecé un rosario para mis adentros. Pero vi el triste misterio de Cristo en Getsemaní. Él lloraba a mares y yo no podía dejar de oír la voz de Nanapush. En la vieja lengua hay cien formas de describir el agua y él las usó todas: su dirección, su color, su fuente y su caudal.

—El objeto sobresaliente le habló a la chica y le dijo que si seguía sobresaliendo y la salvaba, ella debería hacer después lo que él quería. Y ella estuvo de acuerdo.

—Por supuesto —dijo Margaret, tendiéndole los brazos a Lulu—. Ven aquí. —Trató de distraer a la niña, pero Lulu escuchaba con gran interés.

—El agua subía —dijo Nanapush.

Hablaba en voz tan baja que lo miré con suspicacia, pero él parecía completamente concentrado en su narración.

—Trepó hasta los tobillos y luego hasta las rodillas. Más y más por debajo de su falda. Luego llegó hasta su cintura.

Esto me afectó de manera desagradable y moví los pies para distraerme. A medida que el agua del cuento subía, mis pies se movían más.

—Una maravilla —dijo Nanapush, deteniéndose bruscamente—. Este pato sabe bailar.

—Toma un poco más de té para calmarte —dijo Margaret.

Pero yo me quedé inmóvil y no aflojé el control, ni siquiera el de mi voz.

—El agua —continuó Nanapush— pronto le cubrió los pechos, luego se elevó lentamente hasta el mentón. Allí se detuvo.

—Y luego volvió a bajar —dijo Margaret, sin pensar en Lulu—. Ya lo sabíamos. Bajó hasta que quedó a la vista la cosa sobresaliente.

Nanapush fingió que se desabotonaba los pantalones. Fleur le pidió que continuara, Eli se echó a reír. Margaret le cubrió los ojos a Lulu, que le apartó la mano.

—Era de un antepasado mío —dijo Nanapush— y había llegado el momento de que la chica cumpliera lo que había prometido... —Se inclinó hacia mí, susurrando como para que la niña no pudiera oír.— Y entonces se acoplaron hasta que sus partes echaban humo.

Me miré los puños. No me atrevía a moverme. Ahora sabía que el té y el cuento formaban parte de un plan. Satán se lo había sugerido y me había enviado deliberadamente a Nanapush para que pusiera a prueba mi resolución. Estaba decidido a impedir que yo alcanzara la gloria en presencia de mi Salvador, en el cielo, donde se acabarían para mí las humillaciones terrenales como la que ahora sufría en cada músculo y en cada rincón de mi mente. Me esforcé por convertirme en un bloque de hielo, por pensar en campos secos y en el polvo del camino, por pensar en Él y en Su amor especial a los mártires. Murmuré rosarios entre dientes para cerrar el paso a las palabras de Nanapush. Pero no pude evitar la visión de lo que sacó del bolsillo.

—Nueve meses más tarde —dijo—, vino al mundo un niño.

Entre los dedos sostenía lo que los hombres en Argus llaman un preservativo. Empezó a llenarlo de té de sastrás con la tetera.

Ante mis ojos, la delgada película se hinchó y se alargó. Yo estaba mareada, estremecida de pies a cabeza y gemía en lo más profundo del pecho.

—Era el hijo de la inundación y no era nada más que agua —continuó Nanapush—. Pasó el tiempo y el niño creció. La piel se le volvió más tirante.

Nanapush vertió un poco más de té.

Los demás aullaban y se mecían. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. El preservativo se hinchó espantosamente. ¡La vida perdurable! ¡La paz eterna! Traté de mantener la mente pura e inflexible.

En ese momento el preservativo reventó y una ola se derramó sobre la mesa bajo la divertida mirada de reproche de Margaret.

En un empapado segundo dije mil plegarias. Me lancé hacia la puerta agazapada, a la carrera; no me importaba si fracasaba en la prueba y ni

siquiera si debía soportar durante un millón de años la risa del diablo, siempre que pudiera aliviarme.

La voz llena de falsedad del anciano resonaba en mis oídos.

—¡Para secar un saco de patatas mojado debes sacarlo al sol! ¡Vuelve! ¡Escucha a un anciano! ¡Sólo te lo digo por tu bien!

¿Cuántos días de purgatorio? ¿Cuántos días de alegría? En mi vida, Dios medía estos últimos con una cucharilla para el té. En el convento se me estropearon las manos. Tenía los nudillos hinchados y cubiertos de costras. Mi rutina era a la vez fácil de seguir y durísima, porque me impuse nuevos límites. Por la noche, no me permitía agitarme ni volverme en busca de comodidad, sino que dormía sobre la espalda, los brazos cruzados sobre el pecho, en la misma posición en que la Virgen recibía las atenciones de nuestro Señor. Cuando despertaba salía a romper el hielo de los cubos. Usaba la mano, no una cuchara. Sólo bebía agua caliente y comía una finísima rebanada de pan a menos que la superiora me obligara a aceptar la suya. Yo no podía rechazar ese regalo y robar así una joya en el reino de su alma. Llenaba de abrojos los sobacos de mi vestido y mis calcetines, y de ortigas el cuello. La superiora me obligó a ponerme los zapatos al derecho, pero me dejé crecer las uñas hasta que me dolía caminar y cada paso me recordaba Su camino al calvario. Y como Él me lo había pedido, no cedí en mi resolución.

Algunos santos soportaban las tenazas al rojo o el alquitrán ardiente. Algunos fueron destrozados por leones o, como Perpetua, arrojados bajo los cascos frenéticos de una vaquilla enloquecida. Y santa Cecilia sobrevivió a su propia decapitación y san Blas fue peinado hasta la muerte con un rastrillo de hierro. San Juan de la Cruz pasó un año encerrado en un armario y fue casi devorado por sus propios piojos. Santa Catalina giró y giró. Esos martirios eran previsibles. El mío adoptó otra forma.

La vergüenza. Me dije que debía aguantar a Nanapush. Si se escribiera la historia de mis sufrimientos, debería decir que nunca vacilé, nunca me abandoné a la furia, sino que traté con la mayor paciencia de rescatar su alma del cubo de basura. Para hacerlo era necesario que aceptara sus burlas y sus ofensas. Los sacos de patatas que usaba debajo de mi vestido de lana olían mal, lo sé. Nanapush se pellizcó la nariz y aulló cuando llegué un día a casa de Fleur.

—¡Quítatelos y sécalos al sol como te dije!

El frío era terrible y cortaba como el cristal pero aún así se negó a dejarme entrar en la cabaña de los Pillager.

—Vete, vete —dijo—. Cada vez te pareces más a los blancos, que nunca se lavan.

No lavarme era una de mis penitencias, porque oler bien es una dulce vanidad. Sin embargo, Dios no hace distinciones. Prefiere un alma buena que huela como un queso a una mala y perfumada con mirra y esencia de rosas. Mi olor acre era el aroma que exudaba mi alma, el hálito de la devoción.

—Oh, déjala entrar —dijo desde dentro Fleur con voz cansada—. Calentaré un poco de agua. —Oí ruido de ollas.

—Esos calzones que usa se le caerán a pedazos —murmuró Nanapush. Me miró con furia, se puso la chaqueta y salió, siempre cubriéndose la cara con la mano. La niña lo persiguió unos pasos por el patio y luego regresó.

—Trae un poco de nieve —dijo Fleur. Le dio un cubo a Lulu y luego, en el vano de la puerta, absorta, se pasó la mano por el vientre redondeado. Después volvió a moverse. Margaret había pedido a Eli que ayudara a Nector a cortar y llevar al hombro una carga de leña para vender. Los acompañó para cerciorarse de que conseguían el mejor precio. Estaban reuniendo dinero para pagar, al final de la primavera, la contribución por las tierras de la familia. Como todos habían salido, no me importó desnudarme, aunque traté de cubrirme pudorosamente con una manta.

—Todos estamos flacos este año —dijo Fleur, tirando de la manta. Yo traté de sostenerla y sólo conseguí que ella tirara más hasta que empezó a luchar conmigo, fastidiada, para meterme en el agua. Me arrancó la ropa interior que yo misma me había hecho, arrojó la camisa y los calzones a una olla de hierro con agua hirviendo. También había calentado agua en una olla más pequeña y en dos grandes latas de queroseno que derramó en la tina junto con la nieve. Puse los pies en el agua caliente.

—No te sientes todavía —dijo Lulu. Me encogí bajo su mirada. Era una cosita autoritaria, una niña extraña, vana, demasiado inteligente. Vertió agua caliente sobre mis piernas. Los zapatos de charol que tenía colgados del cinturón se movían suavemente. Yo debía de estar hipnotizada, calmada por su brillo, porque en ese momento me abandoné, cerré los ojos y decidí no oponerme a la práctica de la ternura súbita de Fleur. Era como aquella noche que me había llevado al armario de Fritzie y me había acomodado entre los cartapacios. Me rendí. Pero no acepté la toalla ni el cepillo que me pusieron en la mano. Yo me había impuesto la norma de no tocarme nunca, no rascarme ni frotar un músculo dolorido, no lavarme. No podía romper mi

promesa a pesar de la exasperación de Fleur. Dejé que se llevaran mis ropas al patio y las tendieran sobre un pequeño fuego de salvia que ardía lentamente. Luego Fleur me lavó, pero me obligué a no sentir ningún placer. Me senté en el agua, sentí su calor como un vivo peligro, pero lo olvidé. La niña me jabonó la espalda y me frotó hasta que desapareció el insoportable escozor de la tela basta. Extendí la mano. Me lavó los dedos uno por uno. Fleur cortó con un cuchillo las uñas demasiado crecidas. La niña lavó las llagas y lastimaduras que habían dejado los abrojos y las ortigas. Desalojó las invisibles hebras urticantes que se me habían hundido en la piel. Fleur derramó una jarra de agua caliente sobre mí y luego empezó a lavarme el pelo y la cabeza. Era tan terrible, tan agradable, que abandoné al Señor y todas Sus reglas y pedidos especiales. Creo que me dormí, perdí la conciencia y dejé que el agua me recorriera y que las manos en mis caderas, mi cuello, mi espalda, mis pechos, debajo del mentón y alrededor de mis pies quebraran mi resistencia.

Había silencio entre las órdenes de Fleur, como si todavía siguiera escuchando de aquella manera extraña, absorta. Se encendió la lámpara. El anochecer llegó rápidamente y cuando estuve limpia y seca fui a la letrina. Fleur había arrojado al bosque mi ropa interior, que se había deshecho en el agua hirviendo. Me dio sacos de harina, lujuriosamente suaves. El hábito abrigaba mi piel abierta y el aire frío penetraba por los poros de mis manos y mi cara. El viento era como un elixir que me hacía irreflexiva y serena. No sentí recelo ni fervor. Me purifiqué y luego, muy silenciosamente, volví.

Vi en seguida la sangre, una manchita brillante donde ella había dejado la bañera de metal después de vaciarla en el patio. Había más en el camino a la casa y en el interior. La lámpara brillaba en la mesa y Fleur estaba echada en la cama, envuelta en mantas, y Lulu a su lado, nada asustada.

—Oye —me dijo con voz firme—. Ve al cuarto donde guardo las plantas y trae aliso. Prepárame un cocimiento.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Demasiado pronto —respondió—. El aliso puede detenerlo.

De modo que dejé a la madre y a la hija y fui al cuartito repleto de hojas y raíces envueltas, paquetes de corteza, así como trigo molido, bellotas, arroz del lago, apretadamente envueltos en corteza de abeto. Eran los alimentos que guardaban para el invierno, lo sabía. Con la prisa los arrojé al suelo, donde se rompieron para las ratas. Pero yo estaba temblando, y no podía recordar la forma de la planta aunque era de uso corriente para las hemorragias.

—¿Cómo es? —pregunté.

Ella gritó, impaciente.

—¡Tú sabes! En el ángulo, envuelta en una tela marrón.

Oí crujir la cama, sus pies en el suelo, los pasos que dio antes de detenerse. Volví a oír el ruido de la cama y supe que no se atrevía a moverse.

Puse la lámpara en alto. Había plantas y plantas. Algunas eran ahorquilladas como las piernas de un hombre y otras estaban enrolladas en forma de bola. Algunas estaban envueltas en cañas y otras, recogidas en los bosques o en la orilla o en el fondo del lago, descuidadamente esparcidas. También Bernadette tenía medicamentos. Pero todos estaban en botellas con etiquetas, casi siempre compradas en la tienda. Alargué la mano y pensé: ¿Qué puedo hacer? Dímelo, Señor. Revolví entre esas cosas secas y no sé cuál me llevé.

Ella se esforzaba por respirar regularmente, tratando de no mover un músculo, cuando volví a la habitación. Había más sangre, esta vez en las mantas y en el suelo, en el sitio donde se había puesto de pie.

—¿Lo tienes? —dijo.

Sólo pude asentir. Lulu se estaba poniendo el abrigo.

—Voy a buscar a la abuela —dijo, dándose importancia. Dejé caer la planta seca en la olla de agua y no dije una palabra cuando la chica se puso esos zapatos finos y vistosos y salió, muy decidida y complacida consigo misma, a la carrera.

Fleur tenía los ojos cerrados. El color había desaparecido de su cara. Yo conocía esa expresión y estaba fascinada, en éxtasis, como cuando aguardaba junto a la cama de un enfermo o un moribundo. El chal brillante era apenas más claro que su frente, y sus pendientes estaban ocultos y opacos. Me dijo que buscara musgo para contener la sangre, que hirviera trapos y trajera un pequeño paquete de cuero y algunas otras hojas.

—Esto va demasiado rápido —dijo, en voz un poco más alta.

Me aparté de ella, hurgué en el armario, volqué el agua escaldando mi propia pierna y tuve que volver a hervirla. No sé por qué el Señor se apoderó de mis miembros y los entorpeció, pero debía de ser Su terrible voluntad. Yo jamás me había conducido así en presencia de la enfermedad desde que Bernadette me había enseñado. Pero no podía mover como debía los brazos, las manos, los dedos. En la cabaña sólo se oía el ruido acompasado de la cama y la respiración contenida de Fleur.

—¡Cuándo llegarán! —murmuró después de cierto tiempo, y luego—: ¡Ven aquí!

Acudí a su lado, temblando, tropezando contra mis propios pies. Ella me aferró los brazos y me clavó los dedos, unas garras de oso. Habló junto a mi cara, los ojos hundidos y ojerosos y dijo no y siguió diciendo no una y otra vez mientras el bebé se deslizaba de su cuerpo. Entonces me soltó el brazo con violencia y yo huí a través de la habitación. Vi que se levantaba con un gran esfuerzo, recogía al niño ensangrentado y luego sacaba de su vaina el cuchillo colgado al lado de la cama. Cortó el cordón, insufló aire en la boca del niño y le frotó la piel hasta que cambió su muerto color gris. Cuando lloró, lo apretó estrechamente contra sí, y lo abrigó con su camisa. La oí respirar, reunir sus fuerzas, ponerse de pie vacilante, ir al cuartito de las medicinas y luego a la cocina, donde ralló una raíz, vertió agua sobre las raspaduras con terrible paciencia y añadió un polvo de abejas secas y molidas. Hirvió la mezcla, se sentó en el suelo, sostuvo al niño contra ella y bebió. Dejó enfriar en la boca parte de la medicina y trató de dársela al bebé. La lámpara se estaba apagando y ninguna de las dos se movió para llenarla. Pensé que quizás había muerto, apoyada contra la pared; pero un rato después se irguió sobre las tablas. Yo estaba inmóvil, sumida en la plegaria.

Se acercó, grande y oscura como un árbol.

Oh, Dios, que has querido manifestarte a través del cuerpo de una mujer, a través de mí. Oh, Dios, que me has atado las muñecas y los tobillos, Señor y Autor de todas las Mentiras, oye a Pauline.

Vi que ella se moría a pesar de las medicinas, a pesar de todo lo que yo pudiera hacer, de todas mis plegarias. Y el bebé se iría con ella. El silencio duró tanto tiempo que se convirtió en una amenaza y luego en una certidumbre. Y ella me llevaría también consigo. Yo estaba paralizada. Fleur apretó el brazo alrededor del bulto de su camisa. Alzó el otro brazo. Sin embargo, no la vi. Yo estaba deslumbrada por el oro de los ojos inquietos de la serpiente. Tenía la cara oculta como por una capucha. La habitación estaba tan oscura que no podía verla; sólo oí el susurro del cuchillo y abrí las piernas. La hoja se clavó en la madera a través de varias capas de lana y algodón.

Así pasamos la noche juntas y prisioneras.

El fuego de la cocina se apagó, la luna apareció detrás de una nube. La lámpara se reavivó por un instante y vi que Fleur iba hasta la puerta, la abría, salía. Un torbellino de neblina bajó, subió y, cuando me aparté, el cuchillo cayó entre mis muslos. La seguí como había hecho en Argus, arrastrada contra mi voluntad. Ella estaba descalza y sin abrigo. Mis ropas eran gruesas y estaban recién lavadas. Sin embargo, tenía frío. La costra helada de la nieve

me cortaba los tobillos a través de los calcetines y el viento me clavaba agujas en la cara. Pensé en volver, pero en ese momento los árboles se quejaron y gimieron, cubriendo casi los gritos del bebé, y apresuré el paso para saber si viviría. Vislumbré sus vagas formas azules mientras caminaban por el sendero al borde del lago, que luego se ensanchaba alrededor del pueblo y se dirigía hacia el oeste.

Yo había estado en todas partes en la reserva, pero nunca antes en ese camino, extraño porque era tan ancho y estaba tan furiosamente pisoteado que la nieve se había convertido en duro hielo. Fleur arrancó de un árbol dos trozos de corteza, se los ató a los pies con una tira arrancada de la falda y yo la imité. Desde allí en adelante seguimos a ritmo rápido, las piernas fuertes e incansables. No había debilidad en ninguna de las dos. Ni miedo. El frío había desaparecido. Patinábamos con nuestros zapatos de corteza, flotábamos en el sendero helado con otros indios. Era raro que hubiera tantos y que todavía estuvieran hambrientos. El agua rezumaba por los torrentes y todos quebraban ramitas a lo largo del camino para tener algo que masticar.

Nos deslizábamos hacia el oeste en un crepúsculo permanente. Pasamos junto a inmensos océanos oscuros de búfalos en movimiento y no había ningún campo arado; sólo la tierra como era antes. La hierba era alta y oscura en algunas partes, y estaba protegida de la nieve. Más adelante la nieve estaba apilada en largos muros bajos, o había sido barrida. No había cercas, postes, cables, huellas. El camino por donde andábamos era la única señal de humanidad, como lo era también su destino, que sólo conocí cuando apareció.

Los que habían padecido hambre, habían bebido y se habían congelado, los que habían muerto de la tos, toda la gente a la que yo había bendecido, lavado y vestido, estaba allí. El camino terminaba en un gran espacio de nieve poco profunda. Del otro lado se veían los fríos fuegos verdes de su pueblo. Pasaron caminando mi madre y mi padre. Yo escondí la cara. Quería tocar el hombro de Fleur, pedirle que regresáramos, pero ella se dirigió a la hoguera más próxima y se detuvo fuera de un círculo de personas. Estaban amontonados y miraban una partida de cartas. Tres hombres jugaban.

Yo los conocía a todos.

Lily, encorvado, demacrado, con los ojos rojos hundidos y rodeados de piel oscura. Tor mordía su puro, y Dutch James, ¡pobre Dutch!, lo que quedaba de él, aferraba las cartas con los tres dedos de su única mano. Grises y tristes, los hombres parecían todavía medio helados. Tenían las manos blancas y desolladas y el pelo colgaba de sus cabezas como en estalactitas. No repararon en nosotras, pero otros de los que miraban, indios, se volvieron para

contemplar a Fleur con ojos duros y brillantes. Allí estaba Jean Hat, con el pecho todavía aplastado por el carro. Y Many Women, chorreando al salir de la bañera. Y Lazarre, que gesticulaba con violencia y se golpeaba el corazón reventado.

En el cielo de los chippewas se juega con lanzas de madera y piedras redondeadas. Se juega con tabas de venado, unos huesecillos marrones, cartas, dados y dientes humanos. Alrededor de los jugadores se amontonan trocitos de cobre, botones de hueso, anillos de hierro y monedas y billetes de dólar. A veces hay también jarras de whisky, más puro y fuerte que el de aquí.

Juegan para emborracharse o de pena o para perder la cabeza. Juegan para entretenerse, como penitencia, y a veces por almas vivientes.

Fleur avanzó entre la multitud.

—Quiero jugar —dijo.

Allí estaba todavía el perro, sólido pero algo más flaco en este mundo. Saltó con vivacidad al regazo de Lily, se estremeció. El juego era poker cerrado, el favorito de Lily, con los valets de un solo ojo como comodines. Empezaron despacio, con apuestas bajas en la primera ronda. Se descartaron. Fleur reunió un juego aceptable. Las sonrisas de los hombres se endurecieron. Por supuesto, sabían que Fleur era capaz de marcarse un farol. Lily la señaló, mostrando el niño escondido en su chal.

Los hombres parecían seguros y desplegaban sus cartas con un floreo o las reunían con un golpecito rápido y eficaz. Tenían las mismas expresiones que en Argus, alrededor del fogón. Yo miraba tan inmóvil como en Argus, apretada contra el muro y de brazos cruzados, tan ansiosa que dejé de respirar y me volví invisible, clara como el agua, fina como el cristal, de modo que mi presencia terminó por ser solamente una leve distorsión del aire.

Mostraron las cartas. Fleur perdió la primera mano.

Cayó hacia delante como herida por el rayo y el pelo se derramó por sus brazos. Apareció una mujer; desde atrás tenía la talla y la corpulencia de mi madre. Oí decir en susurros que esa mujer, anhelando morir, había dejado a sus hijos entre los seres vivos. Extendió lentamente las manos y le quitó el niño arrojado a Fleur, que permaneció congelada, con expresión estúpida e inerte hasta que Lily sacó del chaleco un rizo de pelo negro y lleno de luces, el pelo de Lulu. También tenía apretado en la mano un zapatito de charol. Me asombré. Casi grité. ¡Imposible! La niña había usado esos zapatos esa misma noche, para correr en busca de ayuda. Lily dejó caer en la mesa el rizo de pelo; esos objetos brillaban vividamente entre los huesecillos pulidos que los jugadores apostaban.

Fleur volvió en sí y jugó. Examinaba sus cartas agachada y tensa como una vieja bruja, flaca como un lobo medio muerto, desesperada. Cuando llegó el momento final de mostrar las cartas, dejó escapar lentamente el aire. El perro no se atrevía a moverse. Dutch bostezó.

—Doble pareja —dijo— de ochos.

Pasó una eternidad antes de que Lily mostrara su juego. Era bueno, un full muy alto, con el rey de trébol y el de corazones. Y luego Tor enseñó su trío con el valet de corazones. Era el turno de Fleur, que dio vuelta lentamente sus cartas, una por una.

Cuatro reinas, y finalmente, el valet de picas con un solo ojo.

Guardó el rizo de pelo en su camisa y recogió el pozo de botones de hueso con un interminable movimiento de sus brazos. Ese momento pareció durar demasiado, porque los hombres se volvieron hacia mí, me advirtieron entre los espectadores. Sus ojos me siguieron a través del aire muerto aunque yo trataba de hacerme pequeña. Esa vez la vieja treta no sirvió. Yo era visible. Me vieron y evidentemente sabían, por su mirada, que mis brazos habían colocado la barra de hierro en su soporte, allá en Argus. Yo los había enviado a ese lugar.

Cogí la manga de Fleur. Huimos, corrimos, nuestros chales se convirtieron en velas. Regresamos por el camino y volamos a la cabaña fría y silenciosa. Oí fuera los pasos rápidos de Margaret sobre la dura nieve.

Yo hubiera abierto la puerta de par en par y corrido hacia la anciana, pero una vez más estaba inmovilizada por el cuchillo que Fleur me había clavado en la falda. Tendí las manos pero Margaret pasó a mi lado y corrió junto a Fleur, y en seguida se puso a trabajar. Alimentó el fuego hasta que rugió y calentó la medicina que Fleur había preparado. Y mientras hacía esto y encontraba la sangre, las cenizas frías, mascullaba y decía que era por mi culpa, mi culpa, mi grandísima culpa. Arrimó la taza a los labios de Fleur y le limpió la cara. Cuando Fleur abrió los ojos, alzó la cabeza y recuperó el sentido lo suficiente para beber sin ayuda, logré desprender la hoja del cuchillo. Me acerqué a ella rezando en voz alta.

—Debo bautizar a esta alma —dije, y alargué la mano hacia la pequeña forma. Pensaba poner sobre su frente una cucharada de agua. Pero el brazo de Fleur giró y me golpeó el cuello como una rama. Caí de rodillas, me debatí para respirar y vi que Margaret envolvía al niño no bautizado en una buena tela y luego lo depositaba en la caja marrón de los zapatos de Lulu. Cuando Eli llegó, se la entregó. Él la tomó en las manos y la sopesó, inseguro, como si creyera a medias que estaba vacía. Luego se agachó, apretó la caja de cartón

contra el pecho y salió. Dicen que la ató con su propio pelo en lo más alto del viejo bosque de robles, fuera del alcance de cualquier cosa que se moviera a la altura del suelo.

Un error.

He leído su nombre en el dibujo de las ramas negras mojadas. Oí cómo llamaba llorando a su padre, la presencia del lago. Ahora hay tantas cosas que hacer, tantos planes y tan pocas horas. Antes de que Eli vuelva por la mañana, sin la caja. Encontré la puerta a pesar de mi temor al viaje, le dije a Margaret que me iba, y que le pediría al padre Damien que viniera. Iría en busca de Bernadette y ella prepararía un caldo reconfortante.

La respuesta de Margaret fue escupir en mi zapato y, cuando me incliné, humildemente, para limpiarlo, volvió a escupir sobre mi velo. Antes de enderezarme recordé la enseñanza de Cristo de poner la otra mejilla. Yo tendí las manos.

—Aquí también —dije, manteniéndolas firmes. Fue una locura. Ella tenía en la mano el cuchillo que había usado para raer la raíz curativa. Centelleó por segunda vez esa noche y me habría ido con los estigmas de Cristo si no hubiese unido las manos en una brusca plegaria, si no hubiese saltado atrás, hacia la puerta y la nieve.

Pero mis manos no escaparon al castigo.

Volví del Matchimanito por el sendero que llevaba al convento, adonde llegué a tiempo para perderme en las tareas de Dios. Esa mañana, mientras quebraba el hielo de los cubos en la cocina, me lastimé la mano. Sin embargo, continué golpeando con el puño el agua hasta que el agua narró la historia, quedó suavemente ensangrentada y alguien, creo que fue la superiora, apareció a mi lado y retuvo mis dedos en los suyos. Me llevó fuera de la cocina, me limpió la mano y la envolvió en un pañuelo.

—Vuelve a la cama —dijo—. Hasta una santa debe descansar.

Invierno de 1918-Primavera de 1919

Pauguk Beboon

El invierno del esqueleto

Nanapush

Salí a buscar unas astillas para el fuego de Margaret y en cambio te encontré en la puerta, demasiado entumecida por el sueño helado para golpear o llamar. Te hice entrar y te llevé a la mesa. No sé lo que recuerdas, muchacha, pero la imagen permanece en mi recuerdo. Tus dedos endurecidos dejaban escurrir el aire. Tus pies golpeaban contra la mesa, duros como bloques dentro de esos zapatos de cuero fino y brillante. Abriste los labios y hablaste lo suficiente para decirnos que algo marchaba mal en tu casa y luego empezaste a temblar tan violentamente que tus dientes repiqueteaban como un sonajero. Margaret calentó mantas en la cocina, te arrancó la ropa y te envolvió desnuda en tres capas gruesas de franela. Era una noche muy fría, la nieve caía como un fino polvo y borraba las huellas y los mojones. Te perdiste en dos oportunidades y además, niña vanidosa, te habías puesto tus zapatos elegantes porque tu madre no lo había advertido.

—¡La culpa es de Eli por habérselos comprado! —gritó Margaret cuando te los quitó. Estaba tan enfadada que abrió la portezuela de la cocina y los echó al fuego. Pero como daban mal olor, los sacó de las llamas con un tenedor y los arrojó, humeantes, a la nieve.

Margaret me ordenó que me sentara en la cama y le obedecí. Te puso en mi regazo y te cubrió de ropa hasta que sentí que te ahogaría, pero los escalofríos te recorrían de pies a cabeza sin que pudiéramos interrumpirlos. Margaret apartó las mantas de tus pobres pies y puso uno a cada lado de mi pecho, bajo los brazos. Me agaché, espantado. Estaban duros como el hielo. Luego absorbí el frío.

—No la sueltes —dijo Margaret mientras se abrigaba—, por más que se debata.

Dejó agua al alcance de mi mano, dos tazas, un poco de pan y una cucharada de grasa. Luego partió hacia el Matchimanito y dejó que yo deshelara a mi alocada y dolorida nieta. Estoy seguro de que has olvidado lo que ocurrió después, porque, si lo recordaras, no usarías los zapatos que tienes

puestos ahora, con esos tacones que parecen diminutos cuchillos y los dedos al aire. Y tampoco esas medias tan finas, sino un calzado hecho de piel de conejo. Pero supongo que no recuerdas el momento en que la sangre volvió a circular por tus pies. Gracias a mí están todavía en el extremo de esas piernas que tan rápido bailan las jigas francesas al son del violín. Aullabas como un gato montés. Me insultabas con palabras sorprendentes. Te arrancabas las mantas, te sacudías y luchabas contra mis manos como si te estuvieras ahogando. Pero yo sé algunas canciones que curan, algunas palabras que adormecen al enfermo y hacen que el crepúsculo caiga sobre su mente.

Muchas veces en mi vida, cuando nacían mis hijos, me pregunté cómo era ser mujer, capaz de inventar a otro ser humano con los materiales de reserva de su cuerpo. En las horas terribles, las horas malas de que no hablo, cuando la tierra devoró todo lo que yo amaba, di a luz al revés. Yo era como una mujer con mis dolores, pero paría mis hijos a la muerte. Era algo absurdo, algo que iba hacia atrás, pero contigo tuve la oportunidad de poner las cosas en el orden correcto.

Finalmente mis canciones vencieron el dolor y el ardor y te serenaste, los ojos abiertos y clavados en los míos. Yo no me atrevía a romper el hilo que nos unía y seguí moviendo los labios, manteniéndote en suspenso con mis palabras, como en este mismo momento. Por primera vez en mi vida, no sólo era un placer, sino también mi obligación velar toda la noche hasta la mañana siguiente.

La lengua se me endureció en la boca cuando terminé de beber el agua. Tenía la garganta cerrada y me ardían los ojos de sueño. No me detuve. Hablé y hablé hasta que te perdiste en el torrente, hasta que estuviste a flote entre las olas que iban y venían. Yo hablaba sin sentido; a la mañana, sólo podía pronunciar un murmullo estúpido e inconexo que nada significaba. Pero el rumor de mi voz te arrullaba.

Ese día, más tarde, el padre Damien se enteró de nuestros problemas y trajo un poco de mantequilla que te puse en las mejillas heladas. Trajo también algo que yo no quería: al médico de fuera de la reserva en quien yo no podía confiar. Era un hombre ocupado, especialmente desde el retorno de Pukwan, el héroe, que había traído del Oriente, entre los pliegues del uniforme, la gripe. Se sabía que ese médico no atendía a los indios, pero no se había atrevido a decirle que no a un sacerdote. Era un hombre alto, barbudo, torpe como un oso de vista débil, pero examinó tus pies como si fueran algo muy delicado, los huevos de un nido. Los sopesó entre sus dedos, los tocó suavemente por todas partes, luego buscó en su maletín una botella. Era

láudano. Yo había visto eso antes y había leído al respecto en mis papeles. Te dio un poco y antes de hablar esperó a que tus ojos se cerraran. Sí. Lo sé. Fingías dormir. Incluso en ese momento, supe que estabas escuchando.

—Uno completamente helado —dijo—. La mitad del otro. La llevaré a mi consulta, tengo un coche.

Guardó la botella en su maletín y se puso el abrigo.

—La niña se queda aquí —dije.

—Morirá de infección. —Trató de pasar a mi lado a la fuerza, pero no se lo permití.

—Explíqueme a este idiota —le ordenó al pobre Damien, preso en la red de su intervención. El cura trató de convencerme bondadosamente, cara a cara, e hizo todo lo posible, en vano. Las lágrimas asomaron a sus ojos y sus hombros se encorvaron, pero no me conmoví. Todos sabíamos lo que no se decía, pero solamente yo te conocía. Tú no eras una niña tranquila, un ser pensativo que pudiera sobrevivir sin correr. Eras una mariposa, un relámpago de genio y fuego, un borrón de movimiento que no podía quedarse quieto. Salvarte a la manera del doctor te hubiera matado, lo que tampoco significa que yo tuviera absoluta confianza en mi capacidad de curarte.

El médico cerró de un portazo y echó a andar por el sendero. Oí el motor de su automóvil y me debatí contra el impulso de correr tras él. Entonces abriste los ojos, adormecida por el medicamento del médico, y me lanzaste una mirada exaltada y secreta. Cuando te cases y tengas hijos, sabrás esto: no tenemos tanto que ver con nuestros hijos como pensamos. No vienen de nosotros. Simplemente aparecen, como si se abrieran paso a través de una enmarañada enredadera. Cuando se instalan en nuestras vidas y hablan nuestro lenguaje, empiezan lentamente a parecerse a nosotros. Pero Lulu: cuando te retirabas en ese momento, más allá del alcance de mis ojos, no eras todavía tan como yo como para decirme adónde ibas ni cuánto tiempo te quedarías.

Te cuidé durante días y días y aunque yo mismo estaba débil, fui un buen médico. Te bañé los pies en agua y sal, abaniqué sobre ellos humo purificador. Debía tenerte conmigo aunque tu madre quería que regresaras a Matchimanito, rogaba que te lleváramos, no se convencía de que estabas viva. Cuando envié un mechón de pelo con Margaret, tu abuela me contó que Fleur gritó al verlo, se lo arrancó de la mano, pidió el resto de ti. Era evidente que sólo tu presencia podía consolarla. Por eso, el primer día de calor te llevé a su casa en un pequeño trineo, así como había llevado una vez a la misma Fleur, el primer invierno de sus aflicciones.

Empaqué todo lo que necesitaba, todo lo que era importante para mí, incluida la tetera de tres patas que mis esposas habían usado. Me quedaría en Matchimanito hasta el deshielo de primavera, y me proponía usar ese tiempo para convencer a Margaret de que tenía más necesidad de mí que de la triste casa que había compartido antes con Kashpaw. Como si Margaret conociera mis intenciones, me rechazó de inmediato. Salió a recibirnos y me dijo dónde debía instalar mi cama. No en su rincón.

—Como verás —dijo—, debemos mantener alerta nuestros sentidos.

Protesté.

—Eso es exactamente lo que ocurre cuando me tocas...

—Calla.

Fleur estaba apoyada contra la casa, y su imagen me cerró la boca. La vi demacrada, los huesos descarnados, la cara manchada de polvo y el pelo y la ropa en desorden, salvaje como el día que luché contra ella mientras Pukwan la miraba aterrorizado.

De ella brotó un sonido áspero y extraño. Avanzó a trompicones por la nieve mientras el pelo escapaba de su bufanda rayada, tendiendo las manos hacia su hija. Tú, encantada, abriste la boca y te reíste del juego. Tu madre había jugado a eso contigo; solía fingir que sus dedos eran garras y ella misma un animal peligroso.

Pero Fleur era peligrosa. Perdemos a nuestros hijos de maneras diferentes. Vuelven la cara a las ciudades blancas, como Nector cuando creció, o se envanecen tanto de lo que ven en el espejo que ya no se puede razonar con ellos, como tú. Y lo peor de todo es la pérdida verdadera, insoportable y que sin embargo debe soportarse. Fleur oía a su hijito perdido en cada soplo de la brisa, cada roce de hojas secas, cada copo de nieve que caía. Una noche de helada, sin que nadie pudiera detenerla, salió y se desvaneció llevando sólo una cosa. Eli la siguió al bosque y luego nos susurró que había puesto el paraguas negro en lo más alto del árbol, para proteger la caja amarrada con cintas y cabellos.

Pero después de eso, a causa de tus exigencias, tu madre se recuperó. Una mañana despertó, se levantó temprano y se sentó a mi lado con el rostro brillante.

—Tío —sonrió, reteniendo mi mano—, hoy comeremos carne de caza.

Le habló a Eli del sendero que había visto en sueños, en mitad del bosque, donde se iniciaba el rastro del venado. Él la escuchó e incluso repitió sus instrucciones para asegurarse de que las recordaba. Luego, con gran excitación recogió su rifle, un puñado de escaramujos secos y salió. Durante

todo ese día ayunamos despreocupadamente, esperando su regreso. Pero volvió con las manos vacías. En el sitio adonde ella lo había enviado, la nieve estaba lisa y limpia. Ni siquiera había huellas de un conejo o de una ardilla.

—Esta noche masticaremos ramas —dijo Fleur. Su voz era serena pero tenía el rostro endurecido y nada más escapó de sus labios.

Al día siguiente, justamente después del amanecer, ella fue hasta la costa del Matchimanito, siguió por el hielo, cortó un agujero en él y dejó caer un anzuelo. Eli la siguió y tuvo que discutir con ella, luego luchar y después arrastrarla por el hielo cuando las piernas de Fleur se debilitaron y se negaron a soportar su leve peso. Él regresó y vigiló el anzuelo, tan ansioso que casi se le helaron las manos, pero sólo pescó una perca enana.

Cocinamos el pescado sin pronunciar palabra, lo devoramos hasta la última aleta. Al atardecer empezó a nevar suavemente y Fleur fue hasta la puerta, se apartó de ella varias veces, y luego empezó a cantar a la luz amarillo profundo de las ventanas translúcidas, palabras que yo jamás había oído antes, frías y espantosas como los muertos, inquietas y Filosas como el viento del mes en que se quiebran los árboles.

—Ven a dormir —le dije.

Fleur no me oyó. Escuchaba a través de las paredes, a través del aire y la nieve, a través de la tierra que ya no nos amparaba. Estuvo sentada allí toda la noche con las manos plegadas en el regazo, pero finalmente no fueron los sueños de Fleur, ni mi habilidad, ni las desesperadas cacerías de Eli ni las conservas de Margaret las que nos salvaron. Fueron las provisiones del gobierno enviadas desde Hoopdance en seis carros.

El día que llegaron las raciones, uno de nosotros tendría que haber ido a la ciudad para anotar su pedido de alimentos en casa del Agente, pero nadie se movió. Dejamos que nuestra debilidad nos abrumara. De vez en cuando una voz decía, desde un rincón, que era hora de ir, pero nadie se movía y caía otro largo silencio.

Podríamos haber seguido así como atontados y morirnos de hambre si no hubiera sido por Margaret. Finalmente se aburrió de sufrir y nos reprendió mientras se ponía de pie y se envolvía en sus chales.

—Esto jamás habría ocurrido en la casa de los Kashpaw —dijo—. Allí la gente se mantiene unida.

Cerró la puerta con violencia, bajó por la colina y regresó con el padre Damien, que había firmado el papel por nosotros. Traía en su morral un trozo de tocino, una lata de manteca de cerdo, un saco de harina y un poco de polvo de hornear. Margaret traía arroz y una libra de café verde en granos.

Increíblemente, tenía los bolsillos llenos de nabos. Fleur la recibió donde terminaba el sendero, le vació los bolsillos, cogió los nabos y los hizo girar entre sus manos. Entró y los llevó a la cocina. Los vi, redondos, de color oro oscuro. Parecían tesoros.

Sentía la cabeza ligera y respiraba agitadamente. Apenas me pareció que tocaba el suelo cuando me acerqué al sacerdote y le estreché la mano. Quería comer con él y luego hablar, oír las noticias de todo lo que ocurría en la ciudad. Pero el padre Damien tenía otras sorpresas.

—Siéntate —dijo—. Sentaos todos.

Entonces sacó la lista anual de contribuciones y los preavisos de ejecución enviados por el Agente y nos explicó que la mayoría de las familias, al final de este largo invierno, estaban atrasadas en sus pagos y algunas habían perdido sus tierras. Recorrimos la lista hasta que encontramos los nombres que buscábamos: Pillager, Kashpaw, Nanapush. Allí estaban todos, con sus cifras; eran imposibles. Contemplamos con frialdad las cantidades que debíamos pagar antes del verano.

Todos observamos cuando Damien desplegó y alisó el mapa sobre la mesa. Entre la fragancia mareante del pan en el horno y el café que se tostaba, examinamos las líneas y los círculos de las tierras pagadas: por todas partes se leía Morrissey, Pukwan, Hat, Lazarre. Estaban pintadas de verde. Las tierras que la tribu había perdido —a causa de las ventas, la cesión a la compañía maderera, las muertes sin herederos— estaban pintadas de un color rosado purulento. Las que estaban en duda eran amarillas. En el centro de un cuadrado brillante estaba Matchimanito, un pequeño triángulo azul que podía cubrir con una mano.

El pan pasó de mano en mano y todos tratamos con esfuerzo de no perder el control. De no gruñir al tragar cada miga, de no gritar de júbilo por lo bueno que era. Poníamos en cada trozo un poco de manteca, concentrados en cada mordisco, y no se oía otro ruido que el de masticar. Aunque el padre Damien no quiso comer con nosotros, no parecía molestarle la falta de conversación. Tenía los ojos tristes clavados en el mapa.

Finalmente también nosotros logramos centrar la atención.

Con una uña, Margaret recorrió las letras que no sabía leer, tocó primero el pequeño cuadrado amarillento de los Kashpaw, luego dio unos golpecitos en los dos cuadrados verdes de los Morrissey e hizo señas para que Fleur y Eli compararan.

—Se están apoderando de todo.

Era típico de Margaret ver solamente a los enemigos con quienes podía luchar, aquellos que compartían su sangre, por más levemente que fuera. Mi problema era el rosado invasor, el color de la piel de los madereros y de los banqueros, la tierra donde nunca más podríamos cazar o caminar, y de la que nuestros hijos quedarían proscritos.

Eli emitió un sonido furioso y se mordió el labio, pero Fleur me apoyó la mano en el hombro y dejó que el silencio se reuniera a su alrededor antes de hablar desdeñosamente del mapa, de quienes lo habían dibujado, del dinero que se necesitaba e incluso del sacerdote. Dijo que ese papel no tenía ninguna fuerza ni sentido, puesto que nadie podía ser tan insensato como para tratar de apoderarse de la tierra donde los Pillager estaban enterrados.

Margaret se apartó de su nuera y murmuró:

—Ella vive en los tiempos de antes, cuando la gente tenía respeto.

Tampoco yo estaba de acuerdo con Fleur, porque ya había visto demasiados cambios. Los dólares hacen que la memoria se desvanezca y hasta el miedo puede amortiguarse con el dinero del gobierno. Cerré los ojos ante la ira de Fleur y vi esto: las hojas que cubrían el sitio donde había enterrado a los Pillager, el musgo que suavizaba las tablas de sus tumbas, antes tan limpias y atendidas por Fleur. Vi las marcas del clan que ella había aceitado con el sudor de sus manos, arrastradas por el viento, meras curiosidades, juguetes de un niño blanco.

—Como sabes, estudié con los jesuitas —le dije a Damien—. Sé algo de derecho. Sé que «fideicomiso» quiere decir que no nos pueden imponer contribuciones.

El cuello del joven sacerdote había adelgazado y tenía las mejillas hundidas. Para protegerse del frío había tratado de dejarse la barba, pero era demasiado rala. Movié la cabeza; no quería pronunciar las palabras que debía decir.

Lo señalé y traté de obligarle a sonreír.

—Por esa piel apenas darían un níquel.

Nector saltó y dijo lo que tanto le costaba al pobre Damien.

—Si no pagamos, subastarán las tierras.

Damien asintió y prosiguió, sin atender a la mirada escandalizada que Margaret dirigió a su bien informado hijo.

—Edgar Pukwan Júnior y el Agente controlan la elección de la Junta que decidirá quiénes podrán hacer ofertas y por cuáles terrenos endeudados.

—No lo harán —dijo Fleur con una confianza que me pareció falsa y penosa, aunque jamás había sentido antes pena por los Pillager—. No se

atreverán a echarnos de las costas de este lago —prometió.

El padre Damien ya había oído otra cosa.

—Hay quien quiere construir un albergue para pescadores —dijo con voz dulce—. Están dispuestos a negociar por un terreno en otro sitio.

Fleur se negó a oír esto, pero yo no podía ignorarlo y digerí en silencio esa nueva traición. Mis pensamientos estaban en todas partes, una nube de mosquitos, un rebaño de argumentos. La tierra de los Pillager no era una tierra ordinaria que se pudiera vender y comprar. Cuando la familia llegó desde el este, apareció Misshepeshu, relacionado con el Viejo. Pero la cosa del agua no era un perro que nos siguiera pegado a nuestros talones.

—Tendremos que reunir el dinero —dije, pero incluso en ese momento oí en mi propia voz la pregunta desesperada.

Sin embargo, Margaret parecía preparada. Profundamente sumida en sus pensamientos junto a la cocina, pinchaba los nabos mientras se cocían. Golpeó la cocina con el tenedor. Cuando atrajo toda nuestra atención, frunció los labios con satisfacción por el plan que había brotado en su mente. Hizo una pausa, maravillada por el esplendor y la oportunidad de su información. Fleur fue la primera que golpeó el pie contra el suelo y murmuró:

—¿Qué?

La pudorosa sonrisa de Margaret era un pequeño nudo que ella no quería desatar. Pero gozó demasiado tiempo de nuestro confundido desaliento, porque fue finalmente el sacerdote quien nos habló del empleado de la casa Pinkham, que estaba comprando la corteza de ciertos arbustos silvestres.

—Mishkeegamin —explicó Margaret de prisa, para arrebatarse la palabra.

Los fabricantes de tónico venían a la ciudad todas las semanas con un carro vacío para comprar corteza de arándano; desde ese día en adelante nos encontramos preparados cada semana, aunque tuvimos que pelar todos los arbustos alrededor de Matchimanito y luego aún más lejos, en la linde del bosque. Todas las noches volvíamos con grandes haces de ramas y la boca ácida a causa de las bayas que hasta las aves desdeñaban, y nos sentábamos juntos a pelarlas. Al fin de cada semana estábamos hundidos hasta los tobillos entre las enroscadas tiras de corteza. El olor acre y tenue se pegaba a nuestros cuerpos, se metía en nuestras ropas y nos acompañaría para siempre como el olor de la salvación y la traición, porque nunca más pude volver a caminar por el bosque y romper una ramita de arándano sin recordar el resultado final de esa tarea que nos arrancó la piel de los dedos. Además, la corteza nos dejó embotados por la falta de sueño, dado que cada gesto, cada movimiento, cada rápida visita nocturna al exterior hacía que el lago de peladuras que se

secaban en el suelo susurrara como las olas, de modo que a partir de ese momento, aquel invierno nunca más hubo silencio, sino un constante arrastrar y arañar, un ruido de dinero que nos rodeaba, una irritación.

Eli regresó a la ciudad cuando nos comimos los nabos, trajo a casa el resto de las provisiones que nos correspondían y así se quebró el espinazo del hambre. Pero algo se perdió.

Fleur no nos había salvado con su sueño y lo que ahora ocurría parecía tan ordinario que estaba más allá de sus capacidades. Había fracasado demasiadas veces, no nos había salvado y tampoco a su hijo menor, que ahora dormía en las ramas de los amargos robles. Sus sueños mentían, su visión estaba oscurecida, su protector dormía profundamente sumergido en el lago y el dinero que trajera de Argus se había gastado tiempo atrás. Aunque recorría el bosque con su morral y su cuchillo de caza, aunque trabajaba incansablemente, hasta más allá de sus fuerzas, y las ásperas cortezas llegaban hasta nuestros tobillos, Fleur era una persona diferente de la muchacha que yo había conocido. Ansiosa por ocultar su miedo, vacilaba al hablar y sus gestos eran falsos. Un día le puse un carbón en la mano.

—Ve a la costa —le dije—. Píntate la cara de negro y grita hasta que tu protector te escuche.

Pero no quería.

—Estoy cansada, Tío Viejo. —Su queja era brillante y hueca. Se arrastró hasta la cama, y cuando creyó que no la miraba, se deslizó debajo de las mantas y volvió su cara a la pared. Fumé una pipa y pensé lo que le habría dicho si tan solo hubiera querido escucharme.

El poder muere, el poder se hunde y se apaga, inasible. Es momentáneo, volátil, engañoso. Apenas crees que lo tienes, ya se ha ido. Olvidas que existe y regresa. Yo jamás cometí el error de creer que era dueño de mi propia fuerza, ése era mi secreto. Por eso nunca estuve solo en mis errores. Nunca fui el único culpable cuando todo se perdía, cuando mis desesperadas curas no aliviaban el sufrimiento de los que amaba. Porque, ¿quién puede echarle la culpa a un hombre que espera, con las puertas abiertas, las ventanas abiertas, la comida en la mesa, los brazos extendidos? ¿Quién puede acusarlo si el visitante no llega?

Le dije eso a Fleur aquel mismo día. Hice que se sentara y escuchara, exactamente como estás sentada tú ahora. Tu madre siempre me mostró el respeto debido. Incluso cuando la aburría hacía ingentes esfuerzos para

simular algún interés. Jamás repiqueteaba con los dedos sobre las rodillas desnudas, ni se movía, se volvía o hacía muecas mirando a la ventana, como tú. Ni siquiera esa tarde había impaciencia en sus movimientos, cuando le decía cosas que no podía oír, y luego me agradeció mis consejos. Pero en su actitud, mientras se ponía de pie y se alejaba, vi que la barrera de su obstinado orgullo había puesto mis palabras prudentemente a salvo de su capacidad de creer en ellas. Se imaginaba enorme, infinita. No había sitio para los errores de nadie más. Al mismo tiempo, era el canal de nuestra historia. Como única sobreviviente de los Pillager, se tambaleaba debajo del peso de una vida que no lograba merecer.

—Eres mi hija —le dije—. Tu niña lleva mi nombre en el papel de la iglesia. Escúchame.

Se volvió hacia mí y logró imponer a su rostro una máscara de paciencia. Se llevó las manos a las sienes, junto a los ojos oblicuos y se alisó el pelo sobre los altos pómulos.

—No tendrás la culpa si se pierde la tierra —le dije—, ni si se derriban los robles y los pinos, se seca el lago y el hombre del lago no regresa. No podrías haber salvado al niño que vino tan pronto. —Pero esto último no lo pudo soportar y giró sobre sus talones. Corrió, tapándose los oídos con las manos.

Mientras se arrastraban las últimas semanas del invierno, recibimos más noticias, habladurías sobre las cosas que les ocurrían a nuestros enemigos.

Primero supimos que Pauline se había comprometido a tomar los votos. Luego que Sophie y Clarence Morrissey se habían casado con dos Lazarre. Algunos decían que eran matrimonios prohibidos, entre primos de un mismo clan; pero otros afirmaban que ya estábamos tan mezclados con los franceses que no importaba. Fueron, a casarse a una iglesia distante del Canadá, donde nadie sabía ni mencionó el hecho de que eran parientes. Cuando regresaron a la reserva fueron a casa de los Morrissey. Primero Clarence le dijo a Bernadette qué había hecho y presentó a su esposa, tímida y taciturna. La impresión arrojó al suelo a Bernadette. Allí estaba sentada todavía cuando entró Sophie con su propio Lazarre, Izear, a quien una esposa que en opinión de muchos él mismo había matado le había dado ya seis hijos.

Bernadette se puso en pie de un salto. Dio un puntapié en la rodilla a Clarence y abofeteó a Sophie hasta que le enrojeció las mejillas, pero sus hijos instalaron en la casa a sus consortes a pesar de sus gritos. Sus nuevos nietos cogieron inmediatamente las riendas. Metían los pies a través del

asiento de paja de las sillas, tomaban la sopa de la olla antes de que hubiese hervido, sacaban azúcar a puñados del saco y la dejaban caer en sus bocas. Pero sólo cuando bajó al sótano la mañana siguiente y encontró vacíos todos sus frascos de conservas, Bernadette recogió sus cosas y se marchó. Abrió a la niñita a la que llamaba Marie y aferró el brazo de Philomena. Lo demás sucedió rápidamente. Se largó a la ciudad. En una semana, con su limpieza, su escritura metódica y su capacidad para las sumas, encontró una forma de salvar su tierra. A pesar de las primeras señales de la tisis, Bernadette se ocupó de la casa del Agente, reorganizó sus registros de propiedades y envió por correo anuncios de deuda a todos los indios morosos.

Napoleón, abandonado por su hermana y rodeado de una horda de parientes que lo atormentaban, empezó a beber sin parar como para apartarlo de su vista. La gente tiene los nietos que merece: yo te tengo a ti. Napoleón, a los parientes de ese marido que tú crees que quieres. Por lo tanto, aprovecha lo que sabe un anciano y piensa dos veces en ese Morrissey. Te contaré cómo vivía esa manada.

Un día, a pesar de la cabeza rapada y de la muerte de Lazarre, a pesar de Sophie arrodillada delante de la cabaña de Fleur, llevé a Nector conmigo y pisamos juntos la tierra de los Morrissey. ¿Quién hubiera pensado que eso podía ocurrir? Y sin embargo los indios de antes éramos así: reflexionábamos largo tiempo pero finalmente perdonábamos, porque teníamos que vivir muy juntos, como un solo pueblo, compartir lo que poseíamos en común y recuperar lo que se nos debía, por ejemplo la última vaca de Napoleón.

Él se preparaba para sacrificar a esa pobre bestia flaca cuando entré en el patio. Sophie, junto a la puerta, apretaba con su chaqueta la forma redondeada del primer hijo de los muchos que tendría. Tenía el rostro hinchado, el pelo en desorden y lleno de nudos, los dientes manchados por los últimos caramelos de la reserva. Napoleón afilaba el cuchillo contra una roca sobresaliente, junto a una anilla a la que estaba atada la vaca. A su lado estaba agachado su indeseable pariente, Izear, con una tina y otro cuchillo. Clarence sostenía el rifle que se disponía a usar.

Fingió no reparar en nosotros, pero cuadró los hombros y me pareció que tragaba con fuerza, por algún reflejo. Alzó el rifle, la gorra con visera bajada sobre sus ojos. Apuntó y la vaca se estremeció, en trance. Fue Izear Lazarre quien habló primero.

—Atrás, mendigos, os tiraremos las tripas.

Nector enrojeció, luego encontró su lengua, miró con furia a Clarence, se frotó el cuello y me dijo de pronto en voz alta:

—Tío, cuando cazas un conejo, le dejas tu marca.

—¿Recuerdas cómo le perdonamos la vida a ése? —le pregunté a mi sobrino—. A veces hay que dejar vivo a un conejo hasta que lo necesitas.

—¿Qué conejo? —quería saber Izear.

Clarence bajó el rifle, alerta. Entonces, comprendí que Morrissey no había contado su vergonzosa historia, lo que me daba ventaja.

—Fue así... —empecé, y me volví para dirigirme también a Sophie y a Napoleón, que se agachó, ebrio, haciendo oídos de mercader.

—¿Qué quieres? —preguntó Clarence.

—Me debes la mitad de esa res, por lo menos —dije.

—Un cuarto —dijo Clarence, tenso—. Necesitamos el resto.

Los seis retoños de Izear salieron de la casa a medio vestir y rodearon la vaca, treparon a su lomo, le tiraron de las ubres y contaron sus costillas, hasta que se sacudió. Ante semejante ataque, las rodillas del pobre animal cedieron, y su cabeza golpeó contra el suelo. Cuando Clarence ahuyentó a los niños, vimos a la vaca acurrucada sobre las patas dobladas, los huesos salientes, muerta como una piedra.

Sophie salió y se llevó a los pequeños de vuelta a casa prometiéndoles melaza. Miré a mi alrededor mientras Clarence cortaba mi parte, que se encogió bajo su cuchillo. Escucha bien: el sitio era ya como es ahora. Las ventanas estaban rotas y remendadas con tablas y papel aceitado sucio. La nieve endurecida estaba cubierta de basura, huesos de rata almizclera, latas aplastadas y cajones rotos. Bernadette había pintado la parte exterior de la casa; hasta la pintura verde estaba chamuscada en partes, raspada o manchada. De la chimenea no salía humo, pero en el interior se oía ruido de ollas y chillidos y recriminaciones de los niños que comían.

Ese cuadro fue el principio de lo que les ocurrió a los Morrissey. Decayeron año tras año, a medida que la amargura entre nuestras familias se hacía más profunda. Perdieron la voluntad de sembrar y cosechar. Dejaron de llevar los libros y de criar ganado, en su prisa por engendrar entre sí. Nieta, si te unes a ese clan, preveo que la unión no durará.

Escucha a la experiencia y cástate con juicio. Yo lo hice siempre.

Al final del invierno, los peces del lago se agruparon en la superficie y los pescábamos con redes a través de agujeros en el hielo. Apenas empezamos a comer alimentos que nosotros mismos nos habíamos procurado, mis pesadillas desaparecieron. Las noches eran serenas y oscuras. Crecía en el aire

el olor del agua y de la tierra que se ablandaba bajo la nieve. Los días se hicieron más largos, lentamente al principio y luego inconfundiblemente. Comíamos a la mañana, a mediodía, después del anochecer. Tras un mes de buenas comidas, empecé a mirar a Margaret como antes de las privaciones.

—Querida mía —le dije una tarde, un día cálido, justamente antes de que el hielo del lago se quebrara.

Ella estaba preparando harina de pescado, para vender en la ciudad. Removía los trozos en un caldero sobre el fuego, luego secaba la carne y la molía hasta que pasaba por un fino cedazo. El calor agitaba los flecos de su gorro negro como el carbón. Las penurias del invierno la habían vuelto angulosa, pero se mantenía bien erguida.

—Ya era hora —dijo.

Me acerqué a ella. Tú habías salido a buscar cortezas con Eli y con tu madre, y también Nector. Crees que voy a interrumpir ahora, pero continuaré. No tienes a nadie que te prepare para un marido, no tienes hermanas ni tías, y Margaret jamás admitiría una debilidad. Por eso te voy a decir algo sobre las personas casadas. Tal vez ya lo sepas pero, querida muchacha, no quieres aparentar, por mí, que no lo sabes.

La casa estaba desierta y tu abuela y yo entramos, cerramos la puerta con la cuerda y nos echamos juntos en las mantas de la cama, que olían a humo. Le quité el gorro a Margaret y toqué su extraño pelo. Había crecido blanco, brillante y enmarañado como el de un armiño que se confunde con la nieve. Me acerqué y toqué el resto de su cuerpo, y pronto nos unimos.

Margaret era atrevida e imaginativa, y sus movimientos, sin lugar a dudas expertos y refinados, eran muy placenteros. Me encantaba su experiencia. Yo quería esperar, trataba de no responder. Pero ella era tan sabia que yo parecía un muchacho en sus manos, fuertes y calientes como el *chinook*. Cuando este viento sopla, he visto patos volando hacia atrás. Yo hacía lo mismo. Y no sé qué más, porque ella me dominaba. Antes de que los demás regresaran, me sorprendió ver la luz entre los árboles desnudos, las largas sombras azules.

—Tenemos que construir una casa aquí este verano —dije—. No tenemos tiempo que perder. Necesitamos un sitio para nosotros solos.

—Hablas como un viejo —dijo—. Reuniremos bastante dinero para las contribuciones de tu tierra y la mía. Luego decidiremos cuál nos conviene más.

Estaba tan segura y, lo pensé en ese momento, hacía tan mal las cuentas, que ignoraba que sólo podríamos reunir la contribución del Matchimanito si

seguíamos trabajando duro. Se apartó, volvió al fuego y a su trabajo; más tarde golpeó la olla con el cucharón y gritó en tono burlón:

—Nunca viviría en la destartada cabaña de un viejo solterón.

Oímos que regresabais, y con nuestra prisa por alisarnos la ropa y mostrar un aspecto digno, no tuvimos tiempo de acabar la conversación.

De todos modos, no tenía importancia. Mi antiguo hogar y mi pequeño terreno habían permanecido vacíos y embargados menos de un mes cuando una manada de Lazarre los invadió y colgó de las ventanas la ropa que usaban, regalada por la Misión. Parecía que estaban en todas partes, que se multiplicaban y dividían y ocupaban las grietas y los resquicios entre los clanes, los huecos dejados por la enfermedad. Ninguna casa quedó vacía, ninguna tierra. Siempre había algún Lazarre, joven y dispuesto a ocuparla, con una nueva esposa o un nuevo marido, un niño, y todos crecían fuertes y gordos merced a las provisiones de carne que habían arrancado a sus vecinos y al tocino de la tienda del Agente.

Ver aquello era duro para mí.

—Nosotros los indios somos como un bosque —le había dicho una vez a Damien—. Los árboles que quedan reciben más sol y crecen mejor.

Un día el sacerdote llegó por el camino más largo para visitarnos, porque no se podía confiar en el hielo del lago. Nos sentamos en las rocas al sol y recordamos los estragos del invierno. Esa misma primavera, al regresar de la casa de un enfermo una mañana, muy temprano, el cura había tropezado con una niña vestida solamente de nieve, acostada entre las hojas heladas, la piel negra como madera chamuscada. La casa a la que pertenecía esa niñita dormía con las ventanas abiertas y las puertas cerradas. En el interior todo el mundo estaba borracho perdido; cuando despertaron, empezaron a desvariar, llenos de compasión por sí mismos, por su pérdida, una menos.

Éste era el veneno, ésta la aflicción.

—Debes ponerte al frente —dijo Damien—. Van a ocurrir cosas peores.

—Soy madera vieja y ardo con facilidad —dije—. Mi furia abrasaría a los que me rodean.

—Por eso debes ocupar una posición de mando —dijo—. Debes conseguir que el Agente te escuche, ayudar a tomar decisiones, encontrar medios para evitar que los mercaderes de whisky sigan cebándose en la reserva.

Aunque joven, su rostro tenía finos pliegues alrededor de los ojos y la boca. Llevaba el pelo castaño demasiado corto para que se formaran rizos, y era ralo y casi invisible sobre la frente. De cerca tenía un aspecto extraño,

como el de un niño envejecido. Sus ideas eran buenas, sin duda. Pero yo vi en ellas la trampa, el lazo escondido entre las palabras bien intencionadas del sacerdote. Contrariamente a los Pukwan, que eran indios del gobierno, vi el pozo bajo mis pies antes de avanzar. No aceptaría la tarea. Sabía lo que me esperaba.

—Alambres —dije—, atados a las manos y a los brazos.

El padre Damien me miró fijamente, con lenta percepción. Volvió a comenzar con más razones y más persuasión. Utilizó todos los recursos de lenguaje que yo le había enseñado, no me dejó interponer una palabra, no permitió que un pensamiento penetrara en mi cerebro. Había aprendido bien.

—Entonces escribe la carta —le dije—. Recomiéndame. O lo que sea necesario.

Y así lo hizo pero, por el momento, no hubo respuesta de Bernadette, la nueva secretaria del Agente del gobierno.

Tus pies se endurecieron en tus nuevos mocasines, Lulu, y ya no caminabas despacio sino que corrías tamborileando desde el bosque hasta el silencio de tu madre, llevando piedras y nieve. Te cogías del vestido de Fleur, le dabas de comer trocitos de carne de un cuenco, la peinabas con tus dedos cortos. Ella te mantenía cerca, lo que era comprensible, pero luego te acercó más aún. Ya no podías apartarte de su vista ni siquiera por un instante. Si caminabas dentro de la cabaña te seguía, y si girabas alrededor de la cocina o te ocultabas detrás de la mesa, te iba a buscar y te llevaba al aire libre. No te dejaba jugar fuera, donde guardabas las muñecas de madera que yo había tallado y la ropa que les habías hecho con hojas y trozos de tela. Y fuera no podías alejarte de la casa porque te traía de vuelta, te apretaba y te besaba hasta que te debatías en sus brazos.

—Descansa —le decía Margaret a Fleur—, iré con ella al lago y la cuidaré. —También yo lo intentaba. Fleur no confiaba en nadie para cuidarte en ese mundo que tan peligroso le parecía ahora. Saltaba cuando oía el crujido de una rama, cualquier mínimo ruido y giraba bruscamente para encontrar tan sólo un soplo de viento. Eli no se quejaba en voz alta, aunque tú dormías entre ellos todas las noches, te revolvías y pateabas, los despertabas antes del alba y él se sentía indolente todo el día por la falta de sueño.

Pero Margaret no era de las que callan y defendió tu libertad.

—Lulu está bien ahora, sus pies se han curado. ¡Déjala correr!

Cuando corrías, Fleur te acompañaba paso a paso por la nieve cada día más blanda. Soy un hombre, pero sé desde hace años lo que es perder un hijo de mi sangre. Ahora conocía también la incertidumbre de enfrentarme al mundo sin una tierra que pudiera llamar mi hogar. Yo reconocía las señales en Fleur, pero no Margaret, que tuvo la increíble suerte de no haber perdido a uno solo de sus doce hijos, y confiaba en que los grandes sacos marrones de corteza, la lata de dinero que habíamos reunido, alcanzarían para pagar las contribuciones de las tierras de los Pillager y los Kashpaw, las de todos nosotros. Pensé que se necesitaba una cura, un alivio, y se me ocurrió pedirle ayuda a Moses Pillager.

Aunque el hielo a lo largo de la costa estaba débil y quebrado, fui hasta su isla. El sol había brillado durante varios días sobre esas rocas y el sendero olía a gatos. Los más atrevidos pasaban por delante de mí como exhalaciones; aquellos que Moses acariciaba y consentía se enroscaban alrededor de mis pies paso tras paso. Se estiraban sobre el suelo caliente o se agazapaban en las ramas. El aire estaba sereno. Las aves esquivaban ese sitio y las redes que colgaban de las ramas de los árboles estaban vacías. El sendero hasta la cabaña estaba bien marcado y Moses me aguardaba ante la puerta, que era un gran trozo de cuero colgado de la roca.

Estaba contento de verme y sorprendido de tener una visita. Sonrió y emitió un grave zumbido de satisfacción cuando le regalé tabaco. Tomamos una sopa de harina de pescado y patatas. Para protegerse del frío, Moses usaba un traje hecho de pieles curtidas, de todos colores, lleno de marcas, puntos y rayas. Con sus movimientos ondulaba y se ahuecaba y, cuando los gatos se frotaban y rozaban contra él, saltaban chispas en el aire seco.

Le dije a Moses que lo visitaba en su condición de jeesekeewinini. Le di algunas hebras de *kinnikinnic* que Margaret había recogido y secado. Le di un cuchillo y un saco de cabezas de pescado para sus gatos.

En su cara brilló la alegría. Arriba, en un rincón entre las vigas, lejos del alcance de los gatos, Moses guardaba su tambor. Lo descubrió, guardó algunos de mis regalos en su caja de tabaco y volvió a sentarse conmigo. Entonces ambos nos pusimos serios y fumamos la pipa. Describí la enfermedad de Fleur, la cura que proponía y le dije a Moses cuándo necesitaba yo que apareciera.

Dos días después, al atardecer de una noche en que no habría luna, traje dos de sus tambores a través del hielo. Uno era apenas un cubo de latón cubierto por una piel estirada y atada. Llevaba el otro, más vistoso, a la espalda. Ese instrumento nunca debía tocar el suelo y estaba decorado con

largas cintas y flecos adornados con cuentas. Tenía pintados los puntos cardinales y, de un lado, la figura de un espíritu con garras.

Hay dos plantas. Una es la artemisa y no diré el nombre de la otra. Son la base de mi medicina e iba a usarlas por segunda vez con Fleur y por tercera con un Pillager. Sólo a causa de Pauline no pude completar la tarea.

Mezclé y aplasté los ingredientes. Era necesario frotar la pasta de cierta forma sobre las manos, y luego hasta el codo, diciendo las palabras exactas. Cuando soñé por primera vez la forma de hacerlo sólo recibí risas burlonas. Me hicieron bromas acerca de los niños pequeños que juegan con fuego. Pero la persona que me visitó en sueños me dijo qué plantas debía utilizar para poder meter los brazos en una olla hirviendo y sacar un trozo de carne del fondo, o buscar dentro del cuerpo mismo y arrancar, como había hecho tanto tiempo antes con Moses, el nombre que ardía, la enfermedad.

Moses cortó varas de sauce y las dispuso como un armazón para mi tienda de mantas y pieles. Yo hice mi propio tambor con la tetera de Margaret, cubierta y en parte llena de agua para que hiciera un ruido capaz de atraer las dificultades y ahogarlas luego en su interior. Trabajamos rápidamente. Muy pronto tuvimos todo preparado como era debido. Y entonces, ¿quién entra, caminando despacio y vacilando, sino la monja que sabía oler a los paganos porque una vez habían sido sus parientes?

Esperamos a que ella leyera el aire a nuestro alrededor y se marchara. Pero en cambio advirtió que no le dábamos la bienvenida y se quedó, de modo que cuando le dije a Fleur que entrara en la tienda y aspirara el humo de las hojas que yo había echado al fuego, al principio no pudo dejar de distraerse. Fleur se echó a reír al ver a la novicia arrodillada en un rincón, con su mirada hambrienta. De vez en cuando cerraba los ojos para murmurar una plegaria o trazaba una cruz protectora en el aire. Entre nosotros, no se acostumbra despedir a ningún huésped. Margaret hizo callar a Fleur, le dijo que Pauline era una persona inofensiva y medio loca. Fleur se encogió de hombros y fingió aceptar esto, pero a mí me inquietaba la mirada fija de los ojos de Pauline, tan parecida a la de un ave carroñera, un ave que sólo se posa en tierra para cumplir su finalidad.

Vi esos ojos clavados en Fleur.

La única luz de la tienda se colaba por un agujero, encima del fuego. Alimenté las llamas con la esperanza de que el calor penetrara en la lana gris, atormentara a Pauline, la obligara a huir. Su frente y sus mejillas de jabón

blanco brillaban, los pelos húmedos colgaban sobre sus hombros. Abaniqué el fuego hasta que el dolor le torció la sonrisa. Hirvió el agua y se elevó el vapor, y Moses empezó a cantar. En ese momento metí las manos en la nubecilla, en el torbellino, y saqué un trocito elegido de carne. Fleur se lo comió en silencio; masticaba lentamente, recuperaba la fuerza. El canto la había afectado, borrando toda expresión, toda noticia de Pauline o de cualquier otra persona. Mientras bebía la taza de infusión de Margaret, dos puras líneas ansiosas se grabaron profundamente a los lados de su boca.

Pauline se arrastró hacia delante.

—He sido enviada —farfulló. Su cara era una burda imagen, un trozo de papel con dos agujeros redondos para los ojos.

Margaret tocó el pecho de Pauline con un haz de ramas para que saliera de la tienda sin perturbar el aire balsámico que rodeaba el tambor y también a Fleur. Pero Pauline apartó las ramas.

—He sido enviada para probar los medios de Cristo —dijo.

Fleur cerró los ojos, se apoyó contra las mantas plegadas que tenía detrás. Respiraba suavemente y dirigía su atención hacia su interior, de modo que no vio la terrible prueba de Pauline. Nos apartamos del fuego y permitimos que Pauline cumpliera su deseo. Rezó en voz alta, en latín católico, y luego hundió en el agua hirviendo sus manos, no protegidas por las raíces aplastadas y la médula de las plantas. Las sumergió y las dejó allí. Los ojos se le hundieron en el cráneo y la piel de sus pómulos se estiró casi hasta el punto de quebrarse. Si abría la boca, pensé, brotaría un chorro de puro vapor. Pasó un momento. Luego aulló y saltó. Atravesó las débiles paredes de la tienda, derribando los postes de sauce, las pieles y las mantas a nuestro alrededor. Luego echó a correr a la luz de sus brazos escaldados y siguió el negro camino de regreso a la ciudad.

Finalmente no sé si fue la cura lo que salvó a tu madre, o el dinero. Pasó la fecha límite, pero llegó un día en que reunimos todas las monedas que había en la casa, todo lo que habíamos recibido en pago por las pieles curtidas de castor, nutria y rata almizclera de Eli, por las cajas adornadas con plumas de Fleur, las mantas de piel de conejo, el pescado seco. Alisamos y apilamos los dólares de la caja de hojalata que nos había pagado Pinkham por nuestros grandes sacos de corteza. Añadí el dinero que había recibido por un antiguo tahalí adornado con cuentas y Margaret sacó de un mocasín veinte dólares en monedas antiguas. Nector añadió los regalos que le habían hecho a cambio de pequeños animales. Cuando estuvo todo junto sobre la mesa, Margaret se sentó y lo contó. Vino luego el padre Damien y también él contó el dinero, y

añadió el último cuarto de dólar de su propio bolsillo. Metido dentro de un saco, el dinero para las contribuciones caía con un ruido fuerte y satisfactorio sobre la mesa. Había bastante, tal como había dicho Margaret, para pagar las contribuciones correspondientes a las tierras de los Pillager y los Kashpaw. Ni más ni menos.

Tal vez, si tu madre le hubiese llevado el dinero al Agente, aún vivirías en la costa del Matchimanito. Pero estaba nuevamente alegre, confiada, fatigada del trabajo. Eli se ocupaba de sus trampas, mi cadera estaba inutilizada y Nector se ofreció ansiosamente a asumir la responsabilidad.

Y más tarde, cuando regresó, estábamos tan felices y aliviados que nadie pensó en pedirle un recibo, nadie advirtió con cuánta frecuencia Nector iba muy lejos de caza o se quedaba en la ciudad, o con su madre en su casa. Sólo yo me sentí herido por las frecuentes ausencias de Margaret. Dedicaba días a limpiar su sótano vacío, horas y horas a cubrir de argamasa y alisar los muros de la casa construida por Kashpaw. Y también tenía que ocuparse de mí y frotarme para que pudiera unirme con ella. Margaret era dura como las cerdas de un cepillo, y finalmente acabó conmigo. Sin ella me desanimé y empecé a vivir en el pasado, en tiempos antiguos, la época perdida en que abundaban la caza y los compañeros de humor acerado, las épocas en que habría llevado cuatro días ir de un extremo al otro de esta reserva.

Primavera de 1919

Baubaukunaetae-geezis
Sol de los sembrados

Pauline

Cristo era débil, ahora lo comprendía, un manso recién llegado a este país que tenía sus propios demonios en el agua hirviendo de las ollas. Alcé las manos hasta mi cara. Unos gruesos rollos de gasa que olían a carne asada, olor que me enferma desde entonces, porque lo único que había encontrado la superiora para aliviar mis quemaduras era la grasa de un trocito de carne de venado. Esa noche en la cama del convento supe que Dios no tenía mando ni asidero en esta tierra, o no se apiadaba de los justos o que, tal vez, a pesar de mi fe y de mis sufrimientos, yo todavía era insignificante. Lo que parecía imposible.

Yo sabía que jamás había existido una mártir como yo.

Estaba hueca excepto cuando el dolor me llenaba, vacía excepto del dolor, y sin embargo la ordalía incesante de mis manos quemadas era terrible. No sé decir cómo era. Carecía de belleza a ese nivel. Yo sólo soportaba. Tenía fiebre. El misterio de lo que veía me distraía un poco. Una noche Él se me acercó andrajoso, vestido como un buhonero, con un saco lleno de tenedores, tijeras y paquetes de agudas agujas a la espalda. Probó las puntas en mi carne.

—¿Eres el Cristo? —grité por fin.

—Soy la Luz del Mundo —rió.

Pensé en Lucifer. Hasta el diablo cita las Escrituras para sus malvados fines. Yo estaba tan inerte en esa cama, las sábanas estaban tan almidonadas que oía muy amplificado su roce y sus bordes cortaban, y no tuve voluntad suficiente para arrojarlo por la ventana y ni siquiera para mover el cuello y comprobar si tenía cola.

Pero en ese momento oyó pasos en el vestíbulo y se marchó sin que yo le dijera una palabra, por el mismo camino por el que había venido. Oí el viento que levantaban sus alas desplegadas de par en par.

—Nos encontraremos en el desierto —gritó antes de desvanecerse. Me maravillé. ¿Qué amo me había pedido que descifrara esas palabras? Debía odiar a uno y adorar al otro.

Entró la hermana Saint Anne, con un tazón de caldo de colas, aletas y huesos aplastados de carpa.

—Esto te fortalecerá.

Arrimó un pequeño taburete de tres patas, se sentó a mi lado, alzó la cuchara de madera hasta mis labios. Pero la sopa quemaba. Escupí en el suelo la primera cucharada.

—Perdóname —dijo la hermana Saint Anne. La cuchara tembló entre sus dedos y se formaron debajo de sus ojos unas manchas rojas que se extendieron y sólo dejaron blanca la punta de su nariz arqueada. Estaba furiosa. Yo la conocía lo suficiente para estar segura, pero sin duda Satán me envenenó la sangre y probó en mí sus agujas porque no pude refrenar mi lengua.

—Apeestas —le dije a la hermana Saint Anne—. Hueles peor que tu inmunda sopa. Llévate esa basura.

La hermana Saint Anne quedó congelada mientras volcaba unas gotas. Tenía una cara pequeña, bastante dulce cuando rezaba para conmovier a un corazón malvado, pero yo ya era pura.

—Abre la boca —dijo la hermana Saint Anne.

Apreté la mandíbula y experimenté cierta sensación de triunfo cuando ella perdió la paciencia. Un pecado venial que debería confesar luego al padre Damien. Puso la sopa en la mesita al lado de la cama, y me apretó con fuerza la nariz. Me debatí pero no pude rechazarla con las manos. En el primer momento decidí contener la respiración. Tanto mejor si me asfixiaba, porque ella llevaría para siempre en su alma la mancha de mi muerte, tal vez inconfesable, que sellaría su destino en el juicio final.

Cerré los ojos. Para no respirar empecé a viajar. Pero no podía seguir el camino de los tres días, que ya sabía adonde llevaba. Me vi obligada a seguir un camino que no quería, el desvío que conducía al bosque. Recorrí sin querer el viejo camino al lago Matchimanito, pasé junto a la laguna redonda y las altas cañas amarillas, por la nieve apisonada y la hierba entre los inmensos robles, llegué al claro, fui más allá de la cabaña de Fleur, me abrí paso entre la espesura y me detuve en la orilla.

El lago palpitaba y ondulaba y el cielo estaba oscuro, pero brotaba luz de las escamas y brillaba en las puntas de los cuernos cuando surgió del agua como un escudo, como una coraza, con anillos de hierro en la piel y lascas de piedra blanca en los labios.

Sin duda proferí un grito terrible. Por lo menos abrí la boca. Porque cuando desperté estaba tragando un torrente de caldo salado de pescado, y

otro y otro, basta que el tazón quedó vacío y la hermana Saint Anne gozó de la satisfacción de pedirme perdón.

—Te sentías tan mal que no sabías lo que decías —sugirió.

Fingí un sueño repentino, pero no descansé. El desierto me rodeaba y yo sabía cuál de los dos era Dios. Cristo había apartado de mí su rostro por una razón que no era mi insignificancia. Cristo se había escondido por debilidad, dominado por el fulgor de las escamas de cobre, espantado por la inquebrantable longitud y la lujuria de la criatura. Los nuevos demonios exigen nuevos dioses.

El Oscuro en la oscuridad, recé. El Dios verdadero en la verdad.

Pregunté dónde podría encontrarlo, en qué país, en qué desierto. Porque mi propio Dios era manso como un cordero y yo me había fortalecido día tras día con Sus pruebas y Sus privaciones y era yo la que estaba armada y acorazada aunque tuviera las manos atadas. Era yo quien tenía la astucia de la serpiente y la habilidad de conseguir el perdón. Yo estaba hendida en el centro por mi pecado de aquellos tiempos en Argus, marcada como un árbol herido por el rayo. Muy adentro, esa malvada vena negra, dulce como el carbón, estaba a punto de disolverse. Si yo no traicionaba a Jesús en Su adversidad, Él no tendría otra opción que purificarme. Yo sería Su campeón y también Su salvadora.

Cuando logré desenredar todo esto, me dormí sin soñar. Desperté a la mañana siguiente, comí la avena cocida que me trajo la superiora, bebí el té flojo y sin azúcar de la taza que me acercó a los labios, recé fervientemente con ella y recibí con humildad su bendición. Traté de besar la manga de su hábito, pero mis manos vendadas eran demasiado torpes para aferrar la tela rústica. Más tarde, cuando me cambiaron las vendas y sentí un terrible dolor, con las usadas se fue mi piel. Cada pocos días perdía una nueva piel; comía y bebía lo que las hermanas me traían. Engordaba en la cama, me fortalecía sutilmente. Poquito a poco me engrandecía a los ojos de mi Señor. En mis manos crecía la nueva carne, suave y sonrosada como la de un bebé, sólo que más tirante, más dura y apretada, de modo que los dedos se me torcían como las garras de un pajarito recién nacido.

Empecé a salir. No iba a cazar como Fleur. Me quedaba dentro de mi propio cuerpo y sólo dejaba detrás de mí las huellas de mis zapatos puestos al revés sobre el barro de la primavera. Por supuesto rezaba a cada incómodo paso, pero no me dirigía a Dios como una penitente, con humildad, sino como un león peligroso que irrumpiera en un círculo de pálidos y desmayados creyentes. Le había dicho a la superiora que ésa sería mi última visita al

Matchimanito antes de mi noviciado, y que luego repudiaría mi vida anterior. Sabía que después no volvería a ver a los Pillager, a los Kashpaw ni al viejo Nanapush, y que tampoco ellos me extrañarían. Yo estaba comprometida con una tarea y, cuando estuviese cumplida, ya no me serviría de nada esa última tribu perdida de Israel, ni le daría cuartel.

Ya podían fornicar y morir de hambre, ofrecer sus hijos a los cuervos y a los perros, adorar los huesos de los animales o el líquido ámbar de una botella. Nada de eso me importaba. Yo era la elegida, la Suya, limpia de las manos frescas de Fleur en mi frente, del roce de los muslos de Napoleón, del cálido y fútil asombro de Russell Kashpaw allá en Argus, de los helechos de escarcha en el pelo de Dutch James, de los insoportables guisos de grulla que preparaba Margaret, del agudo llanto infantil que me quebró en dos. Libre de Nanapush, ese inventor de palabras suaves, artífice de trampas y humillaciones.

Él era el servidor del lago y el amo de sus secretos. Ninguna creencia iluminaba su mente y se reía demasiado de todo. De mí. No merecía tolerancia ni perdón. Por eso ni siquiera vacilé cuando llegué a la costa sur y una voz me dijo dónde escondía el viejo su canoa remendada. La saqué de su escondrijo y luego busqué en la costa la piedra conveniente hasta que la encontré, una con la forma precisa para anclar la embarcación. La até al rollo de cuerda que guardaba en la proa, la metí dentro y empujé la canoa al lago.

Era una serena tarde azul de primavera. Llegué hasta la mitad del lago, vi a los Kashpaw en el bosque. Eli lanzaba al aire a Lulu con sus brazos. Margaret, en la costa, ayudaba a Nanapush a sacar peces de la red. Cuando estuve suficientemente cerca para distinguir sus voces, dejé caer la roca.

Abajo se fue. Bajó y bajó hasta donde la cosa estaba enroscada, todavía entumecida a medias por el invierno. En mi mente vi cómo la piedra resbalaba por su cuello. Abrió un ojo dorado. Yo estaba en la canoa, el manto gris de lana contra el cielo cambiante. El azul se iluminó sobre las plumas de niebla brillante a la deriva. La brisa de primavera soplaba con más viveza. Tardíos carámbanos y lajas de hielo flotaban entre las olas. Ese viejo pícaro y perezoso no había calafateado bien la canoa, porque en seguida empezó a inundarse.

El agua me llegaba hasta los tobillos. Recé. El agua se detuvo.

—¡Nanapush! —Él grito onduló, diseminado por el viento, pero todos, inmóviles en la orilla, miraban y señalaban. Eran unos haces de palillos atados con tela, tan ridículos que en la excitación de mi brusca hilaridad estuve a punto de caer por la borda. No esperaba que el mayor peligro fuera

ver su bailoteo, pero allí estaban esas convulsiones de risa enviadas por el demonio, esos espasmos que recomenzaban cada vez que una figura en la playa sacudía los brazos o corría en círculos. Así es como debía de sentirse Dios: más allá de la molestia, fuera del alcance.

Y se esforzaban. Hora tras hora vi sus torpes intentos, vi cómo se formaba una multitud, con mis hermanas y el sacerdote. El propio padre Damien lanzó a las olas un pequeño bote marrón, pero Dios lo devolvió a la orilla, empapado y enfermo, porque el agua estaba lo bastante fría para helar la sangre. La de ellos, no la mía. Yo rugía como un horno de fragua y reía, y hasta el hábito mojado se mantenía caliente junto a mi carne. Yo era importante, estaba fuera de su alcance, incluso del de Fleur, aunque ella debía de estar oculta en la cabaña, debilitada por mi acción, porque no la vi. Apareció Napoleón tambaleándose, con Clarence y otros inútiles. Allí estaba Sophie, desgarrada, pálida, arrastrando a la niña bastarda que solía cuidar desde que Bernadette estaba postrada. Marie.

Yo sabía cuál era la intención de Bernadette, conocía sus razonamientos. Pero recordé que Cristo encarnado me había perdonado. La niña se desprendió de la mano de Sophie y fue a trompicones hasta la orilla. Era flaca como un palo y tenía el pelo negro despeinado, pero la habían dejado así sólo para tentarme, lo sabía, y no me conmoví ni vacilé.

Los Kashpaw y los Pillager volvieron la espalda a la multitud creciente y se alejaron. Sólo Nanapush se quedó, puro trapos y palillos torcidos, suficientemente hábil para navegar en el mismo bote que Dios había detenido cuando lo tripulaba el sacerdote. Recé mientras el viejo pícaro avanzaba y se enderezaba ola tras ola, para que Dios lo atrajera y volcara la embarcación lejos de la orilla. Pero siguió acercándose; varias veces estuvo a punto de zozobrar y en dos oportunidades dio una vuelta completa, de modo que sólo remando furiosamente consiguió sostenerse y continuar en la dirección correcta. Finalmente estuvimos lo bastante cerca para hablar.

—¡Esa canoa no sirve, Pauline! —aulló.

Desdeñé responder, simplemente me mantuve en equilibrio.

Se acercó más, puso cuidadosamente el remo a su lado, se aferró al borde de mi canoa y me gritó en la cara:

—¡Ven conmigo, muchacha estúpida!

Me arrodillé en el fondo y uní las manos. La canoa se hundió un poco más.

—No sólo de pan viviré —dije.

—Hay carne —replicó, mientras se hundía entre dos olas—, un buen guiso.

—Quiero las palabras de la boca de Dios.

—¡Te ahogará!

—Ponte detrás de mí —murmuré.

Oyó. Mano sobre mano alcanzó la proa y la sostuvo. Pero yo empecé a desplazar mi peso, a mecerme, y estuve a punto de volcar las dos embarcaciones, de modo que él tuvo que soltarse.

—Mira hacia la orilla —gritó, y me mostró el reino de los condenados, de las personas vivientes que señalaban con asombro y miraban boquiabiertas, con renovado interés por el drama. Eché a reír porque allí estaba Bernadette sosteniendo contra la cara un pequeño instrumento: supuse que eran los gemelos de teatro de nácar, de su madre, que habían viajado desde Montreal en un baúl.

Traté de arrancar el remo de manos de Nanapush y arrojarlo al agua, como había hecho con el mío, para dejar al viejo a merced de sus dioses, pero él se retiró con la gracia de un acróbata y se dirigió a la costa. Cuando se fue miré las nubes plumosas, esperando una señal, una promesa, una respuesta, que no aparecieron hasta que miré más lejos, y vi en la orilla a Fleur, separada de los demás, tan oscura y demacrada que al principio me pareció un árbol joven ennegrecido por la lluvia. Estaba de espaldas.

Le grité, pero el viento desbarató mis palabras.

Su figura adquirió relieve, como si la fuerza del grito la hubiese agrandado. Tenía el pelo cubierto por una bufanda blanca y brillante como la luna, cuyos extremos revoloteaban y le azotaban el cuello. Pero el resto de ella estaba inmóvil. Sus pesadas ropas negras, el chal y su actitud rígida hacían pensar en una puerta a la oscuridad.

Yo estaba delante y se abría, tan lentamente que oí crujir los goznes. Un segundo después estuve dentro; no podía respirar y el agua me anegaba, el agua fría y negra de los ahogados, una manta inerte. Creí que me quedaría encerrada allí, pero ella volvió a girar y se alejó, una abertura negra en el aire, un pasaje hacia ella misma. Una tristeza abrumadora. Me alegré cuando por fin se acercó la noche.

Las olas eran monótonas. No llovía, aunque la niebla y la espuma me empaparon gradualmente. Al hincharse las tablas, las hendiduras de la canoa quedaron selladas. Encontré una lata de tocino atada con una cuerda, la usé para achicar. En la costa brotaron hogueras entre los árboles. Las sombras de sus cuerpos eran menos a medida que la noche descendía y yo quedaba fuera

del alcance de sus ojos. Ahora nadie se atrevería a salvarme. Las filosas costras de hielo podían cortar en dos un bote. Yo estaba a salvo, o por lo menos libre de cumplir mi propósito, que era el de pasar cuarenta días y cuarenta noches de sufrimiento en el desierto, o tanto como aguantaran los remiendos de la canoa. Estaba decidida a esperar al tentador, al que esclavizaba a los ignorantes y los guiaba a la condenación. Yo iba a atravesarlo con la cruz.

El agua me entumecía los pies; luego la insensibilidad trepó hasta mis rodillas. Seguí rezando pero nada ocurrió. Las olas se agitaban alrededor del bote, el hielo raspaba el casco y golpeteaba sin cesar, y luego se hundía. Las hogueras, en la linde del bosque, se convirtieron en un fulgor doloroso. Me retorcí la falda, hice que la sangre volviera a correr por mis pies y mis piernas y me acosté en el fondo. También podía rezar protegida del viento cortante.

Entonces la cosa sumergida cortó la cuerda del ancla con su larga cola de dientes de sierra y empezó a arrastrarme hacia la orilla.

La canoa bogaba. Las estrellas pasaban como un torbellino. El viento se apoderó de mi velo y finas lascas de hielo pasaban cantando junto a mi cara. Las olas golpeaban con más fuerza, pero yo iba ahora erguida como un mascarón de proa. Sostenida por las manos de Dios, me preparé para ir a Su encuentro sin trabas. Me despojé del hábito, el velo y la camisa. Me quité las medias y la tira de tela que me achataba los pechos. El viento arrancó la ropa de mis manos y la arrastró al agua mientras me acercaba a las brasas ondulantes, encendida yo misma en mi propia carne desnuda, y finalmente sin otro escudo ni arma para hacerle frente que mi rosario.

Salté a tierra cuando la canoa encalló en la orilla y avancé descalza, fuerte y preparada como un hombre joven. Mi pelo largo subía y bajaba sobre los hombros, y sentía en mi interior el oleaje del lago.

—¡Muéstrate! —dije, desafiante.

Y así lo hizo cuando salió del agua para enfrentarme. Retrocedió, dejó caer su manta embarrada. Mis ojos reflejaron las brasas y el calor de su cuerpo me invadió. No era enorme, pero parecía bastante grande a la luz color bronce, del tamaño de un hombre. Sostuve con el brazo extendido el rosario, como un lazo, y me adelanté. Él dio un paso atrás y se llenó de piedrecillas las manos de aspecto humano, y también la boca, pues creo que cuando habló unos cantos rodados negros, del fondo del lago, brotaron de sus labios gruesos y me golpearon y quemaron con un mido sibilante. Esas palabras y picaduras ardientes me proporcionaron un extraño placer que me templó de pies a cabeza. Con ese vacilante fulgor, yo veía doble o no veía. Sentí su hálito, un

leve vapor en mi garganta cuando chocamos. Y entonces lo aferré y me impuse y crecí a su alrededor como la tierra junto a una raíz y lo inmovilicé.

Le eché el rosario al cuello y enumeré las cuentas mientras apretaba. Él se sacudió como el viento y el esfuerzo de sostenerlo me hizo sentir mareada, seca y ligera como un puñado de cerillas. Él se irguió, me empujó contra un tronco y me refregó de arriba abajo hasta que yo descargué el golpe. Grité una vez y luego solté la lengua y aullé maldiciones profanas. Le metí en la boca la punta de su manta, lo obligué a arrodillarse en la arena, y luego caí sobre él y lo devoré, me extendí en todas direcciones, atonté mi propio cerebro hasta que lo único inteligente fueron mis manos agarrotadas.

Lo que les ordenaba, ellas lo cumplían. Mis dedos se apretaron como un cerrojo de hierro sobre la sólida cadena del rosario, enroscaron y retorcieron las cuentas alrededor de su cuello hasta que se le ennegreció la cara y trató de liberarse. Apreté mientras él se revolvía y se ahogaba y finalmente caía y su lengua resbalaba hacia abajo a lo largo de mis muslos.

Lo aparté a patadas y lo empujé con los golpes de mis pies. Una luz apareció en el cielo y la cosa adoptó una forma humana, que reconocí gradualmente. Por fin tomó la forma física de Napoleón Morrissey.

Mientras el fuego se extinguía y el alba se ensanchaba examiné sus rasgos y confirmé que era verdad. Sentí creciente horror y me estremecí violentamente hasta que de pronto se me reveló que no había pecado. No había en mis actos error ni culpa. ¿Cómo habría podido adivinar qué cuerpo revestiría el demonio? Él me había desafiado, atraído, arrojado un montón de mantas a la cara. Se me había aparecido como la cosa del agua, con su coraza de cristal y sus pendientes de hierro al rojo. Ciertamente podía probarlo, porque estaba salpicada de quemaduras, como si hubiéramos rodado sobre brasas ardientes, marcada por sus escamas con curiosos círculos rojos y magullones que parecían lunas y estrellas.

Había que trabajar arduamente, entonces. Lo arrastré por los tirantes hacia el interior del bosque y lo dejé entre unas malezas altas. Tanto me daba que lo encontraran o no. Eché a andar de regreso a la Misión, empecé a correr y entonces advertí que aún estaba desnuda. Me revolqué en el barro blando hasta que mis brazos y mis pechos y todo mi cuerpo quedaron recubiertos. Arrojé hacia lo alto el rosario que describió un arco y desapareció lejos, en la espesura. Yo era ahora una criatura noble y pobre, vestida de tierra como Cristo, en pieles como Moses Pillager, vestida de nieve o simplemente de aire. Dios me amaría más en la forma de un lirio, aunque esa flor no había aparecido todavía en las tierras de la reserva. Una y otra vez mientras subía la

colina me arrojé a los zanjones. Rodé entre las hojas muertas, el musgo, los excrementos de animales. Cubierta de hojas y plumas de un pájaro caído me dije que no trabajaría para comer sino que viviría como las golondrinas y los ratones, como la más humilde de las cosas que Él amaba, de manera que cuando llegué al convento, mientras me arrastraba y pasaba entre las más madrugadoras, yo no era nada humano, nada victorioso, nada parecido a mí misma. Sólo era un trozo del bosque.

Ahora estoy recuperada, santificada y a punto de que nuestro obispo me despose en la iglesia de nuestra diócesis. Seré la novia y Cristo me tomará como esposa y no moriré. Porque los tiernos cuidados de mis hermanas hicieron que recobrara el sentido, me bañara en el nombre de mi Divino Esposo, comiera Su carne y bebiera Su sangre, tan brutalmente derramada. Tal es la amabilidad de mis hermanas que todavía me atan los zapatos y esperan a que me lleve a los labios cada bocado de la cena.

Durante estos últimos meses supe muchas cosas manteniendo los ojos cerrados y oyendo las charlas ociosas de mis hermanas. Supe que los Morrissey encontraron el cuerpo del viejo borracho en el bosque, detrás de la cabaña de Fleur, y que por supuesto le echaron a ella la culpa de la muerte de Napoleón. El chico Pukwan, que ahora tiene gran influencia, ha esperado largo tiempo a desquitarse de la enfermedad fatal de su padre, una maldición de los Pillager.

Creo que esa noche el monstruo fue domado, enviado al fondo del lago y encadenado por mi obra. Porque se dice que unos agrimensores llegaron al desvío que va hacia el Matchimanito en un camión desvencijado y empezaron a tomar medidas. Seguramente ésa fue la mano de Cristo. Veo más lejos y anticipo más de lo que he oído. La cabaña de Fleur será derribada y la cubrirán hojas. El sitio continuará encantado, supongo, pero nadie tendrá oído bastante fino ni visión suficientemente aguda para oír las tenues voces de los Pillager ni distinguir sus sombras quietas. Los necios ancianos temblorosos morirán con sus tretas y sus conjuros y los jóvenes, como Lulu y Nector, regresarán ciegos y sordos de las escuelas del gobierno.

Me han asignado la tarea de enseñar aritmética en la escuela de St. Catherine, en Argus. Es como si la superiora lo hubiera sabido y me hubiera enviado allí como una expiación. Sin embargo habló con voz amable, dijo que son raras las vocaciones como la mía, y me instó a dar el ejemplo a las otras hijas de esta región. He hecho voto de utilizar mi influencia para guiarlas,

purificar sus mentes, modelarlas a mi propia imagen, aunque no me gustan demasiado los niños, sus voces estridentes, su ansiedad, sus gritos destemplados. Mediante la perseverancia me sobrepondré a mis instintos. Añadiré sus almas a las que ya he reunido. Porque no podemos imaginar los designios de Cristo. Su amor es como un anzuelo profundamente clavado en nuestra carne, un signo de interrogación que tira de nosotros cada vez que respiramos. Algunos pueden desentenderse y no sentir la presencia de ese garfio. Yo no. Responderé con mi velo y con el anillo de la fidelidad. Rezaré mientras me corten el pelo. Rezaré cuando vista el hábito perfumado con alcanfor y llevaré el nombre que saque al azar de la mano de la superiora.

Recé antes de desplegar el papel. Pedí la gracia de aceptar ese nombre, de dejar atrás a Pauline, de recordar que mi nombre, cualquier nombre, era sólo una piel desprendida.

Leopolda. Pronuncié las sílabas poco familiares. Se me acomodaron. Crujieron en mis oídos como un puño contra el hielo.

Otoño de 1919-Primavera de 1924

Minomini-geezis
Sol del arroz silvestre

Nanapush

Empezó como un murmullo lejano, una alteración del viento. Vimos una cantidad inusitada de aves y otros animales que anidan en los árboles o hacen en ellos sus cuevas. Sinsontes y gallinetas se posaban en las altas hierbas alrededor de la cabaña de Fleur. Kokoko se mostraba a plena luz del día y al anochecer se paseaba por el techo, cantando una sola nota. Los conejos llegaban al borde del claro, las ardillas saltaban entre las hojas, libraban furiosos combates por sus territorios. El murmullo se volvía más distinto.

Y un día los oímos con toda claridad. Los gritos de los hombres y el suave impacto de las hachas de acero rebotaban sobre el agua y llegaban hasta nuestra orilla. El áspero susurro de las sierras, las ruedas de madera que giraban en los ejes sin engrasar, estridentes como lejanas bandadas de gaviotas.

Esa mañana Fleur se vistió, se ciñó el cuchillo de caza y cargó su rifle.

—Espera —dije—. Déjame averiguar primero.

Fui hasta el pueblo y durante todo el camino, en las casas donde me detuve a beber agua y a charlar para tratar de descubrir la explicación del desmonte, encontré silencio. Los que consideraba amigos volvían la cara, demasiado nerviosos para hablar. Los enemigos no fingían ignorancia. No podían. Los Pukwan, Morrissey, Lazarre que encontré por el camino exhibían sin disimulo la satisfacción de sus corazones.

Y sin embargo, me enteré de que el Agente no estaba contra nosotros. Entré en su despacho y me quedé de pie delante de su escritorio. Me dijo que no era por su culpa que los árboles se hubieran vendido y que los estuviesen derribando. Tampoco la tribu tenía la culpa. No había adversarios, traidores ni nadie con quien pelear. Bernadette era cordial. El Agente sonreía y hablaba con suavidad.

—Recibimos una oferta muy buena de una compañía maderera por la tierra. El gobierno está obligado a aceptar una oferta así cuando no se ha pagado la contribución.

—¿Que no se ha pagado? —Meneé la cabeza—. Sí se pagó. Vi con mis propios ojos a Nector y a su madre cuando recogieron el dinero. Fueron a la ciudad con el sacerdote y le entregaron a usted esas monedas y billetes. La contribución se pagó.

—Ah, sí —respondió el Agente—. Los Kashpaw me trajeron una buena suma, pero lo que no sabe es adonde fue a parar. Nector y su madre lo usaron todo para pagar las tierras de los Kashpaw.

Vio mi sorpresa, mi perplejidad, y continuó sin inmutarse.

—Por supuesto, había que cobrarles una multa porque el pago estaba realmente atrasado. Ahora recuerdo; tuvimos una discusión por eso y Margaret, bueno, usted la conoce, es una mujer astuta. Por fin todo se arregló porque el dinero alcanzaba, pero sólo para la contribución de los Kashpaw.

Supongo que trastabillé; su respuesta me había aturdido.

El Agente apartó de la pared una silla y me la ofreció.

—Siéntese, abuelo —dijo. Se dirigía a mí como a un anciano, pero hablaba como si yo fuera un niño—. Le explicaré. La Compañía Turcot consintió, muy amablemente, en iniciar la tala de árboles del otro lado del lago. Eso dará a los residentes tiempo para recoger sus pertenencias. Y hasta para construir en otra parte.

Tenía una cara lisa y fresca, y un bigote amarillento le cubría el labio superior. Vi aquel cepillito que subía y bajaba a cada palabra, aferré el bastón y hablé. Dejé de lado lo peor, que en ese momento era la decisión de Nector y de Margaret. Me concentré en el hombre que tenía delante de los ojos.

—Yo no soy su abuelo.

Se rió como si hubiera hecho un chiste.

—¿Cuánto se pagó?

—Oh, mucho dinero, señor Nanapush. Un precio muy bueno.

Golpeé el suelo con el bastón al lado de sus zapatos de punta redondeada.

—¿Y qué parte de ese buen precio, y tal vez de esa multa ilegal, cayó en sus bolsillos? ¿Cuánto valen las paredes de mi vieja cabaña, que le ha regalado usted a los Lazarre? ¿Cuánto dinero tiene escondido en el colchón de Bernadette?

La señalé con el bastón. Pero ella me miró desvergonzadamente y dijo:

—Vete de aquí, viejo pelambres.

En el camino de regreso a Matchimanito, con bastante dolor de cintura, descansé a cada milla y reflexioné en la situación. Comprendí que el padre

Damien miraba a una distancia que yo no había imaginado. Tenía razón; yo debía haber tratado de aprender esa nueva forma de ejercer influencia, de gobernar a los demás con una pluma y un papel. Miré a mi alrededor. Tal vez, si lo hubiera hecho, el camino por donde iba no sería surcado por las ruedas de los carros cargados. Tampoco se habrían formado grandes hondonadas por donde pasaban carros y cuadrillas de trabajadores después de las lluvias. Los hombres muchas veces arrastraban trineos, que también cortaban la tierra, así como los cascos herrados de los animales.

Era el camino de la muerte para los árboles y para todo lo que vivía a su sombra. Ahora las voces y los ruidos venían desde el este, a mi parecer más próximos a la cabaña de Fleur que esa mañana. Me preparé y entré en el viejo sendero a paso lento. Yo sabía que había plantado la semilla en la mente de Nector cuando le dije que ahora las esposas de muchos indios compartían la tierra de sus maridos. Nector había pagado la contribución de su parcela por previsión, astucia, codicia: todas las cosas que harían de él un buen político. A medida que crecía, cada vez se parecía más a Eli en el rostro y menos en el espíritu. El hermano mayor nunca perdió su vínculo con el pasado, el menor ya sólo miraba hacia delante.

Yo tenía el ánimo por el suelo. Sabía lo que iba a ocurrir.

Más allá, cuando me acerqué a la cabaña de Fleur, el bosque continuaba intacto, alto, fresco. El viento de sus ramas era un techo protector de aire. No sabía por qué alguna vez me había inspirado temor, por qué había querido interpretar el lenguaje de sus frondas. El sendero volvió a tornarse angosto y sentí que mis parientes se acercaban, sentí el roce de sus etéreos pensamientos y quejas. Estaba perdido entre mis argumentos y mi asombro cuando una niñita salvaje con ramitas entre el pelo, emboscada, me aferró la pierna y me registró los bolsillos en busca de caramelos. Te sorprendió no encontrar nada y no escuchar una excusa. Me tomaste la mano y me llevaste al lado de tu madre. Fleur estaba en la costa, y mientras nos acercábamos se mantenía rígida, como si supiera lo que iba a ocurrir. Sus ojos miraban la orilla opuesta; no se volvió a mirarme.

—¿Ves algo? —pregunté.

Fleur inspiró tras un largo silencio, amargamente, y murmuró sin desviar la vista:

—Nada. ¿Qué has averiguado?

Eli se acercó y aguardó, agachado a la sombra de un árbol, a que yo dijera lo que, como entonces comprendí, ya sabía.

Y así, mientras vosotros tres estabais allí, conté la historia. Después de ese momento he visto a cada uno de vosotros en su vida separada, nunca juntos, nunca como debería ser. Si quisieras hacer felices los últimos días de un anciano, Lulu, convencerías a tu madre y a tu padre de que me visitaran. Yo traería de vuelta los viejos tiempos, los obligaría a reflexionar, a mirarme nuevamente a los ojos. Encontraría una medicina. Pero tú, corazón duro, ni siquiera llamas madre a Fleur y no te quitarías tus zapatos puntiagudos para atravesar la espesura e ir a verla. Quizá cuando te diga por qué motivo te envió lejos empezarás a conducirte como una hija. Te salvó de algo peor, como verás. Quizá, cuando finalmente lo comprendas, me pedirás prestadas las botas, irás allá y la perdonarás, aunque eres tú la que debe ser perdonada y la que necesitará una madre cuando ese Morrissey gima junto a tu oído, te haga un hijo y desaparezca.

De todos modos, ese día de hace tanto tiempo le dije a Fleur todo tan rápido como pude, sin esconder nada. Cuando mi voz calló, sentí el terrible alivio del silencio, y luego temor por lo que podía hacer Fleur.

Desde el otro lado del lago llegó el débil grito de advertencia de un hombre, luego una larga caída y el resonante golpe del árbol cuando cayó a tierra.

Fleur se inclinó, recogió algunas piedras y se las guardó en los bolsillos. No me contestó. Parecía que no tenía en cuenta lo que le había dicho, o quizá no lo creía, a tal extremo eran serenos sus movimientos. Examinaba las piedrecillas lisas que tenía a su alrededor; rechazaba algunas, guardaba otras. Pensé que quizás estuviera obnubilada por el dolor y el desamparo. Golpeé el suelo con mi bastón para que me atendiera. Te puse a ti delante de sus ojos. Eli encontró palabras, explicaciones. Recordó lo que había dicho mucho antes Margaret; Fleur compartiría la tierra de los Kashpaw si se casaban. Se agachó al lado de Fleur, le habló en voz suave, le acariciaba los brazos con la punta de los dedos. Volví a oír las palabras de Nector sobre el valor de la tierra y lo conveniente que era una casa situada junto al cruce de caminos, esta vez en los labios de Eli. Las manos de Fleur se movían velozmente separando las piedras y tú la ayudabas como si supieras para qué servían.

—El padre Damien nos casará sin esperar a las amonestaciones —sugirió él en voz baja—. La casa de mi madre es pequeña, pero le añadiré dos habitaciones. Después trabajaré en la ciudad, o cazaré un centenar de armiños. Conseguiré dinero, suficiente para comprar una parcela aquí. Pero no te enfades con Nector. Es joven, es como mi hermano gemelo.

Fleur apretó una gran piedra chata contra su pecho. Parecía calcular el peso de la roca, los ojos fijos en el agua a lo lejos. Miraba en cierta dirección, hacia un punto iluminado por el sol del otro lado, donde las olas se elevaban con fuerza y regularidad por encima del horizonte gris azulado. Una nubecilla de vapor flotaba, recogía la luz, se desenroscaba.

Dejé caer el bastón, me incliné y puse mi mano en la boca de Eli. Con la otra mano traté de aferrar el vestido de Fleur, pero ella te rozó, pasó de largo y entró en el agua. Las olas circundaban sus pasos enérgicos y las piedras que llevaba en los bolsillos y la que apretaba contra el pecho la llevaron rápidamente a las profundidades. El agua se cerró sobre su cabeza. No estaba en ninguna parte; se había ido tan rápidamente que, por pura incredulidad, permanecimos inmóviles, como estábamos. Eli volvió en sí primero, corrió a la orilla y se quitó las botas. Se lanzó hacia el punto en que ella había desaparecido y cuando emergió la rodeaba con un brazo. Fleur lo arrastró hacia abajo. Por la turbulencia del agua se veía que luchaban. Quizás Eli le arrancó la piedra de los brazos y le vació los bolsillos. Tal vez le dio un golpe en el mentón y la desmayó, porque ella había tragado agua y tosía. Eli la arrastró por el pelo corto y enredado a la costa. Lo ayudé a darle la vuelta en la orilla, gris, ahogada, y te pedí que corrieras a buscar mantas a la casa, cualquier cosa, para que no vieras.

En tu madre había un vacío, un terrible silencio, la sonoridad interna de un tambor, y dije en voz alta:

—Ésta es la tercera vez que se ahoga. —Me obligué a sacudirle la cabeza mientras Eli le extendía los brazos. Pero cuando abrió los ojos, negros como piedras del lago, agudos como el hielo, me aparté de ella. Fleur hizo girar el agua en la boca y la derramó en un torrente.

—Quítame las manos de encima —susurró. Traté de apartar a Eli. Debajo, el suelo temblaba; sentí cómo se estremecía, y no era una tormenta que se preparaba muy lejos ni un árbol derribado; era lo que estaba en el agua y no me atrevía a nombrar. Eli, que se había convencido de que Fleur no era otra cosa que su mujer, sintió la ternura de un marido y se dejó caer sobre el cuerpo de ella con caricias y palabras de amor. Ella se apartó, le aferró las orejas como las asas de un cántaro y mantuvo su cara a unos centímetros.

—*Nector* ocupará mi sitio —dijo.

Eli se echó atrás cuando lo soltó, pero Fleur no apartó su mirada de él. En sus labios empezó a formarse una segunda maldición y Eli se incorporó un poco, comprendió, se irguió del todo y retrocedió sin volverse. Cada paso que daba era más definido. Aunque la cara de Fleur había revivido, estaba echada

como los muertos, vuelta hacia el oeste, las manos como garfios a los lados del cuerpo. En su boca se desplegó la sonrisa de los Pillager, y Eli huyó entre los árboles. Por lo que supe después, corrió directamente hacia el campamento de la compañía maderera. En su desesperación por cumplir su palabra de volver a comprar la tierra, se empleó allí como jornalero.

Me quedé cuando él se marchó. Cuando volviste con la manta te envolví en ella y te dije que cerraras los ojos. Un momento después te habías dormido contra mi pecho. El viento traía el ruido de los carros que se alejaban, los caballos que regresaban a sus prados y a sus establos a pasar la noche, las voces de los hombres que se llamaban unos a otros al atardecer. No nos movimos. Tu madre estaba envuelta en su ropa mojada como una sábana de algas, pero no tenía frío. Y tampoco creo que estuviera dentro de su cuerpo, no del todo, porque le llevó largo tiempo responder cuando le pregunté si también a mí pensaba maldecirme.

Finalmente sus labios se abrieron y dijo que no. Iba a maldecir a los banqueros y a los magnates de la madera y a los funcionarios en sus cuevas y a los Morrissey. Pero nunca a Nanapush. Se apoyó sobre los codos, el pelo hirsuto como espinas, y nos miramos sin movernos hasta que hablaste en sueños. No recuerdo qué dijiste, pero era gracioso y no tenía sentido, y eso hizo reír a tu madre.

Tan raras veces se reía que al principio no reconocí ese sonido, tan claro, tan lleno de placer y tristeza que no pude hacer otra cosa que reír con ella. Y luego nos perdimos en la risa, incapaces de detenernos hasta que la voz de Margaret brotó de la oscuridad encima de nosotros. Había venido a buscarme, o quizás a averiguar si Fleur sabía lo que ella había hecho.

—¿De qué se ríen?

Callamos de inmediato. Entonces Fleur me habló en voz baja.

—Ve con ella. Dos veces me salvó la vida, y ahora me la ha quitado dos veces, de modo que nada le debo. A ti te considero mi padre, y contigo todavía estoy en deuda. No le haré daño a tu mujer. Pero nunca iré a la tierra de los Kashpaw.

Yo lo hice. La tierra de los Kashpaw fue buena conmigo y me aceptó, pero hubo un cambio. No volví a pensar lo mejor de Margaret, como antes, ni a quererla tanto, porque a veces sentía en mi corazón que anhelaba encontrarme algún día con el viejo Kashpaw en el país de los muertos. Hablaríamos de las mujeres que habíamos amado. Antiguos amigos, nos

abrazaríamos y nos sonreiríamos. Yo me oía hacer ofrecimientos generosos y le oía aceptar, y hasta me imaginaba a Margaret en sus brazos. No me causaba dolor. Por el contrario, a veces hacía soportables las cosas.

Desde la casa de Margaret fui muy seguido al Matchimanito en las semanas siguientes. Por eso estaba allí cuando los agrimensores encontraron a Napoleón. Había ido hasta lo más denso del bosque, no lejos de la cabaña. Él sólo era unas raíces, unos tallos, flores blancas y musgo azul. Era una vid, unas setas ardientes dispersas. Pero los Morrissey lo reconocieron por su faja roja, deshilachada hebra por hebra por los pájaros para hacer sus nidos. Estaba rodeado de cuencos con bellotas y haces de ramitas, y sospechamos que no te atrevías a decir que eras tú quien había puesto allí esas cosas. No importaba. Los Morrissey y los Lazarre ya tenían ensayada su historia antes de envolver los huesos y llevarlos a la Misión para darles sepultura en suelo sagrado.

No habían pasado dos días cuando esa historia estaba en boca de todos. Una vez expresada, como si la repetición fuera igual a la verdad, se fortaleció hasta que las invenciones fueron conocidas como hechos y brotó de cien lenguas, agrandada y mejorada. Fleur había matado a Napoleón ahogándolo, otro más de su lista de hombres muertos. Luego lo había arrojado a un lado y le había robado la lengua. Ahora la llevaba en su cinturón y, cuando se envolvía en la piel de un pez, le permitía caminar sin dejar huellas. Nadie sabía qué más le había hecho, ni por qué; pero los restos de sus conjuros estaban por todas partes, montones de piedras, bellotas, plumas de búho. Y algo más: Napoleón regresó y le habló a Clarence. Esa visión acusó a Fleur, ciento por ciento puro y servido de la botella.

Aparecieron más historias, transmitidas de boca en boca. Fleur había puesto a su hijo muerto a custodiar el Matchimanito. Napoleón se había aventurado bajo la sombra del paraguas. Y luego el policía de nuestra tribu, Edgar Pukwan júnior, decidió hacer lo que a él le encantaba llamar una investigación. Le parecía muy importante esa larga palabra blanca que la guerra le había enseñado. Se ocultaba en el bosque, acechaba nuestras casas, aparecía de repente y seguía a Margaret a la iglesia. A veces se deslizaba junto al confesionario cuando ella estaba dentro. Un día entré yo y le di algo a cambio de sus esfuerzos.

—Padre —dije en una voz que podía atravesar los paneles de madera—, he visto una cosa terrible.

Oí cómo el muy torpe casi trastabillaba de ansiedad, reteniendo el aliento. Y también advertí que los demás dejaban de murmurar avemarias y aguzaban

los oídos.

—Ya no puedo ocultarlo más tiempo.

—Sí... —dijo el padre Damien, cargado de suspicacia.

—Se refiere a un joven, el guardián de la ley en nuestro pueblo. Desde que volvió de Francia hay en él algo extraño. Dicen que añora cierta calle de París, una que nos ha descrito. Cada vez que la recuerda se echa en la hierba cerca de las cabañas habitadas, y entonces, padre, es duro decir esto, hace el amor consigo mismo.

Hubo un silencio del otro lado de la reja y en seguida oí el ruido de unos pasos furtivos y avergonzados y las risas que escapaban entre los dedos del público.

—Te daré una penitencia poco usual —dijo finalmente el padre—. Tu pecado no es espiar sino hablar de más. No dirás una sola palabra durante toda la tarde.

Duro castigo. Sin embargo, a pesar de la divertida vigilancia de Margaret, cumplí la sentencia y luego estallé al anochecer; empecé a hablar y a cantar y no pude contenerme ni siquiera cuando mi esposa se golpeó la cabeza contra la pared y luego me reprendió.

—Otra vez has avergonzado a un joven —dijo—. ¿Qué harás si se venga?

—Ganarle de palabra —dije—, o hacerlo caer en una trampa como al otro. —Pero recordé la oportunidad en que estábamos atados e inermes en el establo de los Morrissey. Callé, pensando en la cólera de Pukwan Júnior. Yo la había provocado y había atizado el fuego, aunque quizás era leña demasiado húmeda y blanda para alimentarlo.

Fleur era mejor combustible. Día tras día aumentaba el estrépito de los carros y ahora utilizaban también una barcaza que un tiro de caballos arrastraba a lo largo de la orilla del lago, llena de árboles cortados. Iba hasta el aserradero construido en la orilla opuesta, donde trabajaba Eli. También había allí algunos Morrissey y Lazarre, aunque no duraban mucho. Contratados a la mañana, estaban dispuestos a marcharse a mediodía y eran famosos por esconderse a dormir debajo de los carros. Uno murió así, cuando una yunta de bueyes resbaló y se volcaron los troncos mal asegurados. Un blanco perdió un ojo cuando lo hirió una astilla desprendida por su hacha. Otros dos murieron al caer de la barcaza, según algunos asustados por Moses Pillager, que nadaba en el lago, los aferró por los tobillos y los llevó al fondo.

Pero por más que desaparecieran, más eran los que venían con hachas y sierras en busca de una paga que consistía en dinero y comida. Pensé que Fleur se iría, que sin Eli y rodeada por las cuadrillas de leñadores que

trabajaban con descuidada persistencia se le vaciaría el corazón y reaccionaría con el abandono. Creí que como había ido hacia el Matchimanito resuelta a caminar hacia las aguas claras del horizonte, y como Eli la había rescatado, ya no le quedaba otra opción que venir a vivir con nosotros y aguardar el regreso de Eli.

Pero en cambio recobró su ánimo.

Quizás hablaba con demasiada vivacidad y facilidad y mostraba escaso temor; quizá se movía de manera demasiado juvenil y deliberada. Ahora que lo recuerdo pienso que no la miré con atención suficiente ni advertí el peligro de sus correrías alrededor de su cabaña. No vi que en un pequeño sembrado que cuidaba junto a la orilla las calabazas esparcían casi con desafío sus hojas y sus flores y crecían locamente. Eran señales que no vi como tales: el hacha que sin duda alguna había robado, el filo de la sierra que apenas sobresalía debajo de la cabaña. Muchas veces tenía que esperarla cuando iba de visita; y cuando emergía del bosque la seguían los gatos. En el sendero había montoncillos de serrín, y el claro estaba cubierto de astillas. Varias veces sentí el olor de la savia de los pinos. Fleur se encogía de hombros cuando yo le hablaba de estas cosas, o murmuraba algo sobre construir un carro y escondía una sonrisa.

Fue otra cosa la que me alarmó.

Porque tú crees que ella te abandonó voluntariamente, que te obligó a marcharte, que te castigó por jugar junto a un hombre muerto en el bosque, y por eso apartas la cara y te niegas a oír. ¡No te tapes los oídos! Lulu, ya es hora de que sepas, antes de que te cases con ese perdido Morrissey y pierdas tu vida, por qué Fleur te puso en el carro al lado de Nector, a quien Margaret había escondido de la furia de tu madre. Es verdad que te envió a la escuela del gobierno, pero debes comprender que tenía motivos: no había un sitio para ti ni podías estar segura en la reserva ni oculta de los papeles del gobierno o de los Morrissey, que afeitaban las cabezas de la Compañía Turcot, destructora de un bosque íntegro. Y tampoco se podía predecir qué sería de Fleur.

De modo que ella te envió lejos, otro pedazo cortado de mi corazón.

Quizá ya hayas oído lo que te voy a contar, no lo sé. Si es así, lo habrás oído de otros labios, pero no de los de un testigo presencial.

Una vez que te puso a salvo, Fleur volvió al Matchimanito y se quedó allí sola, como cuando era una muchacha. Margaret arrancó sus mejores grosellas y luego llenó nuestra casa con el delicioso aroma de mermeladas y jaleas, dolorida por la ausencia de Nector. A ese chico le daba todo, como tú. Y

todavía le gustan demasiado los dulces, por lo que me han contado. Fuera como fuese, hubo un largo período de calma insólita ese mes de agosto, días en que no se movía la brisa ni la espuma encrespaba el lago. Ni siquiera las nubes cambiaban: las que se veían al amanecer eran iguales al poniente. El cielo colgaba como una pintura, inerte.

Yo estaba desasosegado y solitario e iba a visitar a Fleur por el camino más largo. Iba a hablar de ti. Desde que la usara Pauline mi canoa había quedado inservible, tan maltrecha que crecía la hierba por las grietas del fondo, de modo que iba a pie. Es normal que haya mal tiempo durante el día, pero nada parecía natural. La mañana empezaba con una luz verdosa. Se oían truenos a lo lejos y la fragancia de la tormenta me guiaba entre los tocones retorcidos de los árboles y las hierbas nuevas y altas que antes protegían. Iba a través de la fealdad, de los ráidos descampados cubiertos de astillas y luego de la milla cuadrada de altos robles que rodeaban la cabaña de Fleur.

Apenas llegaba oía el rumor de mil conversaciones. No sólo las aves y los animales pequeños, sino también los espíritus de las tierras del oeste se habían visto obligados a congregarse allí. Las ramas se movían prescindiendo del viento y vibraban como voces delicadas. Me detuve entre esos árboles cuya carne era tanto más antigua que nosotros y fue allí donde mis amigos y parientes se despidieron y me abandonaron entre los vivientes.

Vi a mis esposas. Omiimii, la Paloma, con sus gritos suaves y su carita triste. Zezikaaikwe, la Inesperada. Toqué las manos de Cuentas Blancas, Wapepenasik, a quien había amado dolorosamente. Sostuve a nuestra hijita, Moskatikinaugun, Cuna Roja, a quien yo llamaba Lulu. Asimismo estaba allí nuestro hijo Thomas, llamado también Asainekanipawit, Parado en una Roca. Viejo Pillager. Ogimaakwe. Josette. Todos estaban juntos. Ombaashi, Alzado por el Viento, levantaba las manos al correr exaltado, casi volando. Estuve un momento con mi padre, Kanatowakechin, Espejismo, mientras la nieve que caía densamente alrededor ocultaba nuestras huellas, confundía a los soldados y cubría los cuerpos de mi madre y mi hermana. Cerré los ojos. Sentí la nieve de ese invierno y luego el ardor de mi primera esposa, Sanawashonekek, Hierba Alisada. Aspiré la fragancia de su pelo y de su ancha falda. Me tomó del brazo, me mostró qué fácil era seguirla, qué reconfortante era dar ese paso.

Lo habría dado feliz si tan sólo los vivientes me hubieran llamado desde aquellas sombras.

Pero Fleur se había resistido a esos fantasmas, o por lo menos no estaba entre ellos. De manera que también yo me quedaría con los vivos.

Luego pasé junto a los carros y a los hombres que aguardaban de pie, desplazando su peso de un pie a otro, o luchando contra las nubes de insectos que flotaban en el calor húmedo, inmóvil. Esperaban una señal, una palabra, para abatir los últimos árboles. Me apresuré tanto como pude mientras buscaba a Eli con la vista. Estaba seguro de que él no sabía qué se avecinaba; también yo lo ignoraba, pero el silencio del follaje y la opresión del tiempo me alarmaban. Ahora no se oía el canto de las aves. Ni el roce de los animales. Ninguna voz murmuraba entre las sombras. No subía humo desde la chimenea de la cabaña cuando entré en el claro.

Fleur estaba junto a la puerta. Oí la acre tibieza de los gatos, y supe que Moses me había seguido y se escondía. Las cuadrillas de trabajadores se habían reunido al borde del claro y Eli estaba solo. Los hombres escucharon con impaciencia su brusco aluvión de palabras; mascaban y escupían. Tenían los ojos clavados en Fleur. Habían designado a Eli para que hablara con ella y la persuadiera a abandonar pacíficamente la cabaña, y él estaba pasando un mal rato.

El sudor le cubría la frente. Todavía llevaba el pelo largo, atado en una coleta sobre la espalda, pero ahora usaba una camisa nueva de franela a cuadros, unos pantalones azules y rígidos, y gruesas botas en los pies. Extendió la mano y dijo:

—Ven aquí, tenemos un carro preparado. Yo mismo cargaré las cosas.

Fleur tenía los brazos en jarras. Su falda negra y su blusa roja estaban tan gastadas que cubrían como un vapor sus pechos y su cintura, atadas con tiras de arpillera. El pelo abundante y lleno de reflejos caía en un amplio arco. No llevaba joyas ni plumas. Tenía las piernas desnudas y calzaba sus mejores mocasines, adornados con dibujos de flores y espirales. Su cara era pura exaltación y la diversión que visiblemente brillaba en sus ojos inspiraba terror. No dijo nada, simplemente miró el cielo y cerró los ojos.

En ese instante sentí el viento que crecía sobre la tierra. Oí las olas que empezaban a golpetear con ligera insistencia la costa. Sabía que se acercaba un cambio de tiempo. Oí murmullos en el bosque.

Me volví hacia los hombres reunidos, y alcé las manos abiertas.

—Idos ahora —dije en voz alta—. Todos vosotros. Marchaos.

Pero ninguno apartó la vista de Fleur.

Y en el borde del último bosque gimió la brisa. Fleur se acercó, cogió mi bastón y me llevó hacia su patio. Miré alrededor, curioso como se vuelve uno en momentos de tensión. Quizá me sentí cerca de la muerte y traté de fijar una última visión en mis pupilas. Había delgados tallos de guisantes. Montecillos

de ruibarbo se extendían tranquilamente; un fuego ahumaba una piel, un pequeño escondrijo para la carne vacilaba sobre unos palos, la piedra pulida donde te gustaba sentarte brillaba entre nosotros. En el suelo estaba clavada el hacha robada, y la sierra robada a su lado. Miré atentamente esos objetos.

Los hombres giraron sorprendidos cuando el primer árbol cayó lejos de la vista. Uno rió nerviosamente, otro hizo un comentario en tono rudo y luego hubo una breve pausa. Escuchaban. El pelo de Fleur onduló y la piel sobre el fuego se sacudió. Otro árbol, uno muy grande, cayó cuan largo era, más cerca. La tierra se estremeció y el temblor picoteó los nervios de los hombres, que se agruparon resoplando suavemente como ganado nervioso. Se mordían los labios, miraban por encima del hombro a Fleur; ella mostró los dientes en una ancha sonrisa que asustó hasta a los que nada sabían de la sonrisa de los Pillager.

Un hombre se dirigió rápidamente hacia el este, y se detuvo. Un árbol pequeño cayó y le cortó el camino. Los hombres subieron a los carros, se humedecieron los dedos para probar la brisa. Otro árbol se deslizó al suelo.

En ese momento comprendí.

A mi alrededor el bosque estaba suspendido, apenas apoyado. Las hojas lobuladas flotaban sobre la nada. Las poderosas gargantas, las columnas de los troncos, las ramas extendidas: todo era ilusión. Nada era sólido. Sólo unas astillas de corteza sostenían las copas verdes.

Cada árbol estaba aserrado en la base.

Un hombre se echó a reír y se apoyó contra un saúco. En su caída aplastó un carro. El viento chilló y se abrió paso; irrumpió a través de la espesura y sopló con toda su fuerza. Fleur se acercó y me aferró la camisa. Con un trueno, los árboles que rodeaban la cabaña se abatieron en círculo, apretando entre sus frondas a los hombres que aullaban, a los caballos. Las ramas quebraban sierras de acero y se hundían en los carros. Formaban una red de madera, un follaje entrelazado sobre los gemidos y los esfuerzos. Entonces el viento se detuvo, volvió a enroscarse en las nubes, continuó su camino, y nosotros nos quedamos juntos, de pie, en mitad de un descampado que se extendía hasta el lago y hasta el camino.

La conmoción había acallado a los hombres y a los animales. Temiendo un segundo golpe, se entregaban mudos al vasto abrazo de los robles. Eli estaba sentado en el suelo, perplejo, las piernas extendidas, y miraba atontado. Moses se había alejado de la orilla. Desde atrás de la cabaña Fleur trajo un pequeño vehículo, un carrito que una sola persona podía arrastrar, construido con la madera verde de los robles del Matchimanito.

Miré el interior; esperaba ver las posesiones de Fleur, pero sólo vi piedras del lago, envueltas en algas, haces de raíces, un rollo de trapos y el paraguas que había protegido a su hijito. En uno de los lados del carro estaban las marcas de las tumbas que yo había grabado a golpes de hacha: los cuatro osos y la marta. Nos marchamos de prisa. El sendero estaba cubierto de desechos. La ayudé a empujarlo por encima y alrededor de los troncos y juntos fuimos hasta el cruce, que antes era oscuro y ahora estaba lleno de luz normal, tallos débiles, enredaderas en flor.

A esa luz nos miramos incómodos. Fleur me pidió la bendición, y qué otra cosa podía hacer sino dársela, como un padre, aunque no quería que se fuera.

Cuando se alejaba entre los surcos del carrito de madera verde le dije:

—Quédate con nosotros.

No hubo respuesta. Yo no esperaba ninguna. Llevaba colgados al hombro un par de mocasines y unos finos y chamuscados zapatitos de charol. Entre el pelo, nuevamente denso, tenía el abanico blanco que le había regalado Eli y que provenía del baúl de mi tercera esposa. Sus pendientes centelleaban y el abanico revoloteaba como un ala. Las ruedas gimieron cuando apoyó su peso contra el yugo. Me miró con la cara iluminada, y partió. Me quedé en la mitad del sendero. La seguí con la mirada hasta que el camino torcía hacia el sur, donde se volvía más ancho y más llano y finalmente se encontraba con la escuela del gobierno, las estaciones del tren, las tiendas, los cuadrados ordenados de las granjas.

Cuando supimos que Fleur se había ido lejos y que no había manera de averiguar si volvería ni cuándo, Margaret y yo fuimos a ver a las autoridades y nos preocupamos de traerte de vuelta a casa. Nector decidió marcharse al sur cuando terminó el octavo grado, todavía más lejos que tú, al estado de Oklahoma. No nos dimos por vencidos. Yo escribí cartas, aprendí a enviarlas desde Theobald o Hoopdance, porque nada enviado por intermedio de Bernadette llegaba jamás a destino. Margaret y el padre Damien imploraron y amenazaron al gobierno; pero cuando los burócratas clavan su arpón en las vidas de los indios el papel empieza a volar: una niebla de formularios, litros de tinta desperdiciados, una correspondencia sin fin ni razón. Entonces empecé a ver en qué nos estábamos convirtiendo, y los años me han dado la razón: en una tribu de archivos y triplicados, una tribu de documentos a un solo espacio, de directivas, de medidas adoptadas. Una tribu de árboles

prensados. Una tribu de estiércol de gallina que el viento dispersa y una cerilla reduce a cenizas.

Porque seguí siendo el presidente de la tribu, como sabes, y ese año derroté a Pukwan. Porque ser yo mismo un burócrata era la única manera de no ahogarse entre las cartas, los informes, de encontrar una saliente para arrodillarme, sacarte por el tragaluz y traerte a casa.

Contra las habladurías, los labios fruncidos, las risas. Con los registros de la iglesia probé que era tu padre, la única persona que tenía derecho a decir a qué escuela irías y cuándo regresarías.

El día que te trajeron de regreso era un día de sequía, viento y polvareda. Corría 1924, y Margaret y yo fuimos a la ciudad en nuestro carro. Esperamos bajo un algodonal que acababa de dar hojas. El pelo blanco de Margaret ya era bastante largo para que pudiera usar trenzas. Su cara se había suavizado y arrugado, pero su lengua no se había embotado.

—Más vale que ésta sea la última niña que adoptas en esta tribu. —La forma burlona en que bajó la vista y se alisó la falda sobre las rodillas me impulsó a alargar la mano hacia ella. Pero muchos ojos fingían apartar la vista de nosotros, muchas lenguas estaban al acecho como los resortes de las trampas. Y luego el rechinante vehículo verde en que el gobierno te enviaba llegó y frenó entre una nube de polvo. El aire era acre y lamía lagos y acequias, amenazados por la sequía. Niños deslumbrados salieron por la puerta.

Eras la última. Bajaste gravemente, con la cara redonda y alerta, tan alta que apenas pudimos reconocerte entre los otros. Tenías la sonrisa pronta y la mirada suspicaz. Sacudiste la cabeza como un caballito, olisqueando el aire. Tenías las trenzas cortadas y el pelo peinado como un grueso casco desparejo, y tu vestido era de un gastado y brillante color naranja, un color vergonzoso como el de una llama a medio apagar, visible a kilómetros, que estaban obligados a usar todos los niños que trataban de escapar de la escuela. Era un vestido apretado, demasiado pequeño, estirado sobre tu espalda. Tenías cicatrices en las rodillas por haber fregado en castigo largos pasillos y por haber pasado horas arrodillada sobre palos de escoba. Pero tu sonrisa era atrevida como la de tu madre, blanca por una furia que se desvaneció cuando viste que te esperábamos. Te erguiste sobre la punta de los pies y trataste de caminar delicadamente, como te habían enseñado. A mitad de camino ya no pudiste contenerte y echaste a correr. Lulu. Cedimos como robles crujiendo ante tu embate, nos apoyamos, hicimos frente juntos al duro viento seco.



Louise Erdrich nació en Wahpeton, Dakota del Norte, en 1954, y descende de alemanes e indios chippewas. Se graduó por el Dartmouth College en 1976 y se dedicó unos años a la enseñanza entre otras en la Johns Hopkins University, donde se doctoró en escritura creativa. En 1984 publicó un libro de poemas, *Jacklight*, y, al año siguiente, su primera novela, *Filtro de amor*, que recibió tres premios importantes: el **National Book Critics Circle Award for Fiction**, el **Premio Kaufman** para la mejor primera novela y el **Los Angeles Award** para la mejor novela de 1985. En 1986, apareció *La Reina de la Remolacha*, que la consagró definitivamente. Sólo faltaba un éxito de venta tan rotundo como el de la crítica.

Además de los ya mencionados ha seguido cosechando premios a lo largo de sus numerosas publicaciones, concediéndole en 2012, por su novela *La casa redonda*, el premio nacional de literatura **National Book Award for Fiction**.

Notas

[1] *Cherry* (cereza) significa también himen, virginidad. (*N. del T.*). <<